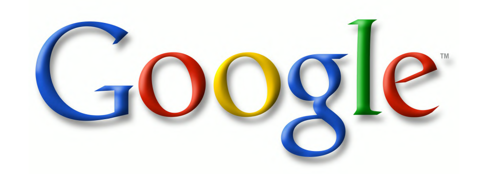





BIBLIOTECA
SABER
PARA OBRAR
GENARO GARCIA.







# Costa Rica



# Pintoresca

## Sus leyendas y tradiciones

COLECCIÓN DE NOVELAS

CUENTOS, HISTORIAS Y PAISAJES

POR

## Manuel Argüello Mora





SAN JOSÉ DE COSTA RICA
IMPRENTA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA
*María v. de Lines*
1899

# COSTA RICA PINTORESCA

# COSTA RICA PINTORESCA

## Sus leyendas y tradiciones

COLECCIÓN DE NOVELAS, CUENTOS

HISTORIAS Y PAISAJES

POR

**Manuel Argüello Mora**



SAN JOSÉ DE COSTA RICA
IMPRENTA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA
*María v. de Lines*
1899

# DEDICATORIA

A MI HIJA POLÍTICA

**Doña Clemencia de Argüello de Vars;**

Y AL SEÑOR

**Licenciado don Cleto Gonzalez Viquez.**

# La Sonámbula de Pirro

El día que la ví por primera vez, sentí que una ráfaga de luz iluminaba todo mi sér, y dudé si en verdad había vivido antes, ó si aquel momento era el primero de mi existencia.

Los cafetales que rodean á Heredia, la ciudad simpática, habían florecido aquella mañana, y el suave perfume que sus blancas flores despedían, aumentaba la dulce embriaguez que consigo trae el amor primero.

Sí, es el primer amor néctar divino que sólo una vez es dado paladear al mísero rey del mundo; pero cuyo recuerdo colora de rosa el cielo de la juventud y nos sirve luego de bálsamo que calma y arrulla la edad postrera.

Paulina tenía entonces quince años. Vivía olvidada, como diamante escondino en aquel hermoso paisaje.

Su casa, igual á otras muchas de su género,



tenía un corredor dos varas más alto que el suelo de la calle, al cual se llegaba por ocho gradas de piedra.

Los padres de Paulina eran bastante acomodados. En el patio, al Norte del corredor, ordeñaban todas las mañanas un hato de vacas cuya leche se destinaba á la venta en la capital. Hacia el Sur se hallaban dos grandes galerones: el de las carretas, que al propio tiempo servía de granero y el en que sesteaban los bueyes á las horas del sol ardiente.

Paulina ordeñaba algunas de las vacas; y pasaba el día arreglando la casa, en la costura ó leyendo el Año Cristiano. Novelas, periódicos y demás obras mundanas, no las conocía.

Y sin embargo de esta vida pastoral y sin emociones, todo en ella era extraordinario y fantástico. En medio del alborozo de una fiesta, se la sorprendía triste y con la mirada fija en un punto del cielo ó del azul horizonte.— Cuando se le llamaba la atención en medio de esa especie de éxtasis, aparentaba reir y hablar como todas las demás; pero al menor descuido de las personas que la rodeaban, volvía como atraída por una fuerza irresistible, á buscar en el diáfano firmamento, el desconocido objeto que embargaba su alma.

No sé si los demás hombres están organi-

zados como yo; pero sí puedo afirmar que á todos nos cautiva lo misterioso y lo desconocido, cuando el misterio anida en el corazón de una mujer joven y bonita.

Es lo cierto que desde que conocí á Paulina, no ví en la tierra y en el cielo más que su suave y poética figura, no oí otra música que su voz; ni en mi pecho cupo otra pasión que la de su amor ilimitado.

En cuanto á mí se refiere, sepa el lector que yo era un muchacho de veinte años; mal estudiante y ardiente amigo de mis amigos. El espejo, cuando ante él me detenía, reflejaba una figura pasable; y mi conciencia me decía que no era tonto. En una palabra: era un joven como hay muchos, aventajando á los demás de la provincia, solamente en cuanto era más pródigo, más vano y más calavera.

Aunque Paulina no me había mostrado preferencia, ni dado prueba siquiera de ser correspondido, jamás dudé de su amor, porque en mi cabeza no cabía el pensamiento de que una mujer de tal modo adorada, pudiera no incendiarse en las llamas que había producido.

Así pasaron algunos meses, que me parecieron minutos. Yo la veía todas las tardes cuando salía al corredor acompañada de sus padres. Creo que un siglo hubiera trascurrido,

sin notarlo, según era de inmensa mi felicidad: las horas que no pasaba cerca de ella, paladeaba el placer de haberla visto, de haber oído su voz encantadora ó de haber sentido su perfumado aliento.

*
* *

Una noche vagaba por las orillas del Pirro, de ese riachuelo lleno de caprichosas sinuosidades, que riega y refresca la parte oriental de la ciudad de Heredia. La luna iluminaba con su luz melancólica, el agua que corría silenciosamente. Eran las dos de la madrugada; pensaba en ella, como de costumbre. Un leve ruido llamó mi atención hacia el camino real. Desde abajo, en donde me encontraba, ví destacarse el bulto de una mujer..... Corro á la curva donde se cruzan la carretera y los rieles del ferrocarril y... ¡oh sorpresa! veo á Paulina,envuelta en una sábana ó sudario blanco. La precedía un hombre de alto cuerpo, vestido de negro, que la volvía á ver cada instante y á quien ella le hacía señas como llamándolo. De tal manera la atraía aquel maldito amante, (pues no podía ser otra cosa), que no se dignó mirarme siquiera. La llamé por su nombre; y no me contestó ni detuvo su apresurado andar...

¿Qué pasó por mi mente, en las cuatro

horas que siguieron á aquel terrible momento? No lo sé; matar, asesinar á aquel hombre; derramar su sangre gota á gota; retorcer su corazón entre mis manos... eso era poco.

Cuando me decidí á acabar con él, ya habían desaparecido ambos y no pude averiguar el rumbo que habían seguido. El Sol, me sorprendió anonadado, sin poder darme razón del lugar en que me encontraba y del motivo porque estaba allí, en ese Pirro que antes susurraba tan dulcemente, y que ahora me parecería un río de sangre.

A las siete de la mañana me dirigí á la casa de Paulina, y la encontré ordeñando sus vacas.—Me recibió con la serenidad de los ángeles, y con sonrisa cándida me ofreció un vaso de leche.

—¿Qué tal noche ha pasado, Paulina?

—Como siempre, muy buena, Carlos, y Ud?

Mala como nunca. Pero, ¿puede saberse sin indiscreción, por dónde salió anoche una persona de esta casa.

—Puedo asegurarle que nadie ha salido anoche, pues mi padre antes de recogerse cierra con llave todas las puertas que dan á la calle.

—Pero Ud. tendrá buen cuidado de tomar una de esas llaves, cuando su papá duerme.....



—No comprendo su broma, Carlos; mas, ¿qué tiene Ud. hoy? Su semblante es el de un cadáver, su tono, no es el habitual, ¿qué le sucede?

—Nada nuevo, señorita, veo que usted es tan falsa de día como de noche.

Este insulto me pareció aun muy poca cosa. Abismado me tenía la frescura de aquella niña, cuya corrupción, según lo visto, no tenía límites. ¿Cómo es posible tanta doblez en tan temprana edad? Mis palabras últimas parecieron afligirla y dos lágrimas bajaron como gotas de rocío por sus mejillas.

Me ofreció la mano y me dijo: «Adiós Carlos; usted está enfermo, cuídese; su fisonomía no es la de siempre, adios» y aquel aborto del vicio se retiró á su cuarto. dejándome lleno de furor, y..... miserable de mí, más enamorado que nunca.

La noche siguiente, esperé en la obscuridad, frente á su casa. A la una y media de la noche, ví sobre una tapia el perfil de Paulina y su sombra dibujarse en la pared interior de la casa. Una vez de pie sobre la tapia, la descarriada criatura colocó un madero, en plano inclinado, entre el suelo de la calle y lo más alto del muro. Por ese plano bajó la pérfida mujer, y ligera como una gacela, corrió hacia la calle que atraviesa la línea férrea. La

seguí casi corriendo. Llegó á la Estación, y continuó hasta bajar la cuesta que conduce á Pirro. El misterioso personaje vestido de negro la esperaba oculto tras una cerca de la carretera. Paulina no hizo caso de su compañero y continuó su camino. El hombre del negro vestido la siguió, pero, ¡cosa inexplicable! procuraba esconderse de Paulina. Más bien parecía en acecho, como observando su conducta, temeroso de ser sorprendido. Así caminamos juntos sin dejarnos ver el uno del otro. De repente un rayo de luna hizo que Paulina distinguiera á mi desconocido y sin titubear se dirigió á él, y en voz apenas inteligible pronunció dos ó tres veces el nombre de Carlos!!! Carlos, me dije, Carlos se llama también el que me roba mi amor y mi vida; que mueran pues él y ella y que la tumba cubra para siempre esa maldita pareja que así se burla de mi desesperación y de mi estúpido amor. Saqué un revolver que había preparado cuidadosamente, y en un momento de delirio y de celos iba á disparar á quemaropa sobre aquellos desgraciados; pero la nube que cubría mi espíritu desapareció por un momento y en vez de tirar del gatillo, desmonté el revólver y eché á correr... sin saber para dónde. Al pasar por la Estación, ví abierta una cantina y entré. Pedí un vaso de ron y lo apuré de un sorbo. Poco

acostumbrado á tomar licores espirituosos, se apoderó de mí una especie de rabia, luego ví pasar todas las escenas de la vida plácida é inocente de Paulina, y un raudal de lágrimas brotó de mis ojos..... El día siguiente, me marché para Cartago. Nunca olvidaré aquel triste día en que abandoné mi ciudad natal. Tomé el tren de las nueve de la mañana. Llovía un fuerte aguacero, y el cielo estaba cubierto de nubarrones negros, como lo estaba mi alma.

Al pasar por Santo Domingo, subió al tren un anciano en estado de embriaguez, quien una vez acomodado en su asiento, empezó á sonreir y hablar solo. Entre otras cosas decia: «aguardiente divino..... guaro misericordioso» ¿qué sería de mí si no existieras?..... los males se olvidan..... y los bienes parecen mejores de lo que son.....

El genio del mal no podía encontrar mejor ocasión para enseñorearse de un hombre. Desde que me instalé en Cartago, empecé á poner en práctica la medicina que recetó el anciano de Santo Domingo. Antes de almuerzo comenzaba á beber para olvidar el pasado, y en la noche seguía bebiendo para perder el miedo á mi destino futuro que mi mente enferma me pintaba tan espantoso.

Así pasé un año. Mas la receta del viejo del tren no producía el efecto deseado. ¡Cuánto

se engaña el que del licor espera el olvido! La herida de mi corazón sangraba cada día con más fuerza, y mi existencia me pesaba de tal modo, que decidí concluir con ese tormento.

La embriaguez casi continua en que vivía, me sumió en un estado tal de degradación, que mis mejores amigos se alejaron de mí. Mi nariz roja y una obesidad que cada día aumentaba, me convirtieron en un ente repugnante.

Una mañana tomé el tren para Heredia y para animarme en el terrible camino del crimen apuré una cantidad de licor bastante á incendiarme la sangre y hacer de mí un animal rabioso. Pasé el día encerrado en casa de un conocido y en la noche me aposté frente á la casa de Paulina. La obscuridad era profunda y apenas se podían distinguir los objetos blancos ó de color claro.

A las dos de la madrugada apareció sobre la tapia la niña maldita que causaba todos mis males. Esta vez no bajó sino que saltó al suelo, y sin ruido casi, empezó á andar dirigiéndose á Pirro.

La seguí tan de cerca que casi la tocaba. Ella no se dió por entendida y continuó su camino. Pero esta vez tomó los rieles, la curva que atraviesa el riachuelo, y por fin, la carretera.—Allí se sentó á la orilla del barranco, que en aquel lugar tiene como diez varas de



profundidad. El caballero del negro vestido la observaba en silencio. El valor me faltó para matarlo, y saqué una media botella de ron. De un solo trago la apuré y estuve unos minutos indeciso.—De repente sentí un impulso de furor y me lanzé sobre la infeliz, á quien disparé un tiro de revólver. Dió un grito y calló en la corriente del Pirro.... Como un tigre hambriento corrí hacia mi rival. Pero él mismo se adelantó y avanzó sobre mi persona. Disparé la segunda cápsula poniendo la boca del revólver en el pecho de aquel sér aborrecido. Cayó también; pero asiéndome por un brazo me arrastró en su caída, y con ira profunda me dijo: miserable, asesino ¿sabes lo que has hecho? Sí, contesté, he matado á tu amante y acabaré contigo.

Desgraciado de tí, contestó el desconocido, agonizando ya, la niña que has asesinado es la más pura y perfecta criatura..... yo la encontré una noche..... vagando sola..... y la seguí..... pronto comprendí que era..... sonámbula;..... no es el amor lo que me ha guiado..... síno la compasión y..... la..... curiosidad..... he podido evitarle..... algunos peligros. Me llamo Roberto Téllez..... ella..... amaba á algún Carlos, pues ese nombre, muchas veces lo repetía... No pudo continuar porque una bocanada de sangre se lo impidió.

¡¡Sonámbula, Dios mío, sonámbula!! he allí la explicación de la espantosa pesadilla en que hacía diez y ocho meses se consumía mi cerebro.

Los tiros repetidos por el eco de aquellos barrancos, atrajeron á los habitantes más cercanos de la trágica escena.

Mi primer impulso fué arrojarme al precipicio donde había caído Paulina. Más, en ese momento recordé que aun conservaba tres cápsulas intactas..... apoyé el cañón en mi frente y..... disparé.....

*
* *

No sé cuantos días pasé sin saber si existía, devorado por una intensa fiebre.— Una tarde abrí los ojos y ví al pie de mi lecho al médico mirándome con gran curiosidad. Valor, me dijo ya no hay peligro.

No comprendí nada al principio; pero, poco á poco empecé á recordar los últimos sucesos, y cuando me hice cargo de la terrible realidad, supliqué me dijeran el estado de Paulina, si aun vivía. Está buena y sana contestó el médico. No fué la bala lo que la hizo caer, pues el proyectil apenas tocó uno de sus brazos. Cayó porque el tiro la despertó, y los sonámbulos pierden el tino al despertar.

*
* *

Este drama produjo gran escándalo. Fuí juzgado: el jurado me absolvió, teniendo en cuenta las circunstancias excepcionales bajo cuya influencia había obrado.

Cuando estuve enteramente restablecido, el Cura bendijo la promesa mutua que Paulina y yo hicimos de amarnos siempre. Un niño, llamado Roberto—en recuerdo del desventurado Téllez—y una niña, Mercedes, fueron luego las delicias de nuestra vida conyugal.

---

# La loca de la Avenida Central

Era feliz cuanto se puede ser en este valle de lágrimas por más que la prematura muerte de mi marido me hubiera desgarrado el corazón; tal era el encanto que á mi existencia prestaba la atención debida á mi hijo, niño de cuatro años, que Dios me dió, gracioso, bello y lozano como el que más lo fuera entre los escogidos. Arturo, absorbió mi vida desde que nació: su crianza y su cuidado eran el único objeto de mi existencia. Sus cariños y sonrisas refrescaban mi corazón, al paso que la más pequeña incomodidad que sufriera, me llenaba de amargura: En una palabra, la carita de Arturo era el termómetro de mis días. Así se deslizaban tranquilas y bonancibles unas tras otras las horas.



Una mañana, mientras arreglaba los muebles de la sala, oí unos gritos en la calle que no

me preocuparon al principio, sino hasta que un numeroso grupo de personas se detuvo en la puerta de mi casa. Un sacudimiento súbito de mi corazón me anunció la presencia de una nueva desgracia. Tocaron fuertemente á la puerta, la abrí... y un desconocido, mostrándome el cadáver de mi Arturo, que traía entre sus brazos, me preguntó si yo era la madre de aquel niño. ¡Oh naturaleza cruel é indiferente!, el cielo estaba azul, limpio y sereno..... cuando mi Arturo, mi vida, mi alma, dejaba de existir!

Un carretón cargado de muebles le había pasado por encima después que los caballos lo pisotearon y maltrataron! Muerto, enteramente muerto estaba mi pequeño Arturo! Al estrecharlo contra mi corazón, sentí ese frío, ese siniestro frío que tan pronto adquieren los restos del humano sér. El agudo dolor que devoró mi alma al contemplar el pálido y rígido cuerpo de mi hijo cesó repentinamente. Una nube empañó mis ojos y toda mi existencia anterior desapareció como por encanto de mi memoria.



Allá en lejanos horizontes se me aparece y desaparece Arturo sonriéndose y enviándome besos..... Yo se los devuelvo, y para hacerlo venir hacía mí, le canto con infinita y suave

tristeza la balada con que acostumbraba dormirlo: «Arrurrú niñito, arrurrú callá, que si el cielo llora quien nos cantará».

Dicen que soy loca y que ahora atravieso un lúcido período que será el último, pues enseguida debo entrar en la época del furor. ¡Dios mío, furiosa yo! Pero, en todo caso, más vale ese estado, que el inmensamente doloroso, el de mi cabal juicio, pues desde que la locura sale, la memoria del niño, de mi Arturo vuelve y recrudece todas mis penas y desesperaciones.

Duermo poco y sueño constantemente con un cilindro helado que toma diferentes formas, pero siempre en estado de hielo. Ese cilindro á veces saca dos ruedas por los lados y dos caballos por un extremo... luego aparece mi niño debajo de todo... y cuando ha pasado la escena tan solo queda un montón de nieve. Otras veces sueño con millares de chiquitos fríos y amarillentos, que juegan con carretones cargados de muebles...!

Al despertar de esas pocas horas de cansancio, mi primer impulso es halagar un objeto blanco que siempre está cerca de mí. Unas veces es una palomita que se va inflando y toma las formas de un niño, cuya cara nunca veo. Me fatigo dando vueltas á ese cuerpo de niño, en busca de la cara; jamás la encuentro. Al expirar el día, sobre todo al toque de la

oración, infaliblemente soy atraída por una melodía divina que canta: «Arrurrú niñito, arrurrú callá, que si el cielo llora ¿quién nos cantara?

Cuando un sonido cualquiera se repite muchas veces de igual modo, como sucede con los repiques de las campanas, ó con el martilleo de un herrero, cada golpe ó sonido me dice: «Arturo, Arturo», y luego sigo oyendo ese nombre horas enteras. Por eso dicen que soy loca, pero no es cierto. A usted le digo lo que pasa. Eso sí no me delate porque me martirizan dándome bromuro: el doctor que nos cura no tiene hijos.



Tal es la triste relación que me dictó Lucía en el Hospicio Nacional de Locos el día de la visita pública del establecimiento.

# La fiebre amarilla

Por fin amaneció el día temido; el sol alumbró esta tierra habitada por tantos Doroteos y Doroteas. Si señor; era el día de San Doroteo, y por consiguiente, había que felicicitarlos á todos y particularmente á las Doroteas jóvenes, niñas, casadas, viudas y viejas.

Mi mujer y mis ocho hijas no llegaban á almorzar á pesar de ser las once, porque recorrían las tiendas buscando los regalos para las Doroteas.

Pero antes sepa el lector que aquel fúnebre día era dos veces fatídico. Era sábado y al mismo tiempo día de San Doroteo..... ¡¡que Dios se apiade de esta su casa!!

Yo acostumbro poner en mano propia de mi esposa la cantidad de cinco pesos cada sábado, lo cual representa en el mes, suponiendo que no tenga la crueldad de contener cinco sábados, la tercera parte de mi sueldo, que alcanza á sesenta pesos. Esto era bastante

en otros tiempos, y á veces, quedaban algunos centavos para el domingo. Pero ese tiempo feliz pasó..... y..... no volverá..... mientras que el día de San Doroteo y cuarenta santos mas que han hecho de mi vida un infierno aparecen año con año.

Pero ¿qué es lo que ha pasado? ¿por qué los santos se han convertido en una calamidad apenas comparable con la peste, el huracán ó la guerra?

¡¡¡Ay lector querido, lo que ha venido á destruír mi tranquilidad doméstica, lo que ha producido la ruina de innumerables familias, en una palabra, lo que motiva el estado lastimoso de nuestra fortuna es, pura y simplemente, un hecho que antes nos parecía natural y corrien-á saber: que una persona cumpla años ó se case ó esté viva el día del santo de su nombre.

Sí, amigo mío, (caso de serlo) hoy por hoy, un hombre puede no comer, puede no pagar el alquiler de la casa en que vive, puede..... en fin..... todo lo puede, menos una cosa, y es ser menos que otro ú otra y dejar de hacer un regalo suntuoso á todas y á cada una de las personas que conoce, cuando esas personas cumplen años, ó se casan..... fuera del día primero del año y del día del santo de su nombre, en que todos tienen derecho á que se les regale..... cualquier cariñito, con tal de que sea mejor que

el del vecino, y que no sea cosa muy vulgar ni conocida, por ejemplo: un album á la Roskoff, valor $50, ó un juego de té, fábrica Ruols. que no baje de cien pesos.



Por fin se aparecieron mis ocho bendiciones (que así llaman algunos á los hijos de su corazón) cargadas con ocho paquetes de diversos colores y volúmenes, que colocaron cariñosamente sobre un sofá y comenzó el almuerzo compuesto de arroz y frijoles sin manteca, seguido del cafe, que era una agua teñida color de tierra de siena sin dulce.

Mi cara mitad y los ocho pedacitos de mi alma comían y bebían con delicia aquellos manjares exquisitos, sazonados con la..... esperanza de sobreponerse con su regalos para las Doroteas, á muchas de las gentes ricas y pudientes. ¡¡Qué placer ver en la habitación de Dorotea, Sinsal, la hija del doctor del mismo apelllido, es claro, las doradas tarjetitas colgando de los floreros, álbums y abanicos, con el nombre de mis ocho tórtolas, Bailotina Simpelo, Alborotina Simpelo, Coquetina Simpelo, etc., etc. ¡¡Oh triunfo!!

Por lo que hace á mí, confieso que á ese *veni*, *vidi*, *vici*, hubiera preferido un *vine*, *comi*

*y bebi* café con azúcar y leche y pan y mantequilla; pero eso no era posible y me contenté con entablar el sabrosísimo diálogo siguiente con mi esposa llamada Sinforosa, y mís hijas.

Sinforosa.—Querido Simplicio, cuán dulce me parece el café sin dulce, cuando esa falta de dulce se compensa con un sobro de auge y de representación social

Yo.—Adorada Sinforosa, yo quisiera de buena gana ser un verdadero diputado para no discrepar de opinión contigo; pero te pido perdón de salvar mi voto y continuar siendo conservador y testarudo en eso del dulce para el café. Llevaría mis pretensiones hasta desear que un poco de manteca amenizara la dureza de estos frijoles... Aquí iba de mi discurso inaugural del almuerzo, cuando fuí anonadado con nueve ah! oh! ji! ja! ju! y otras interjecciones de espanto, de lástima y de compasión, mezcladas de cierto aire de protesta enérgica y bien acentuada.

Corsetina, mi cuarta hija, y Coloretina, la quinta, tomadas del brazo y desplegando un pañuelo en guisa de pabellón insurreccional se levantaron y en duo *fuerte assai*, exclamaron: ¡¡Pobre papá, se olvida de que estamos en la época moderna y que su papel ya pasó..... Esto estaba bueno en 1850, cuando nuestros antecesores, que eran simples patanes con zapatos, apenas ganaban cómo vivir la vida material

y vulgar: pero ahora que nos acercamos á la época futura y somos el lazo entre el presente y el porvenir, no se trata de vegetar como los animales, sino de vivir con el espíritu; de vencer en la lucha social y de que nos señalen como modelo de lujo, elegancia y liberalidad en nuestras relaciones. Comprendemos que en aquellas edades obscuras y casi olvidadas, el estómago ocupase un lugar preeminente. Hoy todo ha variado: ese prosáico estómago desaparecerá dentro de poco.

Yo.—Como van desapareciendo los pulmones en algunas familias; si, hijas mías, la próxima generación no tendrá ni pulmones ni epidermis, que serán sustituídos por los corsés y los polvos de arroz. Comprendo el placer de anodadar á las amigas humillándolas con valiosos regalos, siempre que eso se pueda hacer suprimiendo la comida, el lavado de la ropa, el alumbrado, etc. etc., pero como aún así el déficit mensual pasa de $ 40, llegará un día en que además de vivir en dieta perpetua, siendo ustedes mismas cocineras, lavanderas y planchadoras, nos embarguen la casa y tengamos que salir con los floreros, costureritos y demás regalos pasivos, á habitar dentro de un álbum, abrigándonos con abánicos y alimentándonos con caramelos, dátiles y *bouquets*.

Descaradina, mi hija 7.ª—¡Tanta algazara

por un miserable pañoloncillo de burato que me ofrecen, por ser á mí, en $ 47, cuando la hija de don Risueño Perote tiene preparado para Dorotea Sinconciencia, un prendedor de brillantes que le costó $ 250.

Yo.—Sí, Descaradina mía, esa señorita puede regalar $ 250 porque su padre es dueño de un capital de medio millón de pesos, mientras yo sólo poseo deudas por una respetable suma y tengo por toda entrada los $ 60 del sueldo.

Lujosina, mi octava hija:—La verdad es que papá pretende luchar contra la corriente; pero nada sacará porque la moda es una potencia contra la cual el vencido no se rehabilita nunca. El ridículo se encargará de castigar al osado que la combate.

Yo.—Eso es exacto, yo lucho; pero sigo la corriente, la cual nos lleva á la bancarrota y al hospital. El sinnúmero de miserias que serán el resultado de esa ridícula moda de regalar lo que no se tiene, espantaría la imaginación del más valiente. ¿Por qué no limitarse á mandar su tarjeta ó á lo más un ramo de flores á la amiga, ó la parienta que cumple años ó contrae matrimonio? Eso se agradece lo mismo y cuesta casi nada.

Este diálogo sin dulce fué interrumpido por repetidos golpes en la puerta de la calle. Buen cuidado tuve de no ir yo mismo sino que

mandé una descubierta compuesta de Bailotina y Coquetina á averiguar quien llamaba con tanta confianza. Bailotina calladamente depositó en la mesa media docena de cuentas del zapatero, de Troyo & C.ª, de André & C.ª y una orden del Alcalde para que yo, Simplicio, compareciera á contestar demanda por falta de pago de varias mercaderías...,. regaladas el primero de enero por mis hijas á setenta y dos conocidas suyas, lo cual da un total de nueve amigas por cada hija y..... ¡¡que veo!!.... embargo de la tercera parte de mi sueldo..... Alborotina fué de opinión que yo desafiara al Alcalde y al Juez ejecutor. Coquetina manifestó su sentir con más calma aconsejando un baño de agua hirviendo en favor del que me embargara el sueldo. Corsetina manifestó que lo mejor sería renunciar el destino para impedir el embargo pues, muerto el perro, muerta la rabia. Pero yo, juiciosamente resolví... pedir una prórroga á los cobradores, un aumento de sueldo al Gobierno y comprar sobre la marcha tres números de la rifa, pues pensándolo bien tal vez sacábamos el número gordo, todo lo cual fué aprobado por mis bendiciones con la condición de que no se suspenderían los regalos del día. Así concluyó el de San Doroteo y el inolvidable almuerzo tan lleno de alegres chistes y tan escaso de carne y demás adminículos digestibles.

# La llorona

Nada más profundamente triste que esta leyenda de los siglos.

Imposible sería olvidar la impresión que en mi espíritu naciente causaba esa esfinge de la llorona aterradora.

Cuando un niño lloraba ó se negaba á dormir en las noches tempestuosas de invierno, la niñera lo amenazaba con la Llorona, que era una mujer vieja entonces, joven cuando cometió el horrendo crimen que la convirtió en inmortal palpitación del dolor.

La Llorona es una madre, que en un momento de cobardía ó quizás de locura, quiso salvar su honor á costa de la vida de su hijo. Acabada de nacer la criatura, la sumergió en las aguas de un río, y una vez ahogada, abandonó el cadáver á merced de la corriente. En el mismo momento en que tan horrendo crimen consumaba, una voz misteriosa pronunció la eterna maldición que sigue contra la madre

desnaturalizada. «Vivirás llorando y buscando tu niño por los siglos de los siglos»..... Y un gemido del hjio contestó: «así será, maldita seas».

La tradición da por verificado este suceso en el año mil de la era cristiana, y por consiguiente, la incansable desventurada llora hace casi nueve siglos de continuo. Por eso su rostro está surcado por dos cicatrices, por donde corren siempre, ya no lágrimas sino sangre que mana de sus ojos. Los cabellos, que no le han sido cortados, desde que cometió el horripilante crimen, le envuelven la cabeza y le cubren la cara formando un bosque de pelo apelmasado, y lanoso; y las uñas, de más de una pulgada de largo, sólo le sirven para escudriñar las aguas sucias y barrialosas de los riachuelos y acequias de las poblaciones.

¡Cuántas veces mí inocente imaginación me hizo ver y oir esa errante dolorosa!

En efecto, á la edad de seis años, yo habría jurado sin vacilar que la Llorona me había besado y abrazado, pues una noche se acercó á mi casa un muchacho que vendía elotes cocidos. Verlos y exigir que se me regalaran una ó dos de tan apetitosas mazorcas fué una sola cosa. La niñera se negó rotundamente á satisfacer mi capricho, alegando que los elotes eran dañinos é indigestos á esas horas. Yo

persistí y lloré y grité y mordí á la prudente criada quien por fin apeló al gran argumento: la Llorona. Se me notificó que si seguía gritando llamarían á ese espantajo; más yo que no tenía seguridad de su existencia no hice caso de la amenaza. Estaba en lo mejor de mis furores, cuando vi entrar á la alcoba á una vieja con el pelo en desorden dando unos gemidos espantosos. «Llévate este niño, Llorona, dijo mi nodriza, y me puso en los brazos de la vieja, quien me dió varios besos, fingiendo que lloraba. Por supuesto que yo no tuve valor para mirar de frente aquella fatídica aparición... hasta la facultad de gritar perdí desde que me sentí en poder de la Llorona. Apenas pude arrojar al viento la frase que consideré mi salvación, y con voz temblorosa grité: «No quiero elotes, nunca más elotos».... El remedio fué efectivo, porque al oir mi palidonia, me pasaron de los brazos de la Llorona á los de mi china.

Desde esa representación tan á lo vivo, creí firmemente en la existencia de la inmortal Llorona, y fué santo remedio para todos mis caprichos, la amenaza de sus besos y abrazos.

Ya véis, querido lector, que la leyenda no miente. La Llorona existe en realidad... en la imaginación de los niños y en la memoria de los viejos.

---

# Un abogado fin de siglo

Don Florentino Cantaparado, último vástago de la noble familia Bicicleta, es un abogado de muy alta talla y corta clientela, pero muy solicitado por la numerosa y variada clase de *ingleses* de plazo cumplido. En la mañana usa buen saco de cheviot y mal almuerzo de lentejas; en la tarde, larga levita á la moda y corta comida, no regada con vino ni cerveza; y en la noche, frac, sombrero de copa, guantes anchos y estrecha dieta, por haber suprimido la cena que cambió por la ópera francesa.

El Licenciado Cantaparado hizo un viaje á Europa; largos dos meses vagó por el viejo mundo, y volvió transformado en doctor. ¿Qué universidad ó gobierno lo doctoró? El fabricante de tarjetas, que cambió la Licenciatura por el Doctorado; y como á nadie le importa que el descendiente de los Bicicletas haga preceder su nombre de una L ó de una D. Don Cupertino vivirá y morirá Doctor, como pretenden

vivir y morir tantos poetas, literatos y escritores in partibus in fidelium, que apenas son escribientes, escribanos, ó literatos á la *fourchette.*

Es una dicha que en nuestra egoista sociedad nadie quiera arrojar la primera piedra; pues si todo el que se adorna con falsa ó ajena pedrería, estuviera expuesto á que se la reclamen en la calle, tendrían muchos que volver desnudos á su casa.

Decíamos pues que el Doctor Cantaparado (y no hay que fijarse en el sentido literal del apellido de don Cupertino, porque él no canta parado ni sentado; lo único que suele cantar es la palidonia), reflexionando que el dinero atrae el dinero, y que donde no hay aguas no hay peces, determinó, para atraer clientela á su bufete, enganchar dos artesanos arruinados para que asistieran á su oficina, de las once del día á las cuatro de la tarde, y se ocuparan en hablar en altas voces, de grandes reclamaciones pendientes, llamando así la atención de los transeuntes. El uno viene á pagar mil pesos al Doctor. por el valor de sus honorarios en el pleito que acaba de ganar; el otro á darle las gracias por la brillante defensa que produjo la absolución de un su hermano incriminado. Los sábados se hace rodear de ocho ó diez asalariados que lo siguen por esas calles de Dios;

pero no ocupa las aceras sino que marcha medio á medio de la calzada, repartiendo sonrisas, unas veces á la izquierda y otras al grupo de la derecha, que lo forman una vieja gritona y tres ó cuatro *ciudadanos* que se presumen litigantes. El itinerario es invariable: del Registro de la Propiedad á la cárcel pública y de allí á las oficinas de la policía, concluyendo con una entrada triunfal al Palacio de la Corte Suprema. En ciertos momentos que el Doctor Cantaparado sabe muy bien elegir, exclama: Señores, no me es posible complacerlos á todos; mi tiempo está empeñado minuto por minuto; acudan á otros abogados; á lo cual contesta la vieja, con lacrimoso acento: prefiero no pelear sí su merced no se hace cargo de mis negocios!!

El Doctor Cupertino es un verdadero filósofo, y á falta de sólidos conocimientos en el derecho y en la práctica de la ciencia jurídica, le sobra el arte de vivir, ó la ciencia práctica del bien y del mal. Esa sabiduría de tejas abajo le ha enseñado muchas cosas buenas; entre otras, que, ciertamente el silencio es de oro, la palabra de plata, y la escritura de plomo. Por eso nunca escribe, ni alega en Estrados. Eso si, la palabra al aire libre es su fuerte.

Para cohonestar su silencio y abstención de los Estrados, en los dos únicos pleitos que ha dirigido, ha logrado persuadir á sus clien-

tes, de que mas pleitos se han perdido por mucho hablar, que por poco decir.

Parece á primera vista, que un sér tan práctico y prosáico, debiera ser refractario á las dulces peuas del amor, que es todo poesía é ilusión; más estaríamos en un error si tal pensáramos. Don Cupertino Cantaparado, creyó una vez que amaba y se sacrificó á Himeneo, que se le apareció bajo la forma de Venus Jamona, pero rentista y propietaria de bienes raíces.

Cuando pasó de la existencia unilateral, tan tranquila y barata, á la vida bilateral y activa le sobraron los pleitos y disensiones, pues apenas tiene tiempo para defenderse contra su agridulce contraparte y para arrepentirse de haber pasado voluntariamente del singular al plural.

Por lo dicho, lector discreto: si alguna vez la descarnada mano de la violencia y de la injusticia, llama á vuestra puerta, no lo abráis antes de consultar con el Doctor don Cupertino Cantaparado.

---

# El Prusiano de San Antonio

San Antonio de Belén es una de las muchas joyas que posee la provincia de Heredia. La población se compone de una sola calle como de un kilómetro de largo, á uno y otro lado de la cual han construído sus casas las lindas belemitas.

Era en Mayo de 1857. La hermosa carretera estaba adornada con arcos y en todas las casas tremolaba la bandera tricolor, símbolo de nuestra nacionalidad.—A pesar de ser un día de trabajo nadie se ocupaba en las faenas cuotidianas, sino que, al contrario, las belemitas llevaban su traje de coger misa y los pocos hombres que allí se contaban, sus anchas bandas de seda y sus chaquetas de paño negro tan sólo acostumbradas en los días domingos ó de fiesta de guardar.

Se esperaba el paso del ejército expedicionario, vencedor de Walker. que ese día entraba á San José, capital de la tierra bendita,

que con su esfuerzo habían salvado nuestros valientes soldados. Las novias, más hermosas y más coquetas que nunca, esperaban con ansia á sus prometidos vencedores; los padres á sus hijos y las hermanas, sin madre, á sus hermanos en quienes cifraban todas las esperanzas de su existencia.

*
* *

A medio día, un estremecimiento nervioso se sintió en todos aquellos corazones que palpitaban del temor de no encontrar en el ejército la persona que esperaban. Allá en el poniente se levantó una inmensa nube de polvo al propio tiempo que algunas notas perdidas de la corneta que rasgaban el aire en el lejano horizonte, llegaron al oído de la ansiosa concurrencia.

Poco á poco se acentuaron las notas, la música militar se dejó oír distintamente, y las belemitas impacientes de esperar corrieron al encuentro de los soldados, llenas de entusiasmo, al compás del Himno de Santa Rosa, nuestra marsellesa desde los tiempos de la epopeya nacional. Por fin, pasó el ejército. El General en Jefe rodeado de su Estado Mayor precedía la interminable fila de valientes libertadores de la patria en medio de los cuales venían sete-

cientos prisioneros de guerra pertenecientes á todas las nacionalidades.—El entusiasmo no tenía límites.

*
* *

Sinembargo había allí dos ancianos inconsolables: un matrimonio que enternecía con sus lágrimas, al cual el paso del ejército le había arrebatado la última esperanza, la postrera ilusión de su desventurada vejez. Este matrimonio tuvo dos hijos, Ramón y Pedro. El primero fué destrozado por una bala de cañón el 11 de Abril de 1856, y Pedro marchó con el Presidente Mora cuando éste hizo su segundo llamamiento á la juventud para abrir la última campaña, la del Río San Juan, en la cual los costarricenses tomaron los vapores de guerra del enemigo, sin embarcaciones, sin artillería, cuando á nado se hicieron dueños de esas baterías flotantes. El mismo padre se lo presentó á Mora diciéndole: Don Juanico aquí le traigo á mi segundo hijo para que lo aproveche en bien del país. Pero el pobre Pedro no vino con el ejército sino que encontró sepultura en las ardientes arenas de la costa, ya no había motivo para dudarlo.

*
* *

Dos semanas despues que el ejército había entrado á San José, una noche oscura y lluvio-

sa, cuando dormían los desgraciados padres, se oyeron unos golpes dados á la puerta de la casa.—El perro ladró al principio pero luego movió la cola en ademán de cariño: abrieron la puerta y un mocetón pálido, flaco y enfermizo que se sostenía en dos muletas porque le faltaba la pierna izquierda, se precipitó en la estancia llamando á grandes voces á aquellos ancianos que lo creían muerto. Era Pedro que llegaba de último, pero que al fin llegaba. Venía acompañado de un extranjero de mediana edad, rubio, de ojos azules como el cielo y de alta y fuerte contextura. Era un prusiano filibustero, que servía en el vapor «Morgan». Al abordar Pedro esta nave, recibió de él un balazo en la pierna y Pedro con la bayoneta de su fusil atravesó á su heridor.

La herida de Pedro hizo precisa la amputación de la pierna. Más feliz el prusiano, se curó por completo y agradecido del buen trato que recibió de los costarricenses y especialmente de Pedro, se convirtió en un afectuoso servidor de éste. Con permiso de dejar las filas del ejército sitiador de Rivas, Pedro emprendió la marcha á pie á su hogar acompañado de Jorge que fué su providencia. Este ganaba en los caminos reales algunos centavos con los que se mantuvieron ambos hasta que llegaron á San Antonio.—El Gobierno pensionó á Pedro

y Jorge, que era un trabajador infatigable se casó con una belemita acaudalada. Hoy viven dos hijos del prusiano, pues éste fué víctima de una anemia cerebral y el cojo Pedro pasa sus días sentado en un taburete de cuero en el corredor de su casa, donde á veces se duerme contemplando su pierna de madera.

---

# Margarita

(Novela Histórica)

Margarita era una linda muchacha de dieciseis años de edad, blanca, de cutis sonrosado, ojos muy vivos y muy negros, de robusta contextura y flexible y coqueto talle. En plena juventud, rodeada de las flores del campo, besada por la brisa de los montes, colocada en un medio ambiente de envidiable moralidad, nuestra protagonista no conocía la tristeza ni el fastidio. Era una fervorosa creyente y amaba con todo su corazón á una su Virgencita del Pilar que mantenía siempre á la cabecera de su cama.

Margarita se había creado en compañía de un primo suyo llamado Jorge, quien quedó huérfano á muy temprana edad: era un hermoso muchacho, de imaginación despierta, de aspecto simpático, valiente y de gran corazón. Corrían juntos por el campo tras las fugaces mariposas, juntos iban á la ermita, juntos oraban en las noches á la Virgencita del Pilar.

Así crecieron con los mismos gustos, las mismas pesadumbres, las mismas ilusiones, sin sospechar que existiera el amor y menos aun que cuando no fueran chiquillos habían de amarse con locura.

Contemplaba ella una puesta del sol rodeada de dorados celajes y argentinas nubes y le era indiferente el grandioso panorama, pero con Jorge á su lado, el cielo era bellísimo y aquella caricia de la divinidad le parecía deliciosa. Si el día era tormentoso, si los truenos espantaban al vecindario, su corazón no temblaba en hallándose cerca de Jorge, que era para ella el más fuerte de los hombres.

Jorge tenía un amigo á quien quería con toda la sinceridad de su corazón, llamábase Ricardo. En su compañía había pasado los primeros años de su infancia y los de su adolescencia. Cuando no estaba con Margarita, mataba el tiempo con aquel. Este era un mocetón robusto, bien formado, educado á medias, dueño de una alma pérfida y de un corazón depravado y corrompido. Amaba á Margarita pero ocultaba tan hábilmente sus pasiones que hubiera sido muy difícil descubrirlo, y á la sombra de esa bien llevada hipocresía trabajaba sin cesar para conseguir su objeto sin tener empacho en poner en práctica cualquier procedimiento de dudosa moralidad. Odiaba á Jorge porque en

él veía el novio de Margarita y más aun á su vecino llamado Patricio, gamonal solterón que había pasado ya de los cuarenta años pero que á falta de juventud era dueño de una cuantiosa y muy apetecible fortuna. Este último llevaba negocios con los padres de Margarita y en el vecindario era muy valida la historia de que Patricio se casaba con Margarita porque la familia de ésta saldaría con su matrimonio las cuentas ya muy subidas que había de cobrarles tarde que temprano el gamonal capitalista.

Una tarde se enteró Jorge de los rumores callejeros y fue entonces cuando vino á saber que el amor se había apoderado de su corazón, que Margarita no era su amiga de la infancia sino la mujer que le inspiraba la más intensa pasión que jamás lo hubiera conmovido; fué entonces que sintió por primera vez la desesperante angustia de los celos y entonces fué que se sintió hombre obligado á luchar cuerpo á cuerpo con los designios del destino.

Esa misma tarde habló con Margarita. quien á su vez vió desplegarse ante sus ojos todo un ensueño, comprendió el amor, y su inocente corazón de niña palpitó por vez primera á impulsos de esa gran pasión. Se habían amado mucho tiempo sin saberlo, habían sido niños unidos por la simpatía y el compañerismo, ahora eran jóvenes apasionados que iban á defenderse

de las intrigas de Ricardo, que aún no conocían, y de los bastardos intereses de Patricio.



Poco tiempo había trascurrido después de este incidente, cuando se supo en toda la República el desembarco en Puntarenas de don Juan Rafael Mora, quien llamado por sus numerosos partidarios á fin de colocarlo en la Presidencia que le había sido arrebatada por el cuartelazo del 14 de agosto, comparecía valientemente á la cita que el pueblo de Costa Rica con tantas insistencias le había hecho.

El Presbítero Raimundo Mora, virtuoso é ilustrado sacerdote. Cura del barrio de Guadalupe, incondicional partidario del proscrito Presidente como lo era la casi totalidad del clero, al saber la grata noticia se dedicó sin descanso á influir en el ánimo de los milicianos animándolos á partir á favorecer á Mora contra el ejército que al propio tiempo levantaba el Gobierno para combatirlo. Era el confesor de Margarita, su consejero íntimo, el único después de Jorge que estaba al tanto de los secretos de su corazón. Así es que le fué bien fácil obtener de su feligresa que convenciera á sus pretendientes á fin de que abrazaran la causa de Mora, tanto más cuanto que ella, como casi todas las

mujeres eran partidarias ardientes del Presidente caído. Y como el más insignificante capricho de esta criatura adorable era cumplido enseguida por sus pretendientes, el resultado que el cura apetecía fué llenado en la medida de sus deseos. Pronto partieron en el batallón del Coronel Pí, el señor Patricio, que iba como oficial, y Jorge y Ricardo como sargentos, resueltos á cambiarse ellos y su tropa al encontrar las fuerzas del Presidente Mora. Pero todos los medios que pusieron en juego para conseguir su objeto fueron fracasando unos en pos de los otros hasta que llegaron á la Barranca y entraron en acción con el ejército hermano, que defendía al Gobierno legítimo, al libertador de Centro América en la campaña de 1856. En aquella sangrienta jornada quedó muerto el oficial Patricio, sin que nadie se explicara el porqué le hubiera penetrado la bala por la espalda, cuando nunca echó pie atrás y cuando fué de los más bravos y decididos en la pelea. Jorge, que como hemos dicho era un muchacho de gran corazón, atendió cuidadosamente á su peligroso rival, y lo llevó á un rancho vecino en el cual murió momentos después.

*
* *

Los habitantes de Puntarenas que hoy

tengan más de cincuenta años de edad y las personas del interior que hubieren veraneado en ese Puerto en la década de 1860 á 1870, conocieron y trataron seguramente á la simpática personalidad de que vamos á ocuparnos. Figúrese el lector una mujer en aquel entonces como de veinticinco años, de mediana estatura, de color moreno bastante subido, de ojos negros, ardientes y vivísimos, decidora, espiritual y siempre de buen humor; una mujer toda corazón, capaz de sacrificarse en beneficio de quien solicitara su auxilio y dotada de una energía superior para llevar á cabo cualquier empresa: tal era la Lorenza, que sólo así se le llamaba al estilo nicaraguano, como que ella había nacido en el Realejo, pequeño pueblecito de nuestra hermana vecina.

La Lorenza cultivaba amistad con todo el mundo y lo mismo empleaba su lenguaje familiar, salpicado de chistes y de bromas, con la aristocracia, como ella llamaba á las gentes ricas y bien acomodadas del lugar, que con sus infinitos amigos y amigas de la democracia que eran sus iguales, quienes lo mismo que aquellas, la estimaban de todo corazón. Tenía sin embargo ciertas afecciones que colocaba por encima de todas las demás, como le ocurría con don Juan Rafael Mora y el General Cañas por quienes sentía una verdadera adoración. Es pro-

bable que para la Lorenza lo que más valía después de Dios eran estos dos hombres tan singularmente dotados por la naturaleza.

Con tales antecedentes, lo ocurrido desde la revolución del 14 de Agosto de 1859 hasta Setiembre de 1860, la toma de la trinchera de la Angostura, y sobre todo la resolución del Consejo de Guerra que condenaba á muerte á Mora, afectó muy hondamente el ánimo de la simpática hija del Realejo. Así fué que en la mañana del día 30 de Setiembre, en las pocas horas que transcurrieron desde la presentación del señor Mora al General en Jefe vencedor, y el cumplimiento de la sentencia dictada por el Consejo de Guerra, la Lorenza preparó el siguiente plan destinado á salvar la vida de su viejo amigo don Juanito Mora.

Los soldados Moristas (casi todos lo eran) que asistieran á la ejecución de Mora, ya formando parte de la escolta que había de fusilarlo ó del piquete que para seguridad acompañaría á los ejecutores, debían juntarse en un sólo cuerpo al oír tres silbidos de un pito de policía, para procurar fácil entrada dentro del cuadro á un grupo de mujeres que se presentarían como curiosas, capitaneadas por la Lorenza. Este grupo debía rodear al señor Mora y hacerlo llegar, con su voluntad ó sin ella, hasta la orilla del Estero, que sólo distaba

de los Jobos cosa de unos treinta metros.— Los Jobos son dos grandes árboles al pie de los cuales había de ser fusilado el vencedor de Walker; y por este motivo son ya históricos hasta el punto de que los puntareneños los conservan como testigos que perpetúan la memoria de ese sangriento drama. La Lorenza con su instinto genial había calculado que los soldados, amigos ó enemigos, no harían fuego sobre el grupo de mujeres, muchas de las cuales eran sus novias, sus hermanas ó sus esposas.

En el Estero se debía encontrar un bote con ocho marineros que atracaría á la playa con el pretexto de hacer aguada; pero cuyo verdadero objeto era conducir al señor Mora á bordo del «Reindear», goleta inglesa consignada á don Crisanto Medina, cuyo hijo don Crisanto, que era íntimo amigo de Mora y en esa fecha residía en Puntarenas, habia facilitado este poderoso elemento aprovechando la indignación que causaba en el ánimo de los extranjeros la serie de crueldades que durante cuatro días venía ejecutando el ejército vencedor con los vencidos ya desarmados é indefensos.

Tal era el asombroso plan de la generosa Lorenza.



Mora y Arancibia marchaban juntos al lugar donde minutos después habían de morir. El primero iba tranquilo, sereno, saludando á los amigos que encontraba en su calvario. Don Juan Rafael Mora era uno de los hombres más hermosos de su tiempo, de pequeña estatura, pero perfectamente proporcionada, de barba tupida, negra y sedosa, de ojos pardos sombreados por largas y crespas pestañas. Su mirada era irresistible por lo que tenía de penetrante y de atrayente. Arancibia, su compañero, era todo lo contrario: alto, huesudo, de fisonomía antipática, sin energía para los trances difíciles de la vida, cobarde como demostró serlo desmayándose dos veces en el corto trayecto que había entre la prisión y el lugar designado para fusilarlos. Mora lo sostenía de un brazo y lo animaba á fin de que llegaran airosos hasta los fatales Jobos; pero no consiguió comunicarle su valor y su altivez.

Llegaron por fin y fueron colocados bajo las copas de los árboles. Se pretendió vendar al bravo y heróico libertador de la patria, pero éste rechazó indignado aquella fórmula, de seguro muy útil para los espíritus apocados, pero humillante para quien muchas veces se había visto cara á cara con la muerte, sin que sus nervios hubieran sentido la más ligera contracción. Así fué que se le permitió morir co-

mo mueren los bravos, y él mismo dió las voces de mando como si se tratara de dirigir cualquier simple operación militar.

Un silencio fúnebre reinaba al rededor de la escena final. Todos los comprometidos en el plan de la Lorenza se encontraban allí, nerviosos, emocionados, en espera de la señal convenida que ya tardaba en ejecutarse. Preparen!... se oyó decir con voz segura y bien timbrada al valiente don Juanito. ¡Apunten!..... Mil corazones se agitaron en ese instante, y un grito de desesperación infinita salió de los pechos de aquellos conjurados cuando Mora gritó ¡fuego! y rodó su cadáver sobre la arena sin que los tres pitazos, que era la señal convenida, se oyeran entre los comprometidos.

Como se ve el plan de la Lorenza había fracasado.

*
* *

Ricardo, el pérfido amigo de Jorge, que como recordará el lector vivía enamorado de Margarita, procurando por todos los medios deshacerse de sus rivales, era uno de los comprometidos en el complot de la Lorenza y cuando consideró que todo estaba listo, dió cuenta del plan al General en Jefe del Ejército. Se proponía con esta delación obtener dos fines: uno era hacerse de dinero y de un alto grado mi-

litar y el otro, que era el principal objeto de la traición, perder definitivamente á Jorge, quien de seguro sería pasado por las armas ó desterrado para siempre de la patria, en el cual caso quedaba dueño del campo, toda vez que como los lectores recordarán, el oficial Patricio ya había muerto en el encuentro de la Barranca.

El General en Jefe, muy bien enterado de todos los detalles del plan, no se atrevió sin embargo á arrestar á una mujer tan querida como la Lorenza; sino que, valiéndose del artificio de que la llamaba el General Mora, la hizo entrar á la prisión de éste, es decir á un cuarto vecinó al en que el Libertador de Centro América se encontraba. Pronto comprendió nuestra hábil revolucionaria que habían sido delatados, y que se encontraba en las garras del enemigo.

Así se explica la ausencia de la simpática Realejeña en el momento de la ejecución de Mora, y el por qué no sonaron los tres pitazos convenidos.

*
* *

Cayó la tarde, y la tenebrosa obscuridad de aquella noche de invierno vino á aumentar la tristeza y el abatimiento de tantos corazones que habían palpitado de entusiasmo al calor de la generosa idea de la Lorenza. El silen-

cio que reinaba en la ciudad apenas si podía compararse con el de un cementerio: sólo el monótono rugido de las olas lo interrumpía de cuando en cuando.

La mañana que siguió fué para Jorge aun más espantosa que la víspera.

Preso, incomunicado, criminal, según las leyes militares, sin un amigo que lo valiera en aquel trance difícil de la vida, todo á su alrededor era sombrío. Ante sus ojos se presentaba el cadalso, la muerte sin honra, y la eterna separación de Margarita. Al pensar en ella lo ahogaba el llanto y su mirada, entre imbécil y demente, fija en el plateado mar que lo rodeaba, se desvanecía en el azul horizonte. Pronto fué juzgado y absuelto por falta de prueba; pues la Lorenza no suministró ningún informe que comprometiera á sus amigos, y pocos dias después del famoso complot, regresó al interior con el cuerpo de ejército de que formaba parte.

*
* *

Margarita lo esperaba radiante de hermosura y orgullosa de satisfacción: su novio había cumplido gallardamente las instrucciones recibidas de proteger á don Juanito; y el consejo de guerra á que se le había sometido era un título honrosísimo ante el gran partido derrotado.

Ahora lo amaba más que antes, ó al menos así lo creía, porque la vanidad se había despertado en su corazón. Ser la novia de Jorge, el más apetecido y codiciado mozo de aquel vecindario, era sin duda una gran victoria. De Jorge, bástenos decir que era el más felíz de los hombres por el doble motivo de encontrarse otra vez con Margarita, y de haber obtenido de sus padres el consentimiento para hacerla su esposa. En realidad, muerto don Patricio que era el único obstáculo que se oponía á las bodas de Jorge, por las causas que ya el lector conoce, los padres de Margarita miraban con gran placer esta unión que había de constituir la felicidad de su hija. Sin embargo, una nube vinó á manchar aquel cielo azul: tal fué el rumor que circuló en el pueblo, sin que se conociera su origen, de que Patricio había muerto, no por las balas enemigas, sino por la mano de Jorge, quien en el fragor del combate de la Barranca, le había disparado alevosamente atravesándolo por la espalda.

Claro está que en el ánimo de Margarita esta historia era una perfidia inventada con el propósito de evitar sus bodas; pero es lo cierto que dadas las señales que aparecieron en el cadaver de Patricio, no era dificil que las sombras de la sospecha mancharan á Jorge, que como hemos dicho veía en Patricio un poderoso rival.

Los padres de Margarita, que conoce el lector, personas de muy severa moralidad y sinceramente católicas, se impresionaron con aquella historia no del todo inverosímil, y á pesar de las lágrimas de Margarita y de las desesperaciones de Jorge, resolvieron que la boda no se verificaría entre tanto no se pusiera en claro la verdad con respecto á la muerte del señor Patricio.

Bueno es que sepa el lector que la amistad de Ricardo se había enfriado casi por completo, y que Jorge no dejaba de sentir en el fondo de su corazón vagos presentimientos con respecto á aquél. De cuando en cuando cruzaba por su mente la idea de que Ricardo había delatado el plan de la Lorenza, y de que éste era el autor de la historia fatídica de Patricio.

Asi estaban las cosas en Diciembre de 1860, época en que el pueblo de Guadalupe celebraba las fiestas cívicas del año. Jorge, sin duda para olvidar sus tristezas, jugaba á los dados con numerosos compañeros, entre los cuales se encontraba Ricardo. Ganaba el dinero á torrentes, corroborando la antigua tradición de que los infortunados en el amor son afortunados en el juego, al propio tiempo que Ricardo lo perdía tan rápidamente, que servía de motivo para las históricas bromas de los siempre espirituales jugadores. Cerca de las nueve

de la noche, éste, bastante excitado por el licor que había consumido, invitó á aquél para que se fueran juntos á los fuegos artificiales. Jorge lo acompañó, mas al llegar á la plaza, fué derribado al suelo por un bofetón de Ricardo. Se incorporó rápidamente y se dió cuenta de lo que pasaba. Ricardo le hacía tiros de muerte con su afilado puñal. Entonces sacó el suyo y entraron en pelea. Pocos momentos después caía Ricardo herido mortalmente.

La gente que se agolpó en el lugar del suceso tomó á Jorge y condujo á Ricardo á casa del Cura. Allí, agonizante, balbuceó las siguientes frases:

«Me muero... tengo miedo del infierno... me aterra la idea de que haya un Dios vengador... yo soy el asesino de D. Patricio en la Barranca, lo asesiné para libertarme de su rivalidad con Margarita... yo... delaté el plan de la Lorenza y dije que Jorge era el principal conspirador... yo provoqué injustamente á mi rival... y divulgué la calumnia de que ha sido víctima Jorge...... Perdón..... Y murió.

*
* *

El día de los Reyes se verificó la boda de Margarita, y se realizó este idilio tan intimamente ligado con el drama más sangriento de nuestra historia.

# La Serenata de Shubert

Cuento alemán

Dos años antes de la terrible guerra que por la libertad de los esclavos, se trabó entre el Norte y el Sur de la Gran República Americana, habitaba yo en un pequeño hotel alemán del Bowery.

Nada puede haber más patriarcal que la vida de los inmigrantes alemanes en los Estados Unidos, mientras se conservan pobres, en espera de una fortuna que casi siempre obtienen. El patrón ó dueño del hotel referido era uno de esos recién llegados, hijo de Baden, muy popular y conocido por la colonia alemana: Oscar Hochff se llamaba. Era joven, rubio y bien formado. Todo alemán, hijo del gran ducado de Baden, estaba seguro de ser bien recibido por su compatriota; así es que con frecuencia veía brindar, vaso en mano, al patrón con el recién venido, fuera éste rico ó pobre, señor ó criado. Muchas veces presencié

escenas patriarcales entre la cocinera y la patrona, entre el jefe de una fábrica y un simple obrero.

Luis Humboldt era un muchacho que apenas hablaba el inglés, porque sólo hacía unas pocas semanas que había llegado á Nueva York. Sus funciones se reducían al servicio de la mesa, y al arreglo y aseo de los pisos y muebles. Siempre desempeñaba sus humildes atribuciones cantando, silbando ó recitando entre dientes algunos versos alemanes. Jamás lo vi triste, ni siquiera serio; era la alegría, el buen humor personificado. Como todos los demás criados, llevaba pantalón de franela blanca, chaqueta azul ó negra y el delantal de rigor.

Una noche lo encontré muy acomodado frente al piano, acompañándose la célebre serenata de Shubert. Luis la cantaba admirablemente. Los patrones, lejos de molestarse porque el criado se sirviera del piano, lo animaban todas las noches para que los complaciera cantando, ó tan sólo ejecutando, alguna pieza alemana.

Para mi gusto no hay ni habrá en el mundo una melodía más sentimental, más triste ni más sublime que esa serenata; así es que todas las noches cuando encontraba á Luis en el piano le pedía mi música favorita. Luis, además de ser muy artista, tenía manos de mujer

desocupada, blanquísimas, y bien formadas. Era, por cierto, grata vanidad en Luis el mostrarlas sobre el teclado.

La guerra sobrevino; yo me despedí de mis queridos hoteleros alemanes y me alejé de América. Al cabo de siete años, volviendo para Costa Rica, determiné permanecer unos días en la ciudad imperial, y me alojé en el «Hoffman House». Luego recordé mis antiguos amigos de Bowery, y busqué el hotelito consabido. ¡Qué diferencia en todo! Cómo se notaba el paso de un incendio, de un ciclón ó de un huracán en aquella, antes tan próspera y tranquila, morada. El hotelero Oscar se había arruinado. La desgracia y los sufrimientos lo habían envejecido. Parecía que en vez de siete años hubieran transcurrido treinta sobre aquel individuo, antes tan rosado, tan lustroso y tan bien dispuesto. ¿Qué había ocurrido? Que la guerra, que enriqueció á tantos, arruinó al alemán, arrebatándole, además de su capital, á su hijo y á un sobrino. Pregunté por el sirviente Luis Humbolt, y el patrón, sin decirme una palabra me condujo á un cuartito del quinto piso y..... ¡maldita sea la guerra! en vez del alegre muchacho que había dejado años atrás, encontré apenas sus restos, si se quiere. En efecto, había perdido una pierna y los dos brazos, y más parecía una momia ó ídolo indio que un

ser humano. Además, una enorme cicatriz que le atravesaba toda la cara, convirtió su hermoso rostro en máscara horrible. Cuando Luis me reconoció, dos lágrimas rodaron por sus mejillas, y después de unos momentos de conversación, refiriéndome sus desventuras, comenzó á cantar la Serenata de Shubert, con una tristeza y un sentimiento de dolor tan profundo, que yo mismo no pude contener el llanto, pues sus ojos me decían, dirigiéndolos á un piano que había en el cuarto, que si aun podía cantar, ya jamás podría acompañarse. Desde esa fecha, no hay trozo de música que me impresione tanto como esa sublime serenata, porque ella me recuerda el drama sangriento y la última frase de Luis al despedirse de mí: «¿Por qué Dios, que es tan bueno, no permitió que yo muriera en Bull's Run?» Lo más triste del caso es que Luis no fué obligado á tomar las armas, sino que se presentó como voluntario cuando vió que sus amigos y compatriotas se marchaban á la campaña, que entusiasmó y acabó con tantas existencias jóvenes, y llenas de esperanzas y de ilusiones.

---

# Elisa Delmar

(Novela Histórica)

Elisa Delmar no solo era una de las más bellas flores del jardín que riega el torrentoso río Barranca, sino que su angelical bondad y su constante predisposición al sacrificio y á la renuncia del goce propio en cambio del ajeno, hacían de ella una hermana de caridad en la población de Esparta, donde nació y pasó la mejor parte de su vida.

No podía ser de otro modo la que debió el sér al Bayardo centroamericano, al héroe sin miedo y sin reproches, en una palabra, al general don José María Cañas.

En efecto: tanto la naturaleza como la educación se propusieron á porfía hacer de Cañas uno de los más simpáticos y hermosos tipos de la belleza humana; pues así en lo físico como en lo moral, el general Cañas fué un modelo de perfección en su género.

Difícil sería imaginar una figura tan bien delineada y tan brillantemente dotada por la naturaleza, como lo fué la del general Cañas.

De alta y esbelta estatura, de azules y grandes ojos velados por espesas pestañas, con una nariz aguileña y una boca de donde jamás salió una sola frase ofensiva para nadie; Cañas practicó todas las virtudes, menos una: la fidelidad conyugal.

Esa sujeción le fué imposible, porque el fogoso guerrero, discípulo de Morazán, amaba á todas las mujeres. A las rubias porque eran dulces y suaves, á las morenas porque eran emprendedoras y activas, á las flacas porque no eran obesas, y á las gordas por sus redondas y esculturales formas. Cañas pasó su vida amando y siendo ardientemente correspondido. Más de treinta retoños sembrados en los cinco Estados Centroamericanos, debieron la existencia al bizarro soldado que no conoció al miedo, y á quien sólo se pudo hacer el ligero reproche de inconstancia en el amor.

Elisa Delmar fué el fruto de una de esas momentáneas constancias en su inconstancia habitual.

Berta Delmar, chiricana despierta y graciosa, vino á Costa Rica por asuntos de familia y no volvió á su país porque se encontró con Cañas en unas fiestas de Esparta y cuando de-

bía volver, el nacimiento de Elisa se lo impidió en parte, y en mucho motivó su larga residencia entre nosotros, la esperanza de ver de vez en cuando al padre de su Elisita.

Lo raro en esa vida de continuas aventuras de amor es, que pocos hombres fueron más cariñosos, más amables y complacientes con su esposa legítima, que lo fué Cañas. Jamás salió de sus labios una palabra dura para su Lupita, la madre de sus legítimos hijos. Lupita era adorada por su esposo y éste se excusaba y defendía con tal gracia en sus continuas infidelidades, que no era posible guardarle rencor; pués siempre logró dejar en el ánimo de su Lupita la duda de la existencia de los hechos imputados al marido intachable en lo demás.

La campaña nacional contra Walker duró más de año y medio y todo ese tiempo estuvo Cañas ausente de su hogar.

Todos los generales, oficiales y soldados que hicieron la campaña se alternaban yendo y viniendo á Nicaragua. Cuando el cólera morbus hizo oír al ejército el «sálvase el que pueda» casi todos los expedicionarios volvieron á sus casas en la esperanza de librarse de la terrible peste. El único que permaneció firme en su puesto desde que comenzó la guerra hasta que concluyó, fué Cañas.

En efecto, á la cabeza de un puñado de

liberianos sostuvo Cañas el honor nacional, oponiéndose solo, contra Walker y practicando prodigios de táctica y de valor. Uno de esos hechos de armas le valió el nombre de Jenofonte Centro Americano, dado por el mismo Walker á su incondicional enemigo.

Elisa, pues, no sólo amaba en Cañas al que le dió el sér, sino que su vanidad era dulcemente lisonjeada por ser hija, aunque natural del célebre y simpático guerrero.

Elisa no olvidaba la primer caricia que Cañas le había hecho, cuando la mamá la presentó á su padre. Chica, la dijo, pasando sus manos por los cabellos de la niña, eres tan linda, que las gentes te tomaran por hija mía.

## II

La afección filial de Elisa monopolizaba casi su ánimo, pues primero Cañas y en seguida de éste Berta su madre, eran casi los únicos afectos que descollaban en su corazón.

Contra esa fortaleza defendida por dos grandes atracciones, se estrellaron muchos y emprendedores Lovelaces. Uno sobre todo, pasó su juventud solicitando un adarme de amor siquiera, de la que ellos llamaban fría Elisa.

Alberto Villalta, Colombiano de buena familia que emigró á Costa Rica por asuntos políticos, fué el más sincero y emprendedor de los enamorados de la hija de Cañas.

Ella lo recibía con agrado y con placer, pero por más que hizo, no logró amar al jovenzuelo bien parecido y simpático, más que como á un amigo.

Berta amonestaba á su hija para que eligiera al futuro compañero de su vida, mas ella contestaba siempre que no era de rigor que la mujer tuviera compañero, que tantas jóvenes bonitas y aun muy agradables habían pasado su vida solas con sus padres y no habían tenido porqué arrepentirse, mientras que á ella le constaban los sufrimientos por que pasaban algunas de sus amigas á consecuencia de haberse mal casado.

En ese estado las cosas, desembarcaron en Puntarenas los que pocos días después debían ser mártires de su patriotismo, esto es, los generales Mora y Cañas.

Ese acontecimiento fué una fiesta llena de promesas y de ilusiones para los amigos de ellos, y de terror y de espanto para el Gobierno de hecho que regía á Costa Rica.

Elisa no se contaba entre esos dos extremos, porque ni tuvo ilusiones, ni los terrores de quien todo lo teme de la justicia del cielo.

Elisa era una sensitiva, como todas las flores y avecillas de su género. Elisa juzgaba de los sucesos, no según su inteligencia y su razón, sino conforme se lo indicaba el corazón, que es el instinto de las mujeres. La cabeza se engaña á menudo, el corazón raras veces.

Visto pues el desembarco de Mora y Cañas á través de ese lente que iluminaba los acontecimientos, fué Elisa presa de fúnebres y siniestros presentimientos que la desesperaron. ¡Qué hacer! ¡Cómo evitar el sangriento fin que su instinto filial le señalaba!

Pensó en Alberto y se dijo: sólo las grandes pasiones producen grandes resultados; el hombre que ama ardientemente es capaz de todo, por obtener el amor del objeto amado. Tuvo, pues, con Alberto la siguiente conferencia:

Elisa.—Es tiempo ya, Alberto, de que hablemos como personas serias. Usted pretende amarme con pasión, y sin esperanza de variar de sentimientos. Yo le he manifestado mil veces que no me es posible engañarlo, fingiendo un amor que no siento, pero si usted se conforma con hacerme su esposa, á sabiendas de lo que pasa, convengo en casarme con usted, pueda ser que una vez casada, la vida conyugal atraiga y convierta en amor mi actual amistad.

Alberto.—Triste y desesperante es el frío celaje que usted me ofrece en perspectiva,

pero todo lo acepto, menos el peligro de que usted pertenezca á otro hombre y de que llegue á amar á otro que no sea yo. Acepto su sacrificio, Elisa ¿con qué condiciones?

ELISA.—Con una sola. Soy hija natural del mejor de los hombres, del general Cañas, y mi corazón me anuncia próximas y terribles soluciones con respecto á él. Si usted me ayuda á salvarlo, si logramos que no sea sacrificado y que pueda volver á San Salvador, yo seré su esposa.

Si tal cosa no sucede, yo me dedicaré al alivio de la humanidad doliente. Seré Hermana de Caridad.

ALBERTO.—Aceptadas sus condiciones, desde luego me pongo incondicionalmente á sus órdenes y tanto mi inteligencia, como mi energía física, sólo se ocuparán del objeto deseado.

## III

La historia nos dice lo que pasó en esa punta de arenas y manglares, en catorce días de combates, de traiciones, de heroísmo y de legendarias luchas. Los generales Mora y Cañas y sus amigos, el 27 de Setiembre de 1860 ya no trataban de vencer, sino de morir con

honor. La muerte los acechaba y sólo era cuestión de tiempo. Describamos al acaso una de tantas escenas que precedieron á la fatal toma de la Trinchera.

Era el 27 de Setiembre. Conocido es lo que se ha llamado la Angostura, esto es un estrecho itsmo como de cuarenta varas de ancho entre el mar y el Estero en la lengua de tierra que forma el puerto de Puntarenas. A veces en las altas mareas ese itsmo queda reducido á un espacio de cinco varas. Allí es donde se construyó la famosa trinchera, con grandes tablones de madera de cuadro. Una cubierta de manta formaba el techo con que se abrigaban del agua y del sol, sus defensores.

Nueve grandes cañones colocados en semi-círculo, defendían y barrían el camino.

Cada pieza estaba al mando de un oficial. Como casi todos fueron mártires y se batieron como héroes, justo es que aquí consignemos sus nombres. El número primero estaba al mando de don Leonidas Orozco, los siguientes al de los señores don Antonio Argüello, don José de Jesús Quesada, don Frutos Mora, don Francisco Castro, don Evaristo Fernández, don Alberto Villalta y dos alemanes amigos de don Guillermo Nanne.

Eran las seis de la tarde. Un corneta y un tambor ejecutaban el toque de la oración.

Todavía en esa época se practicaba la ordenanza militar española, y las guarniciones, á esa hora en que los cristianos dirigían sus ruegos al Todopoderoso, hacían lo mismo, y oficiales y soldados, con la cabeza descubierta y de pie, repetían la oración que el cabo de la guardia en voz alta pronunciaba.

Concluída la ceremonia, que por última vez debían practicar la mayor parte de aquellos pobres predestinados á la muerte al día siguiente, cada uno volvió á sus quehaceres. El viejo Cañas, vestido con su pintoresca camisa roja de lana, se recostó sobre la cureña de un cañón y saturado de mortal tristeza contemplaba un cuadrito que contenía dos retratos: el de su Lupita y el de *Pincho* ó Francisco Cañas, su hijo primogénito, que apenas tuvo tiempo de abrazar al salir del Salvador adonde llegó Pincho la víspera. Hacía cinco años que Pincho estudiaba el comercio en Valparaíso y volvía á su casa dichoso y adorado por todos los que lo trataban, porque Pincho era el mismo general Cañas cuando era adolescente.

Hermoso y elegante, simpático é inteligente, Pincho llego á San Salvador la víspera que su padre.

Mas cuando el viejo general contemplaba su retrato, prometiéndose mil goces en la sociedad de su hijo, ya éste había volado á las

regiones de la muerte: una fiebre maligna lo arrebató á su familia.

Cañas murió sin saber que su hijo lo había precedido en el camino de la eternidad.

¡Terribles decretos del destino, que había condenado á Lupita, la santa esposa del general Cañas, á perder en una sola semana á su marido, á su hijo primogénito y á su hermano mayor (don Juan Rafael Mora), quedando abandonada y sin recursos en el ostracismo que había compartido con su marido! La viuda, mártir, y madre de numerosa prole, tuvo que ganar con su trabajo personal en extranjera tierra, el amargo pan de la proscripción.

Los demás jefes y oficiales, cuál más, cuál menos, todos pensaban en su familia ausente, en su vieja madre, en la joven hija y en la prometida esposa. Alberto Villalta pensaba en su Elisa, y acariciaba su cañón, como al amigo á quien debería el amor de la hija de Cañas. Alberto se enganchó al servicio de Cañas, con ánimo de hacer cuanto en su mano estuviera para salvar al viejo guerrero ó para morir con él.

Todas esas *reveries* cesaron al escuchar la terrible voz del cañón enemigo. En efecto, dos balas rojas unidas por una cadena, habían penetrado en el campamento, herido á un soldado, y destruído completamente el techo de la tienda de campaña que abrigaba á los jefes.

La juventud es siempre y en todas partes la luz y la alegría de la vida. Todo lo que pasa en esa primavera de la existencia, es motivo de placer y manantial de risas y chanzas.

Así fué que los jóvenes oficiales, jefes de las piezas, un momento antes tristes y mustios, reían á carcajadas al ver á la cocinera del campamento, la popular y célebre *Liboria*, furiosa contra los poco diestros artilleros del enemigo, que en vez de matar soldados, le habían destruído y dispersado las cazuelas y platos listos para la cena.

En esos momentos, el solemne silbido de una bala de cañón atravesaba de Sur á Norte, esto es, del mar al estero, á una grande elevación sobre la trinchera. Era el aviso convenido con los comandantes de las lanchas cañoneras, quienes debían con esa señal indicar que había novedad ó peligro inminente para los defensores de la Angostura.

Esas dos lanchas armadas, una con dos cañones y la otra con solo uno, pero de grueso calibre, las mandaban: la que ocupaba el mar abierto, don Guillermo Nanne, y la que recorría el estero, el bizarro inglés, capitán Rogers, cuya larga vida ha sido dedicada sólo al servicio de Costa Rica. Hoy vive aún en Puntarenas, lleno de gloria y de años, y rodeado del respeto y cariño de los costarricences.

Cada arruga de su venerable rostro es una página de heroicos sacrificios por su patria adoptiva.

¡A las armas! exclamó Santander, el segundo de Cañas, chileno de buena familia, valiente y buen mozo, á quien el destino condujo á nuestras playas en esa época. Al instante estuvo cada hombre en su puesto.

Sólo el general Cañas permaneció tranquilo y no abandonó su cómodo lecho, esto es, la cureña de su cañón. Y es porque esos alarmas eran tan frecuentes, que ya no le llamaban la atención. Además, su larga experiencia de la guerra le indicaba que aun no se trataba del asalto.

Sólo dijo sonriendo y con su gracioso ceceo habitual: muchachos, no... no... no hay que ol... ol... olvidar que, que, que perro que ladra no... no... muerde.

No es mi ánimo contar ahora el sangriento combate que tuvo lugar el día siguiente, y que concluyó con la toma de la trinchera.

En otra obrita de este mismo género encontrará el lector la relación de este trágico suceso. Por ahora sólo relacionamos la historia del cruento fin de Cañas.

## IV

En Setiembre de 1860 desembarcaron Mora y Cañas en Puntarenas, llamados por sus numerosos partidarios. Para la generalidad de los moristas aquella entrada triunfal fué una fiesta que auguraba próximos y venturosos acontecimientos. Mas no para ciertas sensitivas, que, como Elisa viven de amor y cariño. La llegada de Cañas la impresionó penosamente, sin explicarse bien el motivo; algo como el don del adivino tienen los corazones amantes y apasionados, y ese algo anunciaba á Elisa desconocidos infortunios y siniestras soluciones. El instinto de su cariño filial fué más previsor que las indicaciones de su cerebro, y ese instinto la hizo presentir al través del denso velo que cubre el porvenir, y á pesar de los halagadores mirajes del presente, los trágicos desenlaces del ciego destino.

El general Cañas en su visita de inspección á Esparta, antes que el Gobierno hubiera tomado el paso del río Barranca, estuvo unos instantes con su hija. Ésta le suplicó que le permitiera coserle en la camisa un pequeño escapulario de la Virgen del Socorro, que espe-

raba, decía ella, lo libraría de las balas. Cañas riendo y chanceándose aseguró á Elisa que desde ese momento sería inexpugnable, cosa de poca monta, añadía con el ceceo que acostumbraba, porque... que... que... los vie... vie... jos... co... co... como yo no sir... sirven pa... para mal... mal... di... dita la co... cosa.

Luego siguieron los fatales é inexplicables desastres que condujeron á Mora y á Cañas al banquito de los ajusticiados. Un consejo de guerra compuesto de sus más encarnizados enemigos, los condenó á muerte. Aquél fué ejecutado el 30 de Septiembre. Imposible pensar que Cañas tuviera la misma suerte: primero, porque el mismo Consejo de guerra, á pesar de su parcialidad, recomendó el viejo General á la clemencia del Gobierno, pidiendo que se le conmutara la pena de muerte por la de destierro perpetuo; segundo, porque transcurridas 48 horas después de la muerte de Mora, la calma había reemplazado á la excitación que sigue á los combates; y tercero, porque la popularidad de Cañas era tal, que se consideraba peligroso el llevar las cosas á ese extremo, que quizá acabaría con la paciencia del soldado. Muy pocos serían los milicianos que componían el ejército expedicionario del Gobierno, que no hubieran militado bajo las órdenes de Cañas. ¡Cuál sería el asombro de amigos y aun de enemigos de

Mora, al saberse que á las tres de la madrugada del dos de Octubre había llegado á Puntarenas un emisario del Gobierno, cubierto de lodo, y después de reventar dos caballos. Ese correo de la muerte había traído la orden de fusilar al heroico y viejo guerrero, dentro de las dos horas siguientes á su llegada.

## V

Era el dos de Octubre de 1860. Las tres de la mañana apnntaba un reloj que colgaba de una de las paredes del gran salón, donde esperaban su mísero destino varios de los prisioneros tomados en el combate de la trinchera, ó que voluntariamente se habían presentado á merced del vencedor.

Un batallón entero rodeaba esa prisión que contenía lo que aun quedaba viviente de los amigos que acompañaron á Mora en Puntarenas. Entre ellos corrían gran peligro aún, el general Cañas, el coronel del mismo apellido, hermano de aquél, el capitán Leonidas Orozco, y el señor don Manuel Argüello. El trágico fin de don Juan Rafael Mora los tenía anonadados.

Tronaba el rayo en el firmamento y caía

aguacero diluviano cuyos ruidos apenas dejaban percibir los bramidos del Océano enfurecido por el huracán.

Sin esperanza de conciliar el sueño, se recogieron unos después de los otros en unas camas–tijeras y guardaron silencio por consideración á Cañas. Cuando parecían todos dormidos, como á las dos de la madrugada, el centinela de la puerta se acercó de puntillas al lecho de Cañas y con los ojos llenos de lágrimas, contempló silenciosamente su varonil y simpática figura del viejo héroe.

Quien tales muestras de ternura no pudo ocultar, era un soldado joven, casi adolescente, bello como un adonis, y en cuyo rostro aún no asomaba una sola señal del bello que distingue al sexo fuerte. Como uno de los brazos de Cañas colgaba fuera del lecho, el soldado se acercó, se arrodilló y le besó.....la mano..... Cañas despertó al sentir el perfumado aliento del gentil soldado, y se sentó.....El soldado se excusó diciendo: que por la agitación que en su sueño manifestaba el General, pensó que quizás sufría de una pesadilla, y decidió despertarlo. ¡Cual sería la sorpresa del General al reconocer en el soldado á su hija Elisa, que se había cortado el pelo, disfrazado con el uniforme militar y enganchado como voluntario en el ejército del Gobierno!!!



A la media oscuridad que había en el salón, mantenida por un solo farol ó linterna, con una sola vela, manifestó Elisa á Cañas el objeto de su venida allí.

Se trataba de que en el acto cambiase su vestido por el de un oficial, que consistía: en un pantalón de lana azul, y una camisa roja, á lo Garibaldi, vestido que en esa expedición usaron aun los más altos jefes, como Blanco y don Francisco Montealegre. Así disfrazado, debía Cañas atravesar la guardia, seguido y rodeado por cuatro jóvenes soldados, amigos de Elisa que esperaban en la puerta.

Cañas vaciló..... La dijo que él creía no había ya motivo para temer otra solución de aquel drama, que el destierro que se verificaría cuando pasara el vapor, y el paquebote lo esperaban ese día mismo.

Elisa insistió y suplicó, asegurándole que corrían en el ejército siniestros presentimientos de extraordinarios sucesos.

Es imposible dijo Cañas, que después de cuatro días de calma se pretenda hacer nuevos asesinatos políticos, y que él creía y aún tenía fe en los sentimientos de gratitud del pueblo de Costa Rica, por los servicios que él había prestado en Nicaragua etc.

Elisa lloraba y de rodillas le rogaba que la siguiera cuando se oyó un redoble de tam-

bor y un lejano sonido de corneta. Elisa palideció y procuró forzar cariñosamente á Cañas para que la siguiera, más pronto se oyeron pasos acelerados de personas que se acercaban, luego apareció al frente de un grupo de militares, un oficial con una linterna sorda en una mano y un revolver en la otra. Lo seguían el General Blanco y varios oficiales. Elisa apenas tuvo tiempo de llegar á la puerta, tomar el rifle, y colocarse en su puesto

Entró al salón el fúnebre grupo y el oficial cuyo vestido manaba agua por todas partes y cubierto de lodo del camino, comenzó á llamar en voz alta á los prisioneros, que contestaban asombrados y medio dormidos. Concluída la revista, el fatídico Capitán dijo en voz cavernosa «Que el General Cañas pase á otra pieza, donde debe estar separado de sus compañeros.»

Apesar de lo terrible y espantoso que anunciaba esa orden, Cañas, con una sonrisa mezclada de tristeza y de desprecio al Capitán mensajero de desgracias, le manifestó: que estaba listo á seguirlo. Pero antes de marchar, y mientras se vestía dijo á cada uno de sus compañeros de prisión algunas frases agradables. Al joven don Manuel Argüello dióle un abrazo, diciéndole: ésto me huele á viaje largo; al país de donde no se vuelve nunca. Argüello

quiso despreocupar á Cañas recordándole su popularidad, sobre todo, en el ejército.» Allí precisamente está el peligro, contestó el General; si yo fuera aborrecido, no me temerían, y me dejarían tranquilo; para probarte que no me engaño, vamos á hacer una apuesta; tus cigarros concluyeron, y yo aún tengo dos macitos, mientras que tu tienes fósforos, de los cuales yo carezco. Si me separan para fusilarme, mis cigarros te pertenecerán; y si al contrario, sólo se trata de una mera formalidad, tus fósforos serán míos. El premio pues, lo representan: para mí la caja de fósforos, para tí mis cigarrillos; adiós y que él nos ayude á todos; y saludando al grupo de amigos, marchó tranquilo y sereno, para la pieza que seguía al salón.

Conocida es la célebre carta que en despedida escribió á su amigo íntimo don Eduardo Béeche. En sustancia decía así: «Querido don Eduardo; dentro de unos momentos me habrán despachado al otro mundo; no temo el viaje, sólo me apena la suerte de mi Lupita, y la de mis hijos que quedan pobres, desterrados y sin apoyo.

En mi larga existencia he tenido ocasión de enfrentarme mil veces con la muerte; pero siempre la ví á través de la exitación de la victoria ó al de la pena y la vergüenza de la

derrota. Hoy es diferente, pues la escuálida Parca me mira tranquila y se burla al considerarme víctima, no de mis enemigos, sino de mi Patria adoptiva, y de mis amigos.

¡No importa! Siempre he creído que el hombre es inmortal y que la muerte es el despertar de la vida; la aurora de una nueva existencia; que dentro de cuarenta minutos habré dejado de soñar y comenzaré á vivir en el lugar que Dios tiene destinado para los que hemos vivido según sus leyes, y haciendo cuanto bien hemos podido á la familia, á la Patria y á la humanidad en general.

¡Adiós! Dígale á Dorila su esposa, que no olvide á su viejo tío, á quien llamaba el corruptor de su marido; ¡¡¡para corrupciones estoy ahora, que dentro de una semana ni los perros se acercarán á mi corrupto cuerpo.

Adiós y adiós..... Esa mancha que parece de aceite, al principio de esta carta, no es más que una malhadada lágrima, que sin mi voluntad se escapó de mis ojos. De nuevo, adiós. Cañas.»

El viejo batallador salió de su prisión custodiado por una fuerte escolta. El pelotón de ejecución marchaba inmediatamente detrás de él. Cualquiera que no hubiera sabido que se trataba de ultimar á aquel hombre, habría pensado que quien mandaba la escolta era él,

y que el pálido y tembloroso oficial que en realidad iba á la cabeza de la fuerza armada, era el destinado al último suplicio.

El general en Jefe, Blanco, en vano solicitó, rogó y amenazó á todos los oficiales del ejército expedicionario, uno después de otro, para que obedecieran y mandaran hacer fuego contra Cañas. Todos se negaron á hacer el papel de verdugos del héroe de la Campaña Nacional. «Preferimos morir, á mandar á hacer fuego, sobre nuestro valiente Jefe,» dijeron todos. Por fin se presentó el mismo capitán que llevó de San José la sentencia de muerte y despertó á los prisioneros en la madrugada. ¿Quién ignora el nombre de ese fatídico acuchillador de inocentes y de heroicos personajes!!!

Ramón es su nombre de bautismo, buscad lector el apellido de esa fiera humana y la encontrareis en la historia de «Costa Rica» siempre que se ha tratado de hacer mal á los hombres ó á las cosas.

Para cada persona que encontró en el transito para los Jobos, tuvo Cañas una palabra agradable. Al uno lo saludaba y le preguntaba por su esposa ó su hija. A la otra la llamaba por su nombre de convención, como lo hizo con la «Lorenza» á quien vió en una ventana, en donde lloraba y gemía ya ronca y desesperada. «Sígueme la dijo, pues te necesito en los Jobos».

Llegado al mismo lugar donde fueron fusilados Mora y Arancibia, suplicó al oficial que le permitiera mandar el pelotón que debía darle muerte. El grosero militar le dijo que en Costa Rica sobraba quien lo hiciera, mas al ver el gesto amenazador y hostil de los soldados, dijo: «Sea, pero que esto concluya pronto. El viejo guerrero con voz llena, alta y clara, dió las órdenes. «Atención Camaradas.... Preparen.... Apunten.... aquí al pecho, no tiren á mi cara....fuego!!! Un suave gemido se oyó y todo fué concluído.

A las doce del día dos de octubre, almorzaban los prisioneros que aún restaban vivos en el salón ya descrito antes. Apenas comían, silenciosos, tristes é inquietos, cuando entró la simpática y generosa Lorenza la «Realejeña» gritando: «Asesinos, bandidos, ya lo estarán matando!» ¿A quién? preguntaban todos: En ese instante se oyó una descarga de fusilería.... Ya no existe Cañas, esa descarga es la de la escolta que lo ejecutó. Aquí traigo un macito de cigarros que la víctima me entregó para que lo pusiera en manos de don Manuel Argüello. Dijo que aunque él había ganado la apuesta, pagaba porque ya no necesitaba ni cigarros ni fósforos, pues en el otro mundo era prohibido fumar! El oficial don Rosario Gutiérrez recogió la dentadura postiza que usaba el general y se la obsequió á Lupita, la viuda mártir!

# EPÍLOGO

---

Antes de que se señalara en la Chacarita, el lugar donde deben sepultarse los cadáveres de los que mueren en Puntarenas, el Campo Santo de esa población lo era el nombrado Manglar, frente á la población, con el Estero de por medio.

Nada mas triste y desolado que esa lengua de arena, situada al pie de las siniestras selvas de Manglares, que tiene; al Saliente las cumbres del monte del Aguacate, al Poniente las azules aguas del golfo de Nicoya, al Norte los Manglares referidos, y al sur, en lontananza, el grande Océano, precedido de la punta de arenas en que está situada la ciudad del mismo nombre.

En ese arenal, abandonado de Dios y de los hombres, repasaron los restos de los que fueron los generales Mora y Cañas, hasta que un generoso hijo de la Francia, don Juan Bonnefille, los recogió y colocó en ricas urnas, que se depositaron en el Panteón de San José; Que la tierra le sea ligera á él mismo; pues poco

después murió, llorado por su respetable familia y por sus numerosos amigos.

Las olas del Estero á veces lamen esa arena, que apenas oculta los cadáveres que allí se depositan.

Dos años después del cruento drama que hemos relatado, una Hermana de la Caridad joven y bella, pero de una palidez y demacración excesiva, oraba allí arrodillada al pie de una pequeña cruz de madera. Acompañábala otra religiosa de la misma orden, ésta ya entrada en años. Eran, la primera, Elisa Delmar, la otra, la Madre Escolástica de la Visitación, Superiora que había sido en Guatemala.

Elisa, desesperada por la prematura muerte del general Cañas vivió aún seis meses en Esparta con su madre Berta. Mas éste último apoyo le faltó, á consecuencia de una fiebre biliosa que la llevó al sepulcro.

Sin lazos que la ligaran á Costa Rica y decidida á profesar en la orden de las Hermanas de Caridad, malvendió los pocos bienes que dejó Berta, y se marchó para Guatemala.

Un año después profesó y vivió algunos meses en el Hospital de la Antigua Guatemala, en donde fué apreciada en lo que valía, por sus compañeras y por las madres.

Un día llegó en el Correo la orden de la Superiora de la Corporación para que se

embarcara con otras hermanas y una madre y pasaran á Montevideo á desempeñar una importante comisión. Así fué que al pasar por Puntarenas desembarcó allí; para visitar el sepulcro de Cañas.

Esta fué la última vez que tuvimos noticia de su existencia, y hoy ignoramos si vive ó ha volado al Elíseo á juntarse con sus padres.

Alberto Villalta enfermo de incurable amor no correspondido, volvió á Colombia y se hizo matar en una de esas que llaman *folliscas* en Panamá, batiéndose como se baten los que en nada tienen á la vida.

---

# Adelina Patti

EN 1859

Eran las 12 de un hermoso día. Broadway, la lujosa y expléndida vía que divide Nueva York en dos mitades desiguales, estaba materialmente cubierta de gentes endomingadas que presenciaban un espectáculo muy común pero que siempre atraé la atención de los yankees: el desfile de una procesión de masones, medio á medio de la calle, con sus correspondientes uniformes, mandiles, banderas y tantas bandas de música cuantas son las logias, que van unidas. Entre los espectadores de esa fiesta, habíamos tres costarricenses: don Juan Rafael Mora, proscrito en aquella fecha en recompensa de sus servicios á este grato pueblo, don Crisanto Medina, padre, y el que estas líneas escribe. Un carretón de esos que tienen atrás dos maderos que sobresalen como un pie á la caja de la carreta, tirado

por un caballo un poco asustadizo, estacionaba frente al Hotel San Nicolás. En uno de los *fortíssimos* del bombo se asustó la bestia y dando saltos á reculones entre la apiñada muchedumbre estropeó á algunos infelices que no pudieron evitarlo. Entre las personas maltratadas por el carretón había una jovencita morena, muy flaca y pálida, de ojos y cabellos negros, que parecía tener quince ó dieciseis años. A los gritos que ella daba pidiendo socorro nos abalanzamos los tres costarricenses en su ayuda, á tiempo que los dos palos que sobresalían detrás del carretón, topaban con el muro del hotel, quedando la referida joven como prensada entre la pared y la carreta. Dichosamente para ella los dos apéndices del vehículo la libraron de una segura muerte. Mientras tanto, los señores Mora y Medina pudieron levantarla, y el que suscribe recibirla sobre el carretón, de donde fué fácil bajarla sana y salva.

La pobre niña, que al principio estaba más muerta que viva del susto, acabó por serenarse y hasta por reirse de su aventura. Muy agradecida con los que ella llamaba sus «salvadores,» nos presentó su tarjeta, en la cual leímos el siguiente nombre *Adelina Patti*, calle E. 9.ª n.º 24, que era como si nada hubiéramos visto, pues el nombre de la Diva era com-

pletamente desconocido y oscuro en aquella época.

La condujimos á su residencia y en el camino nos contó que ella era hija de español é italiano; pero que se tenía por cubana por sus simpatías á esa isla, que ella había habitado antes de establecerse en Nueva York. Durante los tres meses que permanecimos en la metrópoli americana, tuvimos ocasión de tratar á la amable cubanita. Con frecuencia no sinvitaba á los conciertos en que ella cantaba. Por fin hizo su *debut* en la Academia de Música con la ópera «Sonámbula,» para la que nos regaló un palco. Fuímos, pues, testigos de su triunfo y de ese primer beso de la fortuna y de la gloria. Ni Mora ni Medina volvieron á ver á la que estaba destinada á ser la primera artista del mundo como soprano.

Yo fuí más feliz que ellos, pues algunos años después, siendo ya célebre, la encontré en Rusia. Iba contratada á San Petersburgo. No tuvo á menos ni desdeñó la amistad de su «salvador.» Ambos teníamos cuartos en el Hotel de Sajonia, en Wilma, y mientras estuvimos allí no nos separábamos más que en las horas de representación en el teatro. En 1882 nos volvimos á encontrar en Baden-Baden. Ya entonces no me conoció. La ví en el Kursal, la saludé..... se fijó un momento en mi per-

sona..... y continuó su paseo. Era demasiado exigir de una inmortal. El recuerdo de su oscuro amigo había naufragado en el mar de gloria en que bogaba.

Ya en ese tiempo no era flaca, ni pálida, ni pobre. La dicha y la fortuna la habían embellecido y sobre todo..... engordado. Era la favorita de las grandezas de la tierra y entre sus amigos había testas coronadas y aun descoronadas, como la Emperatriz Eugenia y doña Isabel II. ¡Qué lejos estaba entonces de su primera etapa! La que hoy deja hacer antesala al Príncipe de Gales, se consideraba feliz en 1859 con venir á Costa Rica contratada á doscientos pesos mensuales para dar lecciones de piano y canto, según carta de ella escrita al señor Mora suplicándole que se empeñara en que se aceptase su propuesta por el Municipio de San José.

Adelina Patti habla corrientemente los idiomas español, inglés, francés é italiano; pero ninguno como el del ruiseñor y el del jilguero.

Podría creerse que la Patti está satisfecha de su brillante destino, pues pedir más de lo que la Naturaleza le ha dado sería pedir demasiado; sin embargo, muchas veces la oí decir que daría diez años de su vida por ser Sarah Bernhardt. En su dormitorio donde quiera que va, lo

primero que hace es colgar de la pared un admirable retrato de Sarah, que la Tosca le regaló en cambio del suyo.

Adelina Patti debe tener ahora más de cincuenta años de edad, y todavía su voz es tan argentina, tan dulce y afinada como cuando frisaba los 25 con la ventaja de que sus demás dotes artísticas se han completado y perfeccionado con el tiempo y su continuo ejercicio.

Mayo 10 de 1897.

---

# Los cuatro hijos de Ambrosio

Publicado el célebre decreto de Mora en que declaraba la guerra á Walker y sus secuaces, y llamaba nueve mil hombres á tomar las armas contra el enemigo común, el entusiamo de los costarricenses no puede describirse ni pintarse, si no es refiriendo algunos de los diarios incidentes de esa guerra, la más popular y legítima que ha sostenido Centro América.

Ambrosio Flores, vecino acomodado de Candelaria, vivía tranquilo y feliz en la pintoresca morada donde vió la primera luz, sintió el primer amor y le nacieron sus cuatro descendientes: Rafael, de veinte años, Antonio de dieciocho, Pío de dieciseis y José de catorce. Esto en 1856.

Ambrosio se presentó en el Palacio Nacional y después de saludar al Presidente, le dijo: «Don Juanito, aquí le traigo á mi hijo mayor Rafael, para que su merced haga de él

lo que su patriotismo le sugiera. Aún quedan en el hogar tres mozos más, que labran la tierra para alimentar al ejército expedicionario.»

El once de abril, Rafael fué atravesado por una bala de rifle y su cuerpo enterrado en un solar abierto de Rivas.

Ambrosio fué á encontrar al Presidente Mora, que volvía de Rivas. Iba acompañado de su segundo hijo Antonio. Sin mencionar siquiera á Rafael, se dirigió á Mora, manifestándole que venía á cumplir un sagrado deber; el de ofrecerle su segundo hijo para que fuera sacrificado en aras de la Patria, y lograra el mismo honor que el primero.

Antonio marchó al río de San Juan y al asaltar el vapor *Morgan*, filibustero, fué traspasado por una bayoneta yankee. Su cuerpo fué pasto de los cocodrilos del gran río.

En 1857, Ambrosio se acercó al Palacio conduciendo á Pío, su tercer retoño, y dirigiéndose á Mora, le dijo: «Vengo con otro soldado, y aún me queda un cuarto muchacho, que está desesperado, porque no le he permitido presentarse y marchar á Nicaragua.» Esto diciendo, no podía el viejo patriota contener dos gruesas lágrimas que á su pesar rodaron por sus mejillas.

Pío fué atacado del cólera morbo en Sa-

poá, y su cuerpo no pareció, ni se ha tenido noticia de su paradero.

En marzo del mismo año, Ambrosio, ó más bien su sombra, tal era el estado de flacura y extenuación de su pobre cuerpo, vino á San José acompañado de un adolescente que apenas salía de la pubertad. Silencioso y cabizbajo, entró al Palacio, y ya no con palabras sino con señas indicó á Mora su cuarto hijo, á quien abrazó, puso un bolsillo lleno de piezas de oro en sus manos, y se retiró sin volver á ver para atrás; mas al salir del gabinete presidencial saludó á Mora y se despidió con estas palabras: «Adiós, don Juanito; ya no tengo hijos..... mucho me cuesta la patria, pero no me arrepiento de haberlos sacrificado por ella.»

En uno de los boletines del ejército sitiador de Rivas, se leía lo siguiente: «El General Zavala (D. Víctor) solicitó un oficial costarricense conocedor del terreno para que lo acompañara al ataque de un reducto, á la fuerza guatemalteca. El General en Jefe eligió al teniente José Flores para esa peligrosa misión. En la tarde se realizó el asalto. Zavala fué rechazado á pesar de la bravura de sus soldados, y sobre todo, (lo que es una pérdida irreparable) de la gloriosa muerte de Flores, quien antes de perecer hizo morder el polvo á más de cuatro enormes yankees.»

La vida de Ambrosio desde que quedó solo, por la muerte de sus cuatro hijos, se redujo á comerse el capital que había acumulado, pues ya no tenía interés en conservarlo. El tiempo lo pasaba conversando con los vecinos sobre las hazañas de sus hijos, á quienes siempre nombraba con el grado que alcanzaron; así es que no dejaba de anteponerlo y decir: el sargento Rafael, el cabo Antonio, el teniente José y el abanderado Pío.

*
* *

Tres años trascurrieron después de la muerte de los cuatro hijos de Ambrosio. ¿Qué hacía él mientras tanto? No lo dicen las crónicas de aquél tiempo. Es de suponer que vegetaba entregado á sus recuerdos. El heroismo de su conducta se olvidó, confundido en la gran marea de desgracias que sufrió el país en esa época.

Mora fué recompensado por la gratitud republicana, arrojándolo del poder, desterrándolo, y asesinándolo..... á la sombra de los Jobos de Puntarenas.

Pero antes de su muerte, el señor Mora aún volvió á ver al afligido anciano; mas en esta vez en muy tristes circunstancias para aquél.

En efecto, cuando el Presidente Mora

desembarcó en Puntarenas y se fortificó en la *Angostura*, una noche que salía á recorrer los puestos que vigilaban al enemigo en las cercanías de su habitación, encontró un centinela dormido inclinado sobre su rifle. Lejos de molestarse, Mora ordenó que condujeran aquel pobre hombre á una cama para que descansara; mas éste avergonzado de su falta á la disciplina, se negó á abandonar su puesto y suplicó humildemente que lo perdonaran. ¡Cuál sería la sorpresa del jefe al reconocer á Ambrosio, desempeñando tan dura tarea á la edad de sesenta años! Se dió orden de que no se le molestara en nada, y conservó al viejo cerca de su persona, más bien para cuidarlo que para exigirle cuidados.

Cuando algún malicioso le hacía cargo de que servía contra el gobierno de su país, contestaba indignado que: «la patria no la representaba el primer grupo que se apoderaba del gobierno, sino los hombres que, como don Juanito, la habían servido, engrandecido y honrado con sus hechos; para mí—decía el buen anciano—la patria es don Juanito, y donde él esté, ahí estará el país.»

El 29 de setiembre de 1860, al recoger los cadáveres de los que habían muerto en defensa de la persona de Mora, apareció atravesado en la escalera de la casa un cuerpo muti-

lado, que apenas podía reconocerse porque le faltaba la parte superior de la cabeza. Con los ojos abiertos é inmóviles, podía leerse en ellos la postrera cólera y furor del anciano Ambrosio, al rendir su alma á Dios. Frente al cadáver colgaba, incrustado en la madera de la escala, un cuero cabelludo, blanco, ensangrentado y con las señas del tremendo tajo que había separado el cráneo de la frente. La mano derecha, con dos dedos menos, aún conservaba asido un puñal, última arma con que se defendió el buen Ambrosio.

Se dice que cuando el señor Mora se defendía con su revólver, oponiéndose á que la escolta de Gómez subiera al piso alto de la casa, donde aquel fué sorprendido, Ambrosio se había atravesado en la escala para dar tiempo al que, según él, representaba la patria y que pudiera salvarse escapándose por las piezas interiores.

Entre los despojos que los soldados de Gómez se dividieron, á título de saqueo, se encontraron en los bolsillos de Ambrosio una llave pequeña, un billete del Banco Medina que, como todos saben, tenía grabado el retrato de Mora, y entre una cartera el boletín del ejército que sitiaba Rivas, en que se hacía mención de la gloriosa muerte de su *Benjamín*, su cuarto hijo, José Flores.

¿Cómo debemos juzgar la conducta del viejo Ambrosio? No falta quien diga que su facilidad en perder sus hijos indicaba el poco cariño y amor que por ellos sentía; más esto no es más que complacerse en rebajar, sin los datos necesarios, el mérito indudable que tales acciones contienen. Sería lo mismo que juzgar á Leonidas como á un fastidiado de la vida, por cuanto estuvo tan listo á sacrificarla por su patria. No son los que menos pierden, los que más fácilmente mueren en la guerra; sino, al contrario, los jóvenes que aún tienen el alma dorada de esperanzas é ilusiones, y esos perecen á millares cantando el himno de la patria.

Puede ser que el cariño al terruño me engañe; puede ser que el autor de esta *historia-cuento*, sea un irremediable optimista; pero tengo para mí que el proceder de Ambrosio no es tan singular y aislado como parece. Lo que falta á los héroes son las ocasiones de serlo. ¡Que ellas se presenten, y estoy seguro que no faltarán Ambrosios en Costa Rica!!

---

# Quince días en Holanda

La civilización, que cada día hace nuevas conquistas y acabará por imponerse en todos los rincones y extremos de Europa y América, tiende á igualar las costumbres de los pueblos, los vestidos, la arquitectura y demás cosas que no dependen exclusivamente del trabajo de la Naturaleza. Así es que pronto desaparecerá el color local que con tanto ahinco busca el turista. Dentro de muy pocos años las ciudades todas se parecerán en su forma y en su decorado; visto un pueblo, se habrá visto todos y no valdrá la pena de hacer costosos viajes en busca de la variedad. Hace algunos años que tuve ocasión de visitar la isla de Terranova, región helada y apartada de los centros civilizados de América y que yo juzgaba agena á las modas y hábitos refinados de París, Londres, Viena, etc. ¡Cuál fué mi sorpresa y desilusión cuando ví por todas partes á las mujeres *abusan-*

*do* de la *crinolina*, moda de París que convertía á cada hija de mujer en esfera ó globo de algodón; tal era la amplitud de la horrible armazón de hierro que bajo las enaguas se usaba entonces.

Dichosamente que sucede lo contrario tratándose de las obras de la naturaleza. Aquí nada de monotonía: la variedad hasta lo infinito; y he ahí porqué me decidí á hacer una excursión por Holanda, país que en poco se asemeja al resto de los pueblos de Europa.

El lector, si quiere seguirme, se convencerá de que la Holanda y el holandés no se parecen á ningún otro pueblo ni individuo del mundo.

Salí de Londres una mañana de junio, en el vaporcito «Anne Cooper.» De su cubierta se contemplaba el más grandioso espectáculo que pueda imaginarse. El anchuroso Támesis lo era más, según nos alejábamos de la grande y rica metrópoli de la tierra. Estábamos aún protegidos del calor del sol por las eternas nieblas que cubren á la moderna Babilonia. Nuestro buquecito marchaba á todo vapor entre una selva de arboladuras, chimeneas y velas de las mil embarcaciones que pueblan las aguas del célebre río. Pasado Greenwich, el «Anne Cooper» arrimó á tierra para tomar nuevos pasajeros, y esta circunstancia me dió tiempo para entrar á uno de los numerosos cafés, ó

más bien, cantinas que por allí pululan. En un salón oscurecido por el humo de las pipas, comían bebían ó fumaban diversos grupos de marineros de las cinco partes del mundo. Turcos que tomaban el néctar de Moka; alemanes que absorvían espumosos *bocks* de cerveza; indios de Calcuta y árabes que mascaban dátiles en conserva; españoles que fumaban cigarrillos, cada cual como en su casa. Nada más cosmopolita y variado que los consumidores de esas cantinas anónimas donde se oyen pronunciar todos los idiomas del mundo. Media hora después, continuamos bajando el río, cuyas riveras son un continuo cuadro mágico. Los castillos de los opulentos banqueros rivalizando en lo pintoresco con las lindas aldeas y caseríos, todos exhibiendo las numerosas torres de sus iglesias protestantes. Cuatro horas después entrábamos en el mar, en estos parajes siempre agitado, capaz de quitar á los que padecen del terrible mareo, las ganas de estar sobre cubierta. En la tarde comenzamos á ver las bajas tierras de las embocaduras del Rhin y del Mosa, cuyas aguas se lanzan á las del mar por varias bocas que forman las muchas islas de la costa. Entramos en una de ellas, y ya de noche fondeamos frente á Rotherdam.

*
* *

Me instalé en el hotel de Colonia, en la calle de Hoogstraat, donde pasé una malísima noche á cuenta de las chinches, insecto desconocido en Costa Rica, que es la plaga universal de los veranos en toda la Europa y América. Pienso que el único país que carece de ese tormento es el nuestro; al menos, he sido víctima en Irlanda, Inglaterra, Francia, España, Italia, Bélgica, Suiza, Alemania, Rusia y Grecia, en Europa, y en las cuatro repúblicas centroamericanas, Estados Unidos del Norte, y Colombia. Se cree que en la atmósfera de Costa Rica existe algo que las destruye, puesto que han sido introducidas en muebles y ropas que vienen del exterior; han llegado hasta Esparta y luego han desaparecido. Bastaría ese sólo privilegio de mi querida patria para preferirla como residencia al resto del mundo conocido. Los que han sufrido los ataques de ese terrible bicho, me comprenderán y se darán cuenta de esta digresión *insecticida*, á que doy fin para continuar mi relato.

Al despertar en mi cuarto que daba á Hoogstraat, un espectáculo tan original como hermoso llamó mi atención. Frente á la cama en que dormía, había una ventana abierta. El velamen de una fragata pasaba lentamente y desaparecía para ser seguido de una gran chimenea de vapor, que arrojaba negros penachos

de humo....Creí que soñaba. Me restregué los ojos y miré de nuevo á la ventana, seguro de que el inverosímil espectáculo del velamen y la chimenea era una ilusión del súbito despertar. Pero no había tal ilusión; el palo ó árbol de un bergantín que pasaba, me decidió á saltar de la cama, levantar la vidriera de la ventana y mirar por ella lo que había en la calle. ¡Oh sorpresa! En vez de calle de tierra, lo que á mis pies había era un canal, y ¡qué movimiento en sus aguas! Botes, canoas, lanchas y embarcaciones de todo género iban, venían, cruzaban ó paraban en aquella vía líquida de fondo azul y brillante.

En efecto, Rotterdam, Amsterdam y La Haya solo tienen unas pocas calles de tierra; las demás son canales surcados por mil naves.

La Holanda, que debe sus terrenos al Océano conquistado pulgada por pulgada, está más baja que el nivel del mar, cuyos furores y poderoso empuje contienen los holandeses con inmensas murallas llamadas *dunas* que tienen sus compuertas para poder anegar todo el país cuando un conquistador atrevido ponga los pies en ese suelo. Esta lucha gigantesca y contínua, que requiere esfuerzos casi sobrenaturales para contener y rechazar el eterno empuje de las olas del mar, parece empresa de semidioses y no de entes humanos.

Holanda, aunque cruzada por ferrocarriles, tiene un modo de locomoción para el viajero que es preferible al ferroviario, por sus canales. Y aunque las demás naciones tienen canales, éstos solo se usan para conducir la carga y muy rara vez para personas. Por un centavo cada milla, puede recorrerse todo el país de un modo pintoresco y atrayente. Un caballo que marcha en la rivera conducido por un niño, hala las barcas que sirven como tranvías ú ómnibus muy cómodos. Los de pasajeros tienen entapizada la cubierta y en el saloncito hay lujosas cortinas y mullidas alfombras. En cada pueblecito, caserío ó hacienda reciben y dejan pasajeros, casi siempre en *deshabillé* doméstico, esto es, los hombres sin chaqueta ni blusa, en camisa y á veces sin sombrero, cubierta con un pañuelo la cabeza. Las mujeres, todas, desde que entran á la embarcación, se ponen á trabajar cada una en el oficio que acostumbra: unas cosiendo, otras bordando, algunas leyendo ó escribiendo, pero nunca desocupadas. Esto con una sencillez y abandono muy agradables para el extranjero, que casi siempre está triste y silencioso por la costumbre de escontrarse solo y sin conocer á nadie. Tanto los hombres como las mujeres, viejos ó jóvenes, se dirijen al extranjero y conversan con él de sus asuntos particulares, como si fueran viejos conocidos.

En la travesía de Amsterdam á Utrech, al pasar mi barca frente á un precioso castillo, ricamente decorado, salieron de allí un anciano, y una joven como de 18 años, vestida con lujo y elegancia, y tomaron asiento á mi lado. Sin más presentación ni formalidad me brindó su mano y en francés (casi todos los holandeses educados hablan ese idioma) me preguntó: «¿Cómo la pasa usted, caballero? Nosotros vamos á Utrech para oír á la Ristori, que da representaciones en el teatro. ¿Conoce usted esa célebre trágica?». Apenas me daba tiempo de contestarle un sí ó un nó. Concluyó por ofrecerme unas pastillas que ella estaba tomando, y por preguntarme de dónde venía y á qué nacionalidad pertenecía. Al oír el nombre de Costa Rica, sí, me dice, ya sé donde está; es una isla en las Antillas, la tercera en tamaño, y pertenece á España; yo aprendi eso en el colegio. Quise sacarla de su error, explicándole la realidad, más fué imposible fijarla, asegurándome que era la primera vez que ella oía mentar á Costa Rica si no era de las Antillas. El papá, que parecía hombre muy leído, sacó de una bolsa un *Almanach de Gotha*. Desgraciadamente éramos de tal manera desconocidos en aquella época (1862) que ni esa publicación, que es indudablemente la mejor informada del mundo, sabía gran cosa de nosotros, pues el anciano leyó allí

en alta voz lo que sigue «*Costa Rica, uno de los estados de Guatemala, el más pobre de ellos. Capital, Cartago, ciudad episcopal*».



A uno y otro lado de la vía, potreros verdes, salpicados de vacas y de lecherías. Todo el mundo pasea feliz en ese país extraordinario. Ni mendigos, ni esas caras desoladas por el hambre y el sufrimiento, como son tan comunes en Francia, España ó Italia. Por todas partes el bienestar, el trabajo bien recompensado y el afán de aseo y limpieza que hace de todo el país una joya sin igual. En las primeras horas de la mañana, tanto en las ciudades como en las aldeas, no se puede andar por las calles sin exponerse á ser mojado ó bañado por las mangueras que unas enormes mujeres dirigen hacia las paredes y tejados para lavarlos; ésto todos los días. Otras personas restriegan el piso y las aceras de las calles con trapos mojados, hasta que quedan empedrado ó enladrillado brillantes como espejos. Verdaderamente que me daba pena poner mis pies en aquel suelo, pues muchas veces me ví seguir por una lavadora, borrando con su trapo mojado la mancha que mis zapatos dejaban en el piso. A pesar de haber leído este proceder inverosímil, sólo dí fe á la realidad cuando con mis ojos la presencié.

Las mujeres no son bellas en Holanda; el tipo dominante es más bien desagradable. De una blancura deslumbrante, las mujeres del pueblo no tienen gracia en sus facciones. Más se parecen sus caras á esas santas de madera que tanto abundan en las iglesias católicas, por la inmovilidad de las fisonomías. En cambio, esas figuras de estatuas tienen impresa la honradez y la bondad nativas.

Una de las distracciones que son comunes á los pobres y á los ricos, á los nobles y á los plebeyos, consiste en un par de espejos que de las ventanas recogen el espectáculo de las calles y lo trasmiten al interior de las casas; así es que el paseante, sin notarlo, está observado por millares de ojos de niñas que ríen y se divierten á costa de todo aquello que no es regular ni correcto.

Entre las muchas cosas notables de este bello país, una que lo es bastante, es el órgano de la Catedral de San Bavón, en Haarlem. Tiene ocho mil tubos y sesenta voces, entre las que se cuenta la voz humana. Se paga por la entrada al coro doce guldems. Un timbre anuncia con diferentes golpes si lo que se va á ejecutar es la voz de bajo, la de tenor ó la de soprano. Sonaron tres golpes de timbre é inmediatamente comenzó el órgano á cantar una aria del *Tancredo*, exactamente como si cantara un excelente

bajo. Luego siguió otra aria de *Mártha* cantada por soprano. Los extranjerosque oíamos aquel prodigio del arte quedamos maravillados.

Resumiendo, las cosas en que Holanda es única ó se diferencía de las demás naciones de Europa tengo que decir que lo es,

En cuanto al aseo excesivo, llevado á un grado inverosímil. Esto en todo y todas las clases de la sociedad.

En sus murallas ó diques, que contienen el océano y hacen posible el hecho extraordinario de existir un país bajo del nivel del mar.

En ser el terreno más bien regado del mundo, por lo cual no tienen semejantes sus ricos prados, su lindo ganado vacuno y la calidad de sus quesos.

En sus ciudades, en su mayor parte cruzadas por canales. En esto, ciertamente, la supera Venecia; pero se diferencía de la reina del Adriático en muchos puntos. Venecia más que ciudad, parece una grandiosa necrópolis, cuyos palacios de mármol blanco fueran sepulcros de las leyendas de muerte y sangre de la edad media; ciudad de silencio y melancolía.

Tiene Venecia por embarcaciones las célebres góndolas negras que impresionan al extranjero cual sombríos ataúdes que vagan por las aguas de un mar sin vida ni movimiento. Todo lo contrario sucede en Rotherdam, Ams—

terdam y La Haya, modernos centros de un comercio activísimo, la alegría, el ruído y el movimiento contínuo reinan en sus canales cuyas aguas suben y bajan con las mareas y arrastran las producciones de Oriente y las riquezas del Poniente para el bienestar y confort de los opulentos comerciantes holandeses.

Las ciudades neerlandesas tienen la doble vida que facilitan las aguas y las tierras, pues sus canales tienen malecones paralelos por donde van los carruajes, los faetones y los tranvías, confundiéndose á veces los árboles de los boulevares con los de los buques, mientras que la ciudad de los Duxes sólo es accesible por agua. Las casas de Venecia salen directamente de la agua, construídas como lo son, sobre pilolis ó postes como los muelles. Así es que de las habitaciones no se puede salir si no se tienen góndolas sobre qué navegar, y ésto indudablemente es incómodo. En una palabra, Venecia vive de los recuerdos del pasado, Rotherdam y Amsterdam del presente y del porvenir. Venecia concluyó su papel; las villas holandesas marchan hacia un progreso indefinido. Venecia pertenece á los poetas y á los soñadores, y las ciudades de Holanda á los hombres despiertos y amigos de la realidad y de la utilidad.

# Tres semanas en Venecia

A las siete de la noche se detuvo el tren en la estación, situada en la orilla de la Laguna. Una voz sonora avisaba que salía el ómnibus para San Marcos. En vez de un carruaje, se acercó á la rivera una embarcación, con una expléndida cubierta de cuyas ventanas y puertas colgaban lujosas cortinas. Entramos y nos apoderamos de dos sofás ricamente forrados. Por las ventanillas veíamos la laguna y las góndolas y canoas que la cruzaban. Al cabo de media hora paramos al pie de una escalinata de piedra. Teníamos enfrente, sobre dos enormes columnas, los Leones de San Marcos, y en el fondo la plaza del mismo nombre, iluminada como el día, y cubierta de paseantes. Difícilmente se puede ver un cuadro más brillante que el que formaba ese centro de Venecia; como si dijéramos el corazón de la ciudad dormida; pues tal parece con sus calles líquidas,

sus palacios de mármol y el silencioso movimiento de las barcarolas. Venecia no se parece en nada á las demás ciudades del mundo.

Pedí un cuarto en el Hotel San Marcos, con vista á la Piazzetta. Dejé allí mi equipaje, que consistía en una pequeña maletilla, y bajé á las arcadas. Toda esa gran plaza la rodean galerías ó corredores anchos, como en la calle de Rivoli de París, y bajo esas galerías hay más de doscientos cafés, restaurants y barberías, iluminados toda la noche, que es cuando la gente elegante vive, come, bebe y juega. Todos estos tentadores lugares de placer están abiertos hasta que el sol sale. Durante el día están cerrados la mayor parte de ellos. Toda la noche se oye como un hormiguero de vividores de ambos sexos; en un café es el piano, en otro una orquesta, más allá un órgano de Berbería, y en la que menos, algunos trovadores, que acompañados por la guitarra embelesan á los extranjeros.

Pero todo ese olímpico espectáculo se convirtió para mí en una escena del infierno, como el Dante lo ha pintado, cuando me impuse de la horrible situación de los venecianos y me tocó presenciar algunas muestras de su depresivo y humillante modo de ser.

En la época en que visité Venecia, tenían sus habitantes un amo y señor que los gober-

naba, no como á hijos y súbditos á quienes se protege, sino al contrario como á un país conquistado, que está siempre dispuesto, á recuperar su libertad é independencia. Venecia agonizaba bajo el férreo yugo de la Austria. Yo no tenía la más ligera idea de lo que es la vida en un país cuyos gobernantes se imponen con la pólvora y se mantienen con el acero. Soberanos que no estiman ni aprecian á sus súbditos, que pertenecen á otra raza, que profesan otra religión y solo sienten por sus conquistadores odio palpitante y eterno deseo de venganza. ¡Ah! jamás olvidaré la escena que á mis ojos pasó. Figuráos una oficialidad compuesta de jóvenes blancos, rubios, ojos azules y de más que mediana estatura; que llevan el pantalón, el chaquet y el kepi de paño blanco, y el cuello, las mangas y los ribetes azules, resguardado el cuerpo por un redingote ó sobretodo gris, y tendreis la más hermosa estampa que la más exigente estética pueda apetecer. Ahora bien; esos tan elegantes militares, que deben ser muy simpáticos en Viena y Buda-Pest, son los más pretensiosos señores y dueños de la ciudad silenciosa. Nada más depresivo para los habitantes de Venecia que el modo como son tratados por los jefes y la oficialidad austriaca. Cada día ocurre que un militar alemán insulta á un civil italiano; que éste reta á su ofensor

en duelo y el austriaco rehusa el combate, y cuando lo acepta, ¡pobre del veneciano si mata ó hiere al militar! Es condenado por la justicia ó mejor dicho, por la injusticia austriaca, á duras y largas penas; mientras que si el matador ó heridor es militar austriaco, pronto se sobresee en la causa.

La primera noche que pasé en Venecia, recorrí varios cafés. Estos establecimientos son de un lujo asiático. Las paredes son formadas por espejos del tamaño de los muros, y el movimiento de gentes que consumen el precioso fruto de moka, es atronador.

En uno de esos cafés, en el del *Rialto Nuovo*, presencié la escena que paso á contar. En el centro había una mesa redonda rodeada de sillas. Dos de éstas las ocupaban dos elegantes jóvenes italianos, ricamente vestidos, que esperaban se les sirviera. Al momento que el criado traía unos *bocks* de cerveza, entraron cuatro oficiales austriacos y con estilo de maestros de escuela dijo uno á los italianos, que aquel sitio no les pertenecía, porque era el que ocupaban ellos todas las noches para jugar al dominó. Los venecianos contestaron que allí habían otros sitios que podían ocupar, puesto que ellos, los dos italianos, habían llegado primero al café. Poco importa, replicó el oficial, que ustedes hayan llegado antes que nosotros;

pronto, sobre la marcha nos desocupan el lugar, porque de lo contrario nos haremos obedecer á la fuerza. Furiosos los dos jóvenes declararon que no variaban de mesa; entonces los cuatro húsares se arrojaron sobre los dos civiles, de lo que resultó una lucha cuerpo á cuerpo, bastante desventajosa para los italianos, porque solo eran dos y los ofensores cuatro. Al ruído y algazara ocurrieron los mozos del café y después la policía, y con gran dificultad se logró separarlos. Lo natural era que á todos los seis los castigaran por la falta; mas no fué así: á los venecianos se los llevó la policía arrestados y los austriacos se acomodaron tranquilamente en el lugar que antes ocupaban aquellos; y era de ver las cortesías y respetos de los agentes de policía por los cuatro militares. Todos los extranjeros que presenciamos esa escena humillante para el pueblo italiano, no pudimos ocultar la indignación que nos causaba la injusticia de los dueños del país. Al día siguiente busqué en los periódicos para ver si relataban el suceso de la noche, y mi sorpresa fué aún mayor al leer que un diario, *El Sécolo*, contaba las cosas del todo favorable á los militares. No hay una idea de lo triste de esa situación; así es que los venecianos solo pensaban y hablaban de la esperanza de que Francia los ayudara á independer y á reunirse al futuro

reino de Italia. La vista de Milán, que fué arrebatado á la Austria á consecuencia de las batallas de Solferino y Magenta, los embelesaba. Garibaldi era para esos desgraciados más que un semidios. El himno de Garibaldi lo cantaban en voz baja, porque era prohibido cantarlo en público. Ví hombres que lloraban al oír el himno.

*
* *

En Italia se vive con muy poco; pero donde se nota más el bajo valor de las cosas, es en Venecia. En el gran Canal, cuyas dos orillas están ocupadas por soberbios palacios de mármol, se puede arrendar el mejor de ellos por cien francos al mes. El Cicerone me mostraba el grandioso palacio que habitó Lord Byron, alquilado entonces á una bailarina por doce pesos al mes.

En el hotel San Marcos, en donde me hospedé durante mi permanencia en la ciudad sin polvo, que es uno de los buenos, aunque no el mejor, me cobraban cuatro francos diarios, ó sean, ochenta centavos, por un grande y lujoso cuarto, dos comidas y servicio. Solo el café en la mañana y las dos malhadadas candelas de estearina en la noche, se pagaban como extras. Hay costumbres de un ridículo inexplicable en

casi todos los hoteles de Európa; y una de ellas es el cobro de un franco por dos velas de esperma que se ponen en los candeleros, aunque el cuarto esté alumbrado por gas; ahora bien. esas dos candelas, sea que se enciendan y se gasten ó que no se toquen siquiera, las toma el criado en la mañana y vuelve á ponerlas como nuevas en la noche.

A fuerza de viajar y experimentar, he llegado á evitarme ciertos gastos que no tienen razón de ser; pero lo que es en cuanto á las dos candelas, no hay escapatoria posible. Es la primera partida en toda cuenta de hotel: «Por las dos velas de esperma, un franco». Y en cualquiera tienducha se puede comprar, por un franco una media docena de velas.

En donde más se siente el corto valor de la vida, es en los teatros. Venecia tiene varios; pero en el de Apolo, que es uno de los más hermosos de Italia y en el que sólo se da ópera italiana, se cobran 40 soldis por entrada general y 25 soldis por una butaca de orquesta. En todo, 65 soldis ó centavos; y por una entrada sin asiento, esto es, en que debe permanecer parado el expectador ó *de piede*, diez soldis.

Los artefactos de vidrio y de coral, que abundan en Venecia, se obtienen á precios bajísimos. Un parasol, todo bordado con hilo de vidrio, cuatro francos. Por un cofrecito forrado

con corales y lindísimas conchas, seis francos; y así todo lo demás.

De un balcón del hotel, presenciaba todos los días la antigua y célebre distribución de trigo y arroz, que se hace á más de diez mil palomas, que son las protectoras de la ciudad. Grandes penas tiene el que maltrate ó dé muerte á uno de esos graciosos animalitos. Lo curioso es que como hace más de dos siglos que á una hora fija, las dos de la tarde, se les da de comer, desde la una y media empiezan á llegar de los puntos más apartados de la laguna, millares de palomas, que esperan el banquete y se van colocando al rededor de la gran plaza, sobre los bajo relieves, las cabezas de las estatuas, los tejados, en donde permanecen quietecitas hasta que el reloj, cinco minutos antes de las dos, anuncia la hora con una campana. Al oír esa señal preventiva, todas ellas vuelan, se elevan un momento y luego bajan á la plaza. Allí esperan los dos ó tres minutos que faltan para las dos. A la primera campanada de esa hora, el ruído producido por el aleteo es como el que hace un fuerte viento en una arboleda. Pero nada más animado y pintoresco que la vista de la plaza cubierta de ocho ó diez mil palomas, todas picoteando arroz y moviéndose para un lado, para el otro, dándole un aletazo á la más próxima, la que á su vez, lo

devuelve á su vecina. Cuando no queda ni un solo grano en el piso, todas las insaciables avecillas dirigen su cabecita hacia la torre, solicitando más arroz. Algunas veces se les repite la ración (los domingos). Eso tarda, y ninguna se levanta hasta que un repique de campanas anuncia el fin de la fiesta. La plaza se oscurece cuando todas alzan el vuelo para de allí dispersarse y buscar su domicilio.

Una de esas distribuciones de arroz, fué presenciada en mi balcón por un príncipe ruso, el señor de Galitzin, que habitaba el hotel y ocupaba él sólo, seis grandes salones ó cuartos, y lo servían cuatro criados vestidos con su rica librea de paño azul, galones de oro y sombrero alto con el escudo de armas del príncipe, grabado en una placa dorada. No hacía uso de los vehículos de alquiler, sino que paseaba en su propia góndola, toda forrada de raso y terciopelo, y servida por cuatro remeros.

Los dos últimos días que pasé en Venecia, me aproveché de uno de esos acontecimientos que la casualidad proporciona en los viajes. El susodicho príncipe de Galitzin, que me tomó por hijo del país, por mi contextura y el color de mi piel, me dirigió la palabra en italiano. Sólo pude contestarle: *non capisco*, y luego añadí: *mais, je parlais français et espagnol.* Muy contento de que yo hablara francés,

me preguntó en ese idioma si yo sabía cómo se escribía la palabra *calle;* yo le contesté que en los Estados Romanos y en Toscana llamaban *vías* á las calles; así se dice: Vía de la Croce, Vía Adriana, etc. Pero que en Milán y Turín, se llaman *contradas* á las calles; por ejemplo, la Contrada Vittorio Emanuelle, Contrada Viconti, etc., y que en Venecia, calle se pronuncia y escribe *calle*, como en español. Que lo mismo sucedía con las plazas y plazoletas, que en unos lugares llaman *piazza* y *piazzeta* y en Venecia *campo* y *campello*. Luego me preguntó riendo á carcajadas lo que significaba la palabra *sotto-portico*, que encontraba cada rato en su *guía*. Le dije que *sotto-portico* era una comunicación angosta entre una y otra calle.

Muy vano me puse al cultivar tan aristocráticas relaciones, pues el príncipe me presentó á sus dos hijas, que hablaban el francés como su propia lengua. No sé por qué le caí en gracia al viejo príncipe; pero desde que me conoció, quiso que comiera en su mesa particular, lo cual fué causa de la catástrofe final, que me obligó á salir á escape de Venecia. Es el caso que nos acabábamos de sentar á la mesa; los criados servían la sopa como acostumbran en las grandes casas, esto es, un criado lleva la sopera y otro toma con el cucharón la sopa que corresponde á cada uno; todo eso se

hace detrás de la persona servida. Yo no había sentido la llegada de ellos, y en un movimiento de la conversación levanté el brazo con violencia y dí contra la sopera un golpe que la hizo volcarse y derramarse el caldo hirviendo sobre el desnudo y blanco cuello de la princesa Clara, hija mayor del príncipe. No es posible pintar mi vergüenza y mi pena al ver levantarse á la pobre niña dando gritos desesperados; el alarma del padre, y las carreras de los criados. Nadie volvió á fijarse en mí. Me figuro que yo haría allí la más ridícula figura; pálido como un muerto, sin saber qué hacer ni qué decir; por fin me dejaron solo en el comedor. Tomé mi sombrero, y como quien es perseguido por una fiera corrí á mi cuarto, pagué la cuenta del hotel San Marcos y puse mi equipaje en una góndola, dándole orden al*barcaroli* de conducirme á otro hotel, lejos, bien lejos de la Piazza. Así lo hizo y me llevó al hotel Florian, á cien varas del puente del Rialto. Desde ese momento, nada temía tanto como encontrarme con mi amigo el señor de Galitzin.

En mi nueva morada, pude experimentar las consecuencias de la suprema ignorancia en que están en Europa sobre las nuevas nacionalidades sud-americanas. Una linda morenita, hija del hotelero, y ya que de morenitas se trata, no concluiré sin advertir que para mí

es en Venecia donde existen las mujeres más graciosas y bonitas de Italia; quizás no sea esa la opinión general; pero en ningún lugar de Italia he visto como en ese tantas morenas encantadoras, en un determinado número de mujeres. Decía, pues, que la hija del hotelero, cuando vió que yo me inscribía en el libro del hotel, con la calidad de americano, me dijo muy contenta de serme agradable, que hacía días que se hospedaba allí un paisano mío; que él, mi paisano, estaría glorioso al saber que yo moraba bajo el mismo techo.

Un día entero estuvimos sin encontrarnos, mi paisano y yo; pero al fin, vino á mi cuarto Estela (la hija del hotelero) y me dijo que venía á ponerme frente á frente de mi compatriota, que estaba desesperado por verme. Fuí con ella al salón, donde encontré medio acostado en un sofá á un gigantesco yankee, rojo como un tomate, ancho de espaldas, á media chispa de whiskey y en camisa, limpiándose los dientes con un cortaplumas y arrojando de vez en cuando de su boca un líquido infecto sobre la alfombra, pues mi *paisano* mascaba breba.

Al vernos uno á otro, nos quedamos observándonos, como el maestro de piano del *Barbero*, cuando se encontró con el falso maestro, el Conde de Almaviva. La sencilla Estela creía que dos personas nacidas en América,

eran como dos nacidas en Venecia, y no comprendía que entre un yankee y un latino-americano hay más diferencia que entre un italiano y un chino. Yo me limité á hacerle una muda cortesía, y me retiré.

Eso me hizo recordar que el superintendente de la línea férrea de Colonia, con quien tuve relaciones casuales, me preguntó si las mujeres de América lucían bien su cuerpo vestidas de plumas. Nada le sorprendió tanto, como el saber que nuestras señoras vestían como las de Colonia. Los ingleses suelen tener algunas ideas cercanas á la verdad, sobre nuestro modo de ser; pero los franceses, sobre todo, no tienen las más ligeras nociones de lo que es este nuevo mundo, y mucho menos de la vida, la riqueza y la civilización norteamericana. El Soberano Pontífice Pío IX me preguntó, en una ligera audiencia que me concedió, si en Costa Rica había alguna casa techada con teja, pues suponía que habitábamos pobres chozas cubiertas con paja. El Obispo de Angouleme, en Francia, en un examen de un colegio de niñas, preguntaba á una de ellas, hija de un francés y una costarricense, cómo el Obispo de estos países permitía á las mujeres que asistieran á la misa medio desnudas y apenas tapadas con plumas de aves.

Eso no tiene más remedio que el tiempo

y la facilidad, cada día mayor, de viajar y no atenerse al conocimiento de su propia patria. Volviendo á Venecia, no me explico ciertas costumbres que no conducen á un fin determinado, como es el uso de las *góndolas*. ¿Por qué, desde hace siglos, esos vehículos tan indispensables en una ciudad costruída dentro del agua, han de ser negras, con dientes plateados ó blancos? Más parece un ataúd que una embarcación. El conductor ó *barcaroli* rema de pie, atrás, siempre cantando alguna canción nacional, sin hablar con los pasajeros, pero atento á pronunciar la frase sacramental: *al diritto, al surdo*, esto es, á la derecha, á la izquierda, para indicar al que viene manejando otra góndola, la dirección que debe tomar.

Y aquí concluyo la relación de esta excursión en la ciudad sin polvo y silenciosa, por eso apropiada para ser habitada por reyes destronados y almas desesperadas que aspiran á soñar despiertas, y á olvidar amores mal correspondidos, amistades traicionadas y venganzas fracasadas.

---

# El Primer Colegio

En 1845 llegó á San José un sacerdote joven, bien parecido, español de Bilbao, de notable ilustración, memoria vastísima y gran conocedor del griego, el latín, y el hebreo. Manuel Paul, se llamaba. Este sacerdote tomó una de las más grandes casas de Heredia y la convirtió en un establecimiento de enseñanza. Entiendo que fué el primer colegio con internado que hubo en Costa Rica. La mayor parte de las familias acomodadas mandaron sus hijos á educarse en ese Liceo, que admitió cuarenta internos y como treinta externos. El cinco de mayo de 1845, primer día de fiestas cívicas en San José (no sé por qué se celébraron en ese mes), salíamos del seno de nuestras familias, cuarenta muchachos de San José y Cartago.

Jamás olvidaré la emoción que sentía al salir de San José, montado á caballo y acom-

pañado por don Prudencio Rivas, padre del dignísimo sacerdote doctor don Domingo Rivas. Aquel señor, primer dependiente de don Juan Rafael Mora, fué encargado de conducirme á Heredia y ponerme en manos del padre Paul. El corazón parecía reventárseme, tal era mi exaltación, al salir por vez primera de San José. Heredia era entonces para mí un país extranjero, lejano, hasta fabuloso. Cada horizonte nuevo que se me presentaba, era una delicia incomparable. Pasé por San Juan, luego Santo Domingo, y por fin, divisé dos grandes torres blancas, enormes. De esas torres salían tristes, graves y argentinos los timbres de las campanas. Acostumbrado á las de San José, y sin tener idea de que pudiera haber otros sonidos ó armonías diferentes, me sentí transportado á desconocidas regiones, y las lágrimas saltaron, ardientes, á mis ojos. El señor Rivas, á quien era familiar ese trayecto, extrañó mucho mi extrema sensibilidad y me dijo:—No llore, pobrecillo, ya vamos á llegar y descanzará.—Creyó que era el cansancio lo que me hacía llorar.

Llegamos á casa de un señor don Manuel Palma, en donde se reunían los futuros colegiales. Frente á don Manuel estaba el colegio. En el corredor descansaban ya mis compañeros de cautiverio.

*
* *

En la tarde entramos al colegio, y tras de mí se cerró para no abrirse sino cada quince días, aquel portón triste y monumental. Al encontrarme entre cuatro paredes, rodeado de gentes desconocidas y burlonas, mi ánimo decayó completamente y me retiré á llorar mis amarguras en un rincón del dormitorio. Un sueño profundo siguió á este estado de postración. Soñé con mi querido San José, en la poza del Pato, y en la agradable vida que un perpetuo *far niente* me había procurado hasta ese día, y maldije mis aspiraciones á ver cosas nuevas. Desperté acariciado por un joven como de dieciocho años, moreno y simpático, quien me obsequió una quesadilla calentita todavía, consolándome de mi actual secuestro. Era el que después fué el Padre Pío Pacheco, interno también como yo. El cielo se abrió para mí, al ver la quesadilla y la bondadosa fisonomía de Pío. Entonces caí en la cuenta del motivo de mi tristeza: era hambre, pura falta de alimento lo que me hacía ver tétrico cuanto me rodeaba. Confortado mi estómago, desaparecieron mis penas, y todo lo ví bajo el prisma de aquella dichosa edad. Resultó que yo, era el de más tierna edad en el colegio: nueve años escasos; mientras que algunos internos, eran ya hombrecitos, que tenían de quince ó veinte años.

Como se ve, esta mi primera salida de San José no realizó mis esperanzas, porque me costó un cautiverio de tres años, aparte de haber sufrido las dos calamidades propias de todo colegio de internos, que son: hambre por agua de pasto y ardiente aspiración á la libertad, que es un verdadero tormento capaz de atrofiar el cuerpo y el alma de un muchacho.

Por lo demás, colegio en Heredia, colegio en París, ó colegio en Calcuta, la vida que se hace es la misma. En todos ellos se comercia con el estómago de los pobres internos. Se trata de gastar lo menos posible, dando al niño la menor cantidad y la peor calidad posible de alimentos. Otra calamidad común á esa clase de establecimientos es la necesidad en que parecen estar las mayorías de mortificar á uno ó más individuos *sufre-dolores*, que desde el primer día son elegidos víctimas de los matasiete, de los muchachos burlones ó payasos naturales, que no pueden vivir sin hacer reir á sus camaradas; esto á costa de algún infeliz colegial débil, raquítico ó apocado de espíritu; y lo más sensible es, que casi siempre esos *sufre-dolores* son almas angelicales cuya índole suave y generosa los aleja del bullicio y de las groseras chanzas de las fuertes y osadas organizaciones. En nuestro pequeño mundo, pronto se delinearon las víctimas futuras de los *face-*

*dores* de chanzas. Eran dos: Braulio Carrillo (hijo del finado ilustre jefe del mismo nombre) y Francisco Vega, un pobre huérfano que se había confiado al cuidado del Padre Paul al pasar por Sonsonate.—Braulio y Chico Vega eran humildes y buenos, pero carecían de memoria, y no tenían grande inteligencia. Jamás pudieron conjugar un verbo latino, ni fijar en su memoria á *Musa Musæ.* La tan conocida canción de *quis vel quid*, todo burro se queda aquí, era tarareada cada vez que ellos se presentaban. Esos dos mártires, se bestializaban cada día más, á fuerza de sentirse despreciados y de ser objeto de burlas, y sobre todo, del maltrato que el director del colegio les daba.

Entre otros muchos castigos que su mala suerte les atrajo, fué uno el que sigue. Se habían mojado y humedecido algunos libros del Padre Paul, por una tenaz gotera: para devolverles su buena forma, los puso á secar al sol en el patio. Dió á Braulio Carrillo la comisión de vigilar aquellos libros, con orden de ponerlos en salvo si caía alguna lluvia. Braulio, fastidiado de mirar el mismo cuadro, acabó por dormirse. Un aguacero convirtió en masa blanda los preciosos infolios, y Braulio dormía y soñaba, que..... no soñaba en nada. El Padre entró al colegio, y se quedó convertido en estatua, de la ira y de la rabia, al contemplar el

dulce *far niente* de Carrillo, y la poco dulce catarata, de agua mezclada con tierra, que destruía tantas obras maestras: Homero, Ovidio, Plutarco, Tucídides, Cicerón, etc., etc., y tomando una escoba que encontró á mano, le dió y más le dió de palos en la espalda, en las piernas, en la cara y en la cabeza al bueno de Braulio. El pobre *sufre-dolores* gritaba, corría, se ponía de rodillas, solicitando un perdón, que no se le otorgaba, hasta que cayó sin movimiento, en el suelo pedregoso del patio. El negro Oreamuno, que unía á una bella alma, la fuerza física de un Hércules, se indignó de tal manera al ver aquella venganza inicua y nada justa, contra un pobre diablo que apenas tenía el instinto de las bestias, que tomó las riendas de un freno que estaba colgando en una estaca, se abalanzó al director y lo fustigó sin misericordia. Más de cincuenta latigazos cayeron sobre la reverenda espalda, los brazos y las piernas del respetable cuerpo del Padre Paul, quien daba gritos y alaridos tremendos. Todos los colegiales, espectadores de aquel auto de fé tan fuera de lo normal y corriente, nos convertimos en mómias. El espanto y el terror que nos causaba la idea de la venganza que el director tomaría de aquel acto, nos volvió mudos durante los primeros instantes; pero el hecho era tan extraordinario y nos parecía tan atrevido y

heróico, que pronto nuestro miedo se convirtió en entusiasmo y alegría locos. ¡Bravo, bravo! valiente vengador de los débiles; otros latigazos, negrito; dele en la cabeza, Oreamuno; y otras frases impremeditadas, que después nos costaron muy caras. El odio y el horror al Padre Paul era tal, que aun los más quietos y bondadosos muchachos ayudaban al negro. Unos le llevaban una regla, otros un chilillo y otros un cortaplumas para que consumara el castigo. El Padre Paul perdió el conocimiento algunos momentos; todos lo abandonamos y nos metimos en nuestros cuartos. Oreamuno hizo su maletilla y se marchó para su casa en Cartago, y durante una semana el aspecto del colegio fué el de una ciudad sitiada. El nombre de José María Oreamuno fué para nosotros el de un genio poderoso y protector de la debilidad y de la inocencia. Si él hubiera vuelto al colegio, quizá le habríamos adorado como á un ser sobrenatural, destinado á premiar la virtud y castigar el vicio.

La educación que en Heredia recibíamos era decididamente religiosa. Todos los días, oír la misa que el director decía en una capilla adjunta á la parroquia. Todas las noches el rosario, y cada mes la confesión y comunión, para los que ya estaban preparados. La historia sagrada tenía un lugar preferente en nuestros estudios.



El oficio de sacristanes se ejercía por turno, por parejas, hasta que se determinó, que seríamos Manuel A. Bonilla y yo los sacristanes inamovibles. Nuestras obligaciones eran: 1.º Levantarnos una hora antes que todos, esto es, á las cuatro de la madrugada,—2.º Barrer la capilla, encender los cirios de cera, y preparar el altar,—3.º Procurar que las vinajeras estuvieran provistas del vino necesario para consagrar, y redondear las hostias, porque las entregaban apenas delineadas en grandes pliegos,—4.º Ayudar la misa,—5.º Guardar las casullas, sobre-pellices y demás vestidos y paños en unas gavetas, y 6.º Cerrar la Iglesia. Me olvidaba de la principal tarea, la de llamar á los fieles á la misa tocando las campanas.

Nó, Bonilla ni yo éramos valientes. Todo lo contrario; ambos teníamos un miedo mortal á los cadáveres, á los aparecidos y las á brujas.

La administración sin contraste, que teníamos en los vinos, las hostias y las velas de cera, nos colocó á veces en la tentación de abusar de nuestro poder.

Así sucedió un día de alegre y triste recordación. El frío de diciembre nos ponía á temblar y á buscar atenuaciones. Ninguna nos pareció mejor que el vino dulce que por un em-

budo hacíamos pasar á las vinajeras. Bonilla tomó la primera vinajera hasta concluirla. Yo me creí en el caso de imitarlo y apuré la segunda. El calorcito y la alegría que nos produjo aquel cordial, nos animó á repetir la hazaña. Ya en ese camino no nos detuvimos ante el fin de la primera botella, y abrimos otra. Cuando íbamos dándole fin á esta segunda, nuestro buen humor era escandaloso. Nos mirábamos y reíamos sin saber de qué. De repente nos levantamos y cantando á voz en cuello nos pusimos á bailar y á recorrer la iglesia del brazo uno del otro, vivando á San José, al negro Oreamuno y á la libertad. Inconscientes entramos á la torre de madera y tomamos las sogas que colgaban de las campanas y repicamos una ronda infernal. ¡Lo que pensarían los medio-dormidos vecinos de Heredia, al oír aquella barahunda sin regla ni compás, es de suponerlo!

Cuando nos cansamos de repicar, bajamos la escala; yo iba adelante; Bonilla me seguía. Al salir de la torrezuela tiré con fuerza de la puerta, á tiempo que ya habíamos ambos salido; pero Bonilla no reparó que la puerta prensara la falda de su gabán. Muchos años han pasado desde que eso aconteció y aún oigo los desesperados gritos de Bonilla, detenido, según él creía, por un espíritu maléfico, soberano de aquellos rincones en tinieblas. ¡Espéreme, aguár-

deme, favorézcame Argüello; no me abandone amigo, socorro, socorro. ¡Estaba yo para prestar socorros! Demasiado hacía con no caer muerto de espanto al ver á mi compañero detenido por una fuerza sobrenatural. Lejos de esperar, yo corría y saltaba barandas, gradas y confesionarios. Al fin llegué á la puerta de la iglesia y salí al aire libre. Saturado de vino, como estaba, el aire frío me bañó de lleno y perdí el sentido completamente cayendo al suelo en la sabaneta de la iglesia.

El Padre Manuel Gonzálėz (el hombre más virtuoso que yo haya tratado en mi vida) nos encontró, á Bonilla desmayado y cogido por la puerta del torreón, y á mí acostado, cuan largo era en el césped de la capilla y en plena síncope. Los cuidados del virtuoso sacerdote nos volvieron á nuestro conocimiento, y nos entregó á la autoridad represiva ó vengativa del Padre Paul, quien nos suministró más de cincuenta latigazos por los excesos cometidos.

---

# Terranova y los Bajos

Atormentado desde muy niño por un deseo irresistible de viajar, de contemplar la infinita variedad de objetos conque la naturaleza ha hermoseado la creación, tuve la buena fortuna de que el destino complaciera mis aspiraciones, sin obligarme á forzar los acontecimientos.—En efecto, joven aún, varios destierros del suelo patrio me proporcionaron la ocasión de viajar (cinco años consecutivos). Otras veces era un negocio ó una enfermedad lo que mi complaciente imaginación viajera me presentaba como pretexto para alejarme de estas playas.

Así llegué á satisfacer del todo mi vocación á los viajes, hasta saciarme de tal modo, que al cabo de ocho años de errar por el viejo y el nuevo mundo, mi más ardiente deseo fué el de gozar quieta y tranquilamente de los placeres que la vida de familia proporciona en el seno de la Patria.

Es verdad que, después de algún descanso, mi ingénita vocación al estudio de la ciencia de la vida en ese gran libro que llamamos mundo, me impulsaba de nuevo fuera de la patria; pero no siempre pude darme ese gusto, que, además de ser un poco caro, tiene sus peligros en la edad de las eternas nieves.

Algo más de treinta mil pesos me costaron esos viajes, en que el gasto es constante y la ganancia nula. ¿Habré hecho bien ó mal, prodigando mi pequeña fortuna en esas excursiones, cuyo recuerdo me procura mil placeres, ciertamente, pero que también me pusieron en la imposibilidad de adquirir riqueza, obligándome á pasar el invierno de la vida en el trabajo y en la dependencia de algún cargo público, que me brinde el pan de cada día? Sea de esto lo que fuere, no me arrepiento de haber seguido mi natural inclinación al estudio y á los viajes, y no tengo empacho en aconsejar á esa brillante juventud que hoy es orgullo legítimo de Costa Rica, que, con recursos ó sin ellos, si la ocasión se presenta, todo lo dejen por aprovecharla. ¡Cuál más perfecto profesor que la mano de Dios, cuya sombra se dibuja en las tempestades del Océano, en el suave esplendor de una Aurora Boreal ó en las maravillas de la industria europea y americana! El mejor maestro, por más que

sea príncipe de la ciencia, no enseñará más ni mejor que la vista de una de esas locuras humanas que se titulan *Batallas*, en que los hombres se degüellan unos á los otros sin saber por qué !¿Cuál libro hay que más impresione que la contemplación del pueblo holandés en su eterna lucha con el mar, al cual hace largo tiempo tiene encadenado y oprimido? ¿En cuál Universidad se aprende á sentir y á pensar, lo que se siente y piensa ante el espectáculo de una clase de hombres que viven hastiados de los placeres que les proporciona la opulencia, al lado de los que mueren de hambre y de frío porque les falta lo indispensable? Los viajes enseñan á no desesperar de nada, porque el progreso humano es una ley natural, tan infalible como la de la pesantez y las que rigen las combinaciones químicas.

Mi especial situación me hacía ser objeto de contrastes frecuentes. A veces, mi calidad de emigrado por causas políticas me proporcionaba la invitación de algún favorito de las grandezas noviliarias y literarias á una comida, ó á pasar algunos días de verano en sus regias moradas de campo; y en la semana siguiente compartía el pan negro del humilde cosaco del Dom. Hoy en un *fauteuille de orcheste* de la Gran Opera de París; mañana en el Gallinero de la Escala de Milán, al lado del

soldado Bersaglieri ó de la vendedora de pavos que me estrujaba con su canasto de aves desplumadas. Esos contrastes no me humillaban; lejos de eso, me saturaban de una suave y consoladora esperanza en el lejano porvenir, en el cual yo tenía ciega fe.

Ahora permitidme que os cuente una de tantas variaciones de domicilio, que en mi anormal modo de ser, me ocurrían á cada momento.

*
* *

Hacía algunos meses que habitaba en la ciudad de Nueva York, cuando vino á mis manos uno de esos anuncios tan comunes en el pueblo americano. Una compañía de navegación, avisaba que el próximo lunes zarparía de Nueva York el vapor «Asia» con destino á Irlanda, tocando en Terranova. Era la llamada línea de Irlanda en que se trasportaba trigo, pero que tenía acomodo para ochenta pasajeros de primera y treinta de segunda. El precio era el más barato que yo había conocido: sesenta pesos. Por esa suma, el pasajero recibía cuatro billetes de primera clase. El primero, que era pasaje de Nueva York á Gallway en Irlanda; el segundo, del ferrocarril que atravesaba la verde Erim; el tercero, que era el del paso del Canal de San Jorge, entre Kingston, puerto

cercano á Dublin y Holly-Head, puerto en la isla de Anglessey; y el cuarto billete, para el ferrocarril entre Holly-Head y Londres, atravesando Inglaterra.

Como se ve, eso era muy barato, cuando las demás líneas pedían cien pesos por pasaje de primera y la de Cúnard ciento treinta. Mi resolución fué tomada en el acto, y, al día siguiente, estaba listo á bordo del «Asia.»

Desde el primer día noté que venía á bordo una joven americana, como de dieciocho años, bastante bonita y con la despreocupación propia de sus compatriotas. Conocidas son las costumbres americanas respecto de las jóvenes solteras, en nada parecidas á las de nuestras niñas ó señoritas de la raza latina. Una Miss, que pasa de quince años, viaja sola, recibe visitas que sus padres no conocen, y va al teatro en compañía de *un amigo* casado ó soltero y sin otro acompañante. Ellas confían en el supuesto de que todos los hombres son como los americanos, esto es, respetuosos y esclavos del sexo bello. Jenny Bowler se llamaba mi compañera de viaje. Hablaba el francés como una parisiense y estropeaba á veces el español, pero se hacía entender. Le pregunté cuál era su programa de viaje y me dijo que pensaba detenerse en Terranova quince días para ver la patria de los perros nadadores. Le propuse nos

asociáramos, haciendo juntos la visita de la isla perruna y pareció agradarle mucho mi proposición. Á renglón seguido empezó á sacar de un lujoso carriel varios retratos de su familia. Entre ellos me mostró uno imperial que representaba un joven de Indianópolis. «Este, me dijo, es el retrato de mi Sweet Heart,» es decir el de su *fiance*, ó futuro marido. Esta noticia fué como un baño frío para mí y disminuyó un tanto el entusiasmo y buena voluntad que al primer impulso me produjo la bella pasajera. Para acabar de darme á Barrabás, me preguntó si no era yo de opinión de que su novio era un verdadero Apolo! Yo le respondí un *sí* entre los dientes, que más parecía un *no*. Si señalo estos detalles, es porque esa joven hizo un papel principal en la catástrofe que pronto nos salió al encuentro.

Al tercer día de navegación entramos en ese terrible paso de los *Bajos*. Son arenales casi á flor de agua y que apenas pueden sostener un buque de gran porte en la marea alta. Además de ese peligro, en los Bajos siempre hay una densa niebla, que oculta los objetos, á veces, aún á diez metros de distancia. Para evitar encuentros y tropiezos con otras naves, se hace preciso caminar poco á poco y tirando cohetones y cañonazos cada tres ó cuatro minutos. También se hacen vibrar campa-

nas para avisar á los buques que vienen, que no son pocos, el peligro de un tope con el que va.

Todo el día trece de diciembre caminamos en una semi obscuridad, haciendo una salva de cañón cada diez minutos, quemando un cohete cada cuarto de hora y marcando los minutos con la campana. A las cinco de la tarde, cuando comenzamos á comer, sentimos un fuerte extremecimiento del vapor, el cual quedó después en una completa inmovilidad. Todos nos levantamos aterrados, pues aquello significaba que nuestro buque había encallado en un bajo. Sobre la cubierta, la escena era de un horror indecible. Fija la embarcación hacia el medio, y libre en los costados, las olas batían la obra muerta, y hacían balancear el suelo artificial que nos mantenía sobre el agua. Los gritos de unos, las lamentaciones de otros y la muda desesperación de los más, nos produjeron un terror pánico inexplicable. ¡Cuán grande me pareció el capitán que daba sus órdenes con voz natural, sin que se pudiera advertir en su noble fisonomía un solo signo de terror ó de duda! Ver aquella figura tranquila y reposada y volver de mi terror, fué una sola cosa. Eso sí, creo que era él la única persona que estaba en su entero juicio, en aquella desolación general.

Si no fuera más que el estar detenido un

buque, en esos casos, nada tendría de peligroso; pero lo que nos alarmaba era el vaivén de *babor á estribor*, como dicen los marinos, esto es, fija la nave en el centro ó quilla, cada ola que venía por el costado, la empujaba, y á veces se quedaba algunos momentos sin recobrar su nivel, y en ese caso, la ola que seguía, entraba en el barco y barriendo la cubierta. Eso hizo que los oficiales dieran orden á los pasajeros de que volvieran á sus camarotes y no salieran de ellos ó del comedor, mientras hubiera peligro. Muy sabia fué esa disposición, pues al cabo de un rato de habernos internado, supimos (yo no lo ví) que á un pobre viejo que atravesaba la cubierta para ganar el salón, lo arrebató una ola y se lo llevó. Afortunadamente pudo socorrérsele á tiempo, arrojándole una *rosca* de corcho para que se asiera á ella. Jenny, la excéntrica americana, no quiso privarse, decía, de tan admirable escena, y fué necesario bajarla á la fuerza; pero ya en el camarote, y para ver lo que pasaba afuera, abrió la puerta-ventana, *ojo de buey*, que alumbraba el cuarto, y casi la destroza el oleaje que entró por la ventanilla; ese torrente de agua, anegó el camarote y maltrató á la curiosa *Miss*. Como yo estaba sentado en una butaca del comedor, silencioso y bastante preocupado, se acercó á mí y con una risita de diablillo me

dijo: «¿Usted tener miedo? Yo tener hambre, los servantes olvidar comida por tener susto, y cocina estar mojada con agua salada. No haber sandwiches ni jamón por ser barco inglés, si fuera americano ser diferente y haber pork and beens y sweet cakes con melaza».

Así pasamos cerca de seis horas. Como á las once de la noche empezó el vapor á moverse de popa á proa. Buena seña. Eso indicaba que estaba ya libre y flotaba sobre el *Bajo*.—Pronto se puso á trabajar la máquina y continuamos sin más novedad. Las averías fueron pocas esta vez: una puerta de vidrio hecha mil pedazos por una ola, dos marineros estropeados, y un oficial (por desgracia era el médico) con un ojo perdido por un cabo de cable que lo golpeó.

Al día siguiente dormíamos todos el sueño del justo, confiados en la pericia del Capitán.—A las cuatro de la mañana, un ruído anormal nos despertó. Se oían carreras de marineros, el silbido del pito del contramaestre y algunos *goddames* en boca de los oficiales. Yo salté del camarote y subí á la cubierta en busca de noticias. Me quedé paralizado de horror al ver frente á nuestra nave una gran embarcación que avanzaba hacia nosotros, esto, á pesar de los cohetes y la campana. El monstruo marino venía á todo vapor, arrojando también algunas luces de Bengala y grandes cohetones,

que solo apercibimos cuando ya estábamos á cincuenta metros de aquella inmensa mole. Cerré los ojos y esperé..... ¡Santa Bárbara bendita!..... pasó..... ¿estaré soñando?..... No, pasó de veras como á diez metros de distancia á nuestra derecha. ¡¡Salvados!!....

Era un Trasatlántico de la misma línea de Irlanda. Ya iba yo á recogerme á mi camarote, cuando observo que todas las miradas, tanto del Capitán como de la tripulación, se dirigían, no al monstruo que ya iba lejos, sino al lado contrario, á la izquierda. Miro..... y veo una especie de montaña enorme, de un blanco cristalino, que majestuosamente flotaba cerca de nosotros. El encuentro de esa clase de moles es frecuente en el verano, pues se desprenden del polo por el calor, y aun antes de que puedan verse se anuncian por el repentino enfriamiento de la atmósfera. En invierno son raros esos desprendimientos del hielo polar. Siempre son peligrosos, mucho más cuando se aparecen á flor de agua, porque entonces no se les ve, solo se les siente como he dicho. Contemplando estaba el magnífico panorama cuando me tocan el brazo unas manitas blancas que pertenecían á una especie de fantasma vestido de albo lienzo. Era Miss Jenny en bata, con un binóculo terciado al pecho por una correa, y una Biblia ricamente adornada que compri-

mía entre el brazo y el costado. «Yo ser dichosa y contentada por ver dos casualidades con muerte encima para migo! *Very nice tres beau*..... Usted estar miedoso como si murieron de verdad». Y va de risas y de bailar cantando la *Casta Diva* de Norma. Repentinamente desapareció corriendo hacia la cámara y repitiendo muchas veces «Good morning Mister Aguilo».

El cuarto día amanecimos cerca de una tierra toda cubierta de nieve (se recordará que estábamos en diciembre). Grandes cerros y picos blancos como algodón. Según íbamos acercándonos, empezamos á ver una pintoresca población, construída en anfiteatro, exactamente como San Thomas. El *Asia* ancló á media milla de la ciudad de San John (San Juan), capital de la isla de Terranova, que los ingleses llaman «New ffoundand» ó sea, tierra nuevamente encontrada. Miss Jenny y yo sacamos nuestros equipajes y alquilamos un bote que nos condujo á tierra, al *Polar Hotel*. Un frío de veinte grados bajo cero, amenazaba nuestras narices, así como las orejas y demás extremidades, fuera de los *sabañones* que son propiedad exclusiva de los pies. La primera palabra que pronunció Miss Jenny fue preguntarle al hotelero mister Bread, por el lugar donde podría ella comprar un perro de la raza llamada de Terranova. El malicioso hotelero le dijo que era im-

posible, ó muy difícil encontrar esos animales de venta, pero que él, Mr. Bread, le ofrecía una parejita preciosa, pues acostumbraba cuidar la cría escogida, y comerciar en ese género de mercancía canina. Un negrito, criado del hotel, que escuchaba la conversación, esperó que quedáramos solos para decirnos que por un chelín nos llevaría á una finca, donde se hacía la cría de perros en grande. Que la pareja que nos ofrecía su patrón, no era de la raza llamada de *Aguas* sino de otra inferior.—

Aprovechamos el aviso, y al día siguiente partimos al campo, guiándonos el negrito. Pronto divisamos un gran edificio de ladrillo, que tenía á su entrada un gran cuadro con perros lanudos pintados. Nos recibió un caballero vestido de frac negro y guantes blancos, y acto contínuo nos empezó á mostrar el establecimiento. Indudablemente estaban mejor alojados aquellos animales, que la mayor parte de las gentes pobres de Europa y América del Norte. Lo más curioso de todo, era el Hospital, es decir, el hospital perruno. Allí solo moraban los perros enfermos, cuidados por un Doctor veterinario y una nube de empleados enfermeros; Miss Jenny y yo pensábamos que en aquella tierra productora de perros de agua, debían ser muy baratos, y propuso comprar uno de seis meses de edad, pero desistió completamente

cuando supo que el más barato valía dos libras esterlinas, y había algunos tan hermosos, grandes y bien educados que valían diez y quince libras. Nos contentamos, pues, con haber visto aquel mundo canino, y nos despedimos sin entrar en negocios aquel día.

En la noche fuimos al teatro Minstrils en que, como es sabido, se ocupan de imitar el habla y modo de ser de los negros, sus bailes, y sobre todo, su escandalosa alegría y estupidez. En un entreacto, se exhibió un *salvaje* (que seguramente no lo era) pero lo cierto es que la imitación era tan natural, que nos inspiró verdadero terror.—Los bramidos de aquel salvaje eran horribles. Al concluir el espectáculo se oían las señales de alarma de un incendio, y aunque bastante lejos del Teatro, Miss Jenny me propuso que fuéramos á verlo y partimos á paso acelerado.—Cuando llegamos al lugar del accidente ya no quedaban más que los muros de ladrillo, á pesar de ocuparse en apagarlo una brigada entera de bomberos.—Era un almacén de víveres (ó de *groserías*, como ví una vez anunciada en Panamá una venta de comestibles, siendo la intención del tendero traducir así la palabra inglesa *groseras*). En el tránsito, encontramos dos grupos que conducían en *camillas* á varios heridos, y supimos que había perecido un bombero y la señora del

dueño de la casa quemada. Estas dos víctimas no fueron quemadas, sino que el bombero tomó á la señora, que se había desmayado en un tercer piso, y la hacía bajar por una escala de cuerda, cuando salió repentinamente una fuerte llamarada de una ventana y abrasó la escala. Ambos desgraciados cayeron en el empedrado de la calle. Murieron pocos momentos después.

Lo que más me molestaba de mi linda compañera, además de sus malhadados suspiros por su maldito novio, era la propensión, casi puedo decir la pasión, que tenía por las apuestas, como todo legítimo inglés ó americano. Esa noche me propuso que apostáramos, ella que no se comunicaría el fuego á la casa contigua á la quemada, y yo que si se comunicaría. Tuve que convenir en tomar el lado de la apuesta que se le antojó dejarme. Pero me quedé verdaderamente lelo al oir á mi compañera elegir el premio ó precio del que ganara. Si ella perdía..... me daba..... ¿qué os parece que me daba?..... nada menos que un beso en público, y si era yo el que perdía, estaba obligado á caminar para atrás en una calle pública en pleno día. Me admiró lo del beso, porque Miss Jenny, aunque de una despreocupación verdaderamente yankee, era decentísima y muy correcta, casi severa en materias amorosas. Eso lo supe yo á mi costa, una vez que se me an-

tojó decirle que, si seguíamos viajando juntos, acabaría por enamorarme de ella. Una carcajada impregnada de atroz ridículo, fué su contestación. «Yo pensar, me dijo, que usted estar menos tonto, pero equivocarme. Usted estar como todos jóvenes españoles que creer todas las mujeres enamorarse de ellos por ofrecerles una flor ó mirarlos con benévola atención. Usted y yo. ser amigos grandes *for ever*». A esto siguió otra carcajada que me convirtió en estátua..... del ridículo.

Al día siguiente fuimos á ver cuál de los dos había ganado la apuesta. ¡Había perdido Miss Jenny y reclamé el premio ofrecido. Nó, me dijo, yo dar beso en público, solos nó. Así lo verificó, llamando la atención en los postres, concluída la comida, en mesa redonda. Se levantó de su asiento y me..... dió.... un fuerte y ruidoso beso con la sencillez y tranquilidad que acostumbraba.

El resto de la quincena lo pasamos en excursiones á los alrededores de San Juan y la noche en el teatro *Minstrils*. Miss Jenny dió una bofetada á un criado negro del hotel, que le derramó una salsa en el traje; pero luego le regaló una libra esterlina. Las noticias que diariamente nos llegaban de la navegación en los Bancos ó Bajos, eran terribles: muchos *topes* ó encuentros de buques y naufragios.

Después de dos semanas de permanencia en la isla, tomamos el vapor, embarcando, además de nuestras personas, dos perros y un barril de manzanas, las mejores del mundo, todo de Miss Jenny.

Entre los pasajeros nuevos, es decir, que hacían la travesía del Atlántico entre Terranova é Irlanda y no venían antes á bordo, nos asustó la noticia de más de setenta personas que componían una empresa de Circo-Americano. Leones. tigres, un elefante, camellos, serpientes y dos clowns que, por dicha, eran bastante graciosos y nos hacían reir en las tardes y noches, de que el mar permitía disponer. Esto solo después que salimos de los Bajos.

Y con razón, pues la segunda noche, á pesar de los cohetes, las campanas y los cañonazos, se nos vino entre las nieblas un bergantín noruego que chocó con nuestra nave, y se hundió en menos de un minuto; dichosamente pudieron salvarse los pasajeros y tripulación con excepción de una hermana de la caridad que desapareció en el choque, y no se volvió á tener noticia de ella. El cuarto día la niebla era tan densa que no se distinguía nada á cinco metros de distancia. A la una de la madrugada sentimos pasar, como un rayo, una barca de vela, rozando nuestro flanco, ó como dicen los marinos, *á estribor*..... luego desapareció en el caos....!

*
* *

Estábamos varados. El primer cocinero fué barrido por una ola monstruosa, no quedando de él más que los apetitosos recuerdos de su rara habilidad culiniaria. Era especialista en un plato que llamábamos bacalao á la *niebla gris.*

Voy á concluir estas notas de mi viaje refiriendo un acontecimiento que, hoy, después de treinta años que hace que tuvo efecto, aun se me erizan los cabellos al recordarlo.

Al segundo día de estar varados, la niebla desapareció y un hermoso día de sol, pero de muy fuerte marejada, nos alegró el corazón. Se le ocurrió á Miss Jenny subir sobre cubierta á contemplar el grandioso espectáculo del Océano embravecido.—El oleaje era espantoso y el viento era casi huracán. Bastante alarmado, pero empujado por un necio puntillo de honor, la seguí, y confieso que paralizó la circulación de mi sangre la vista de aquella conflagración de los elementos. Hice cuanto pude para disuadirla de tal calaverada, mas no fué posible contenerla, y sentándose sobre una gran caja que llevaba sobre cubierta, empezó á leer unos versos de Lord Byron, con ademanes teatrales y afectados.

Pensé que lo mejor sería avisar al Capitán, para que prohibiera á Miss Jenny que

continuara ocupando aquel peligroso lugar. Pasé al comedor, donde el Capitán examinaba una carta geográfica, y le manifesté mis temores de que acaeciera alguna desgracia á la linda americana. Sorprendido este buen hombre saltó, mas bien que salió, por la gran escalera, y yo lo seguí; cuando llegamos al punto donde habia dejado á mi buena amiga, ya no había nadie en todo el compartimiento. Una idea horrible pasó por mi mente. Mis ojos devoraron el espacio inmenso que nos rodeaba y.....como á cien metros del buque, apercibimos..... ¡¡Dios del Cielo!!.... un bulto blanco que flotaba..... y desaparecía por instantes; luego volvíamos á verlo y de nuevo desaparecía..... hasta que al cabo de unos diez minutos solo vimos mar...... y cielo. Miss Jenny...... ya no existía. Inútiles fueron los esfuerzos del Capitán, que, á pesar del peligro que había para los marinos que fueron en su busca mandó tres botes, cada uno al mando de un oficial á explorar el mar..... pero nada..... todo fué infructuoso. La simpática americana, mi preciosa compañera de viaje...... dormía el último sueño en un lecho adecuado á su excéntrico carácter..... ¡¡entre las algas y en medio de las perlas del mar.

# La trinchera

## I

Cinco años hacía que Julio Valera había entrado como interno en un colegio de Nottinghan en Inglaterra. Hijo único de don Casio Valera y de doña Mercedes Iriarte, honrados agricultores de Cartago, que gozaban de una mediana fortuna, Julio, era adorado por su familia y fue la única preocupación de la vida de sus padres, quienes se propusieron hacer de su descendiente, un hombre de profesión, que pudiera brillar en las altas clases de la sociedad.

Raras veces tienen buen resultado esas educaciones que contrastan con la que han recibido sus padres; á veces por que el nuevo doctor ó literato desprecia á sus parientes, ó sufre por la ignorancia y poca cultura de los suyos; y las más veces porque se contraen en el extranjero, lazos indisolubles que introducen en

la familia costarricense un elemento heterogéneo y exótico que casi nunca lleva la dicha y la tranquilidad al hogar.

Mas, en el presente caso, todo auguraba buen éxito, pues don Casio no era una vulgaridad; era un hombre que había leído mucho y había viajado por los Estados Unidos en sus mocedades. Tenía pues ese barniz que sólo da el comercio con los diferentes pueblos civilizados. Además, Julio era una joya en su género. Bien formado de cuerpo, sano de corazón y dotado de una grande inteligencia; pero sus meditaciones y su selecta organización habían hecho de él un soñador, un melancólico que padecía de esa sed ardiente por la verdad, que es la levadura con que se forman los grandes hombres, los sabios y los benefactores de la humanidad.

Desde muy niño, Julio observaba, arrobado y estático, las grandes manifestaciones de la naturaleza, y todas lo impresionaban hasta el grado de hacerlo sufrir, y algunas veces, gozar sin explicarse la causa. Valiente, generoso y desinteresado, estaba siempre dispuesto á servir á todos y á ponerse del lado del debil y del desgraciado. Horas enteras pasaba mirando correr el agua de un riachuelo, ó siguiendo el derrotero de un insecto, para investigar el misterio de la vida de los seres no raciona-

les, pero dotados de un instinto mil veces más certero que la razón.

El principal objeto de sus meditaciones, y el que era también la causa de sus sufrimientos, era la inexplicable existencia del mal. ¿Por qué existe el dolor físico, la envidia, la venganza, el odio?.... El Ser infinitamente sabio y bondadoso que creó el cielo y la tierra, fué impotente para ofrecernos la vida rodeada de bienestar y felicidad?.... Y si tenía el poder de hacerlo, por qué negarse á complacernos?.... Por qué nos hace pagar cada momento de dicha con una semana de tormento?.... ¡¡¡Misterio!!!...

Pero, esa filosofía desconsoladora, en vez de conducir á Julio al pesimismo y á la misantropía, lo arrastraban hacia el bien, y los males de todos lo llenaban de compasión por el mísero género humano, por ese pobre animal que se intitula rey de la naturaleza, y que en realidad no es más que el sufre-dolor de la creación. Los seres débiles y desvalidos eran el objeto de su predilección y empleaba su valor que casi era temerario, y sus recursos en su defensa.

Quince años cumplía Julio en diciembre de 1856. En el colegio era apreciado y estimado en su verdadero valor, y el jefe lo quería, cuanto cabe querer en un inglés metalizado y con ribetes de luterano anti-Papista.

Ese amor no llegaba, no obstante, hasta

sufrir la pérdida de un mes de pensión, como lo veremos en seguida. Sesenta libras esterlinas pagaba nuestro colegial por *boarding* y enseñanza, pues es preciso decir que el establecimiento no era, ni con mucho, un colegio de primer orden, y eso explica el corto valor de la pensión.

## II

En un día frío y triste del mes de diciembre, el director del colegio Mr. Jhong Backer meditaba, recostado sobre un largo sillón de suavísimos resortes, cerca de la chimenea, donde ardía un enorme pedazo de carbón que calentaba todo el cuarto; pensaba decíamos, en los tormentos que el frío hace sufrir en esa estación á los pobres y desvalidos habitantes de la Gran Bretaña. A su izquierda tenía una mesita, sobre la cual humeaba una tetera de porcelana rodeada de la azucarera y lechera del mismo juego, y de una pirámide de *cakes* ó pastelitos de harina y frutas conservadas. Entre sorbo y sorbo del hirviente licor chino y entre bocado y bocado de *cakes* leía su correspondencia. Una carta con la cubierta enlutada llamó su atención. Venía de América; la abrió y leyó lo que sigue:

«A Mr. Jhong Backer.—Nottinghan. diciembre de 1857.—Cartago.

El cólera morbus ha hecho de las suyas en este pequeño país. Catorce mil víctimas en una población de ciento cincuenta mil habitantes, hace más de un nueve por ciento, proporción que jamás se ha visto en ninguna parte del mundo aun incluyendo la misma cuna del mal, que es el Ganges. Entre las más fustigadas por la peste ha sido la familia de su pupilo, Julio, pues en una semana perdió á su padre, á la madre y á una tía vieja que vivía con ellos. Aunque poseían una mediana fortuna, la depreciación de los inmuebles, que es consecuencia natural de la guerra y de la peste, ha reducido la herencia de Julio á un proceso que será largo y dispendioso, y de donde no se sacará un solo centavo en limpio. Sea Ud. generoso y procure recomendar á la caridad pública al joven colegial, pues no hay que esperar nuevas pensiones, ni mucho menos encontrar fondos para pagar el pasaje.»

A un miembro de la familia latina, esa carta le habría proporcionado un terrible rato; y quizás habría derramado algunas lágrimas de conmiseración, al notificar á Julio, que debía salir del colegio al día siguiente, por no ser posible continuar manteniéndolo y enseñándolo

gratis; mas un inglés legítimo creería ofensivo á su dignidad el parar mientes en semejantes bagatelas; así fué que se limitó á ponerle una libra esterlina en la mano, entregarle su maletilla y darle su bendición luterana, encargándole mucha economía.

Con la muerte en el corazón se despidió Julio de aquel negro edificio que lo había albergado cinco años y con su maleta en una mano y un bastón en la otra, salió del colegio el mísero huérfano y atravesó la ciudad.

## III

La nieve caía en gruesos copos sobre la ciudad de Notthingan, la Atenas Británica, como la intitulan los ingleses por haber sido cantados por sus poetas, los valles y montañas que la rodean. El cielo gris y el mugido del cierzo helado, enfriaban hasta la médula de los huesos de los que recorrían sus calles. El ham bre y la sed son dos grandes productores de dolor y de sufrimiento; pero son nada en comparación del tormento que proviene del frío intenso, cuando no se tienen los medios de paliarlo. No hay hombre tan valiente que no baje la cerviz ante una temperatura de 30 grados bajo cero.

En ese estado de la atmósfera, y siguiendo el consejo del director Mr. Backer, emprendió Julio el viaje á Londres, á pie y sin más alimento en el estómago que una taza de té con tostadas. Si el tren expreso gasta ocho horas para salvar la distancia que separa la ciudad de Nottinghan de la de Londres, ya puede suponerse el lector los días que Julio pasaría en el camino. En efecto, cinco días de buen andar lo llevaron á la gran capital, que hoy tiene ella sola más habitantes que Centro-América, Venezuela y el Ecuador juntos. Dormía al lado de las vacas en las caballerizas de las quintas, y comía solo pan negro de cebada ablandado en el agua de las fuentes públicas. Esa economía le era indispensable para poder vivir mientras encontraba como ganar la subsistencia. Todos los días mueren en Londres centenares de personas, muchas de ellas con profesiones y oficios, que en América habrían sido ricos. Médicos, abogados, ingenieros y escritores, perecen de inanición en las calles de la gran Metrópoli. Costa Rica conoció uno de esos seres de privilegiado cerebro, Mr. Felix Belly, redactor que fué de El Constitucional de París, y escritor de varias obras literarias; ese hombre á quien el Gobierno de este país trató de igual á igual, fué encontrado una mañana en las afueras de Bruselas, expirando de hambre. Un periodista

que lo encontró, lo hizo conducir á un hotel y recogió una suscripción con la cual salvó la vida de su *confrere.* Y si esto sucede á personas de esta talla ¡qué podía esperar Julio, sin saber otra cosa que, mucho latín, algo de griego y mucho de metafísica, geografía é historia, ciencias utilísimas y que sirven de adorno á cualquier hombre; pero que no producen ni se cambian por un solo bock de cerveza ó un bocado de pan! En gran peligro estaba pues, nuestro cartaginense si Dios ó su suplente, el acaso, no se compadecían de él.

Comenzó por alquilar una bohardilla en un quinto piso, por la cual pagaba seis chelines mensuales. Comía sólo pan y pasaba los días y parte de las noches recorriendo las calles de Londres, en la puerta de los teatros, ó en los muelles del Támesis. Quiso ganar algunos peniques como cargador y mozo de cordel, pero lo molieron á mojicones los interesados en alejar la competencia. Cuando concluyó con su último penique, y vendió para alimentarse hasta su pequeña Biblia fué arrojado de la bohardilla y comenzó para él una vida de miseria negra. Extenuado á veces, se arrojaba en la noche bajo el pórtico de algún edificio público, pero la policía lo condujo á la cárcel como vago. Verdad es que se le ponía pronto en libertad más esto era contra los deseos de Julio, que

prefería estar encerrado entre cuatro paredes; por que allí al menos tenía asegurado un pedazo de jamón y otro de pan, además del techo, que lo abrigaba contra la nieve y el viento.

Así pasó Julio algunas semanas. Su buena estrella lo condujo á una gran caballeriza, donde trabajaban otros niños y adolescentes dieciocho horas al día por seis peniques, ó sea, un real, con lo que apenas se libraban de morirse de hambre. Se le aceptaron sus servicios y se le destinó á la limpia del estiercol fresco que tenía que sacar casi bajo de los pies de los caballos. El paraíso le pareció á Julio su nueva posición. En efecto; dos comidas al día, compuestas de unas delgadas placas de jamón con una libra de pan negro, y media botella de cerveza. Dormía en un salón en común con sus compañeros de trabajo, y eso le proporcionaba algún calor, producido por la traspiración de más de cuarenta personas.

En ese establecimiento vivió, ó más bien diremos, agonizó Julio durante año y medio, época en que llegó á Londres un comerciante herediano, y la casualidad hizo que este fuera á alquilar un carruage en la caballeriza donde aquel trabajaba.

Julio, á la vista de un paisano (en Europa, hasta los argentinos y brasileños se llaman paisanos) vestido á la *centro americana* se di-

rigió á él en español y el comerciante vino así en conocimiento de aquel inmerecido infortunio. Dió á Julio algunos recursos para que preparara su viaje y le ofreció pagarle el pasaje en *proa;* esto es, en tercera clase.

Se embarcaron ambos en Southanpton en el vapor Seine y llegaron á Puntarenas un mes después, vía de Colón y Panamá. Julio siguió á su benefactor á Heredia. Esto en ocasión que se celebraban las alegres fiestas del Carmen. El Presidente don Juan Rafael Mora había sido invitado á ellas y fué recibido en la casa del rico comerciante en cuya casa habitaba Julio.

Después de la comida, se habló del viaje y de las aventuras, ó mejor dicho, desventuras de Julio. Mora llamó á éste y le hizo contar detalladamente lo que le pasaba y le había sucedido.

El Presidente Mora gobernaba bajo el imperio de una constitución (la de 1848) que hacía del mandatario un monarca casi absoluto. Además de eso, Mora cuando se trataba de hacer bien no se paraba ante un acto dictatorial. Pluguiera á Dios que lo hubieran imitado los dictadores que le sucedieron; más estos solían usar de la dictadura, solo para sostenerse en el poder, para vengarse contra algún oposicionista ó para adquirir ventajas pecuniarias.

Por supuesto que entre los sucesores de Mora ha habido honrosísimas excepciones; así es que cada uno se aplicará el gorro que esté á la medida de su cabeza.

Julio fué el objeto de uno de esos actos de benéfico absolutismo, como veremos más tarde. Por lo pronto fué incorporado en la comitiva del Presidente, quien le declaró que en su casa tenía un cuarto para habitar y un lugar en su mesa. Esto, mientras entraba en posesión de sus bienes.

Así fué hecho. Julio, cuya noble alma nó necesitaba de tanto para estimular su gratitud, fué desde ese momento el compañero inseparable de Mora á quien servía como escribiente Secretario y á quien quería y veneraba con un cariño que rayaba en adoración.

Con la influencia del poder de Mora, pronto fué liquidada la herencia de Julio, castigados los depredadores y malos curiales que habían enredado la sucesión, y nuestro colegial se encontró en 1859 con una corta fortuna que le proporcionaba la independencia y el confort. Pero Julio no aspiraba en esa época ni á la una ni á lo otro. Su gran desideratum era corresponder con su adhesión y lealtad á los beneficios recibidos del Presidente.

En ese estado sus asuntos, ocurrió la revolución ó cuartelazo del 14 de Agosto de

1859. Julio quiso seguir al proscrito, más este le hizo ver que sus servicios le eran más provechosos quedándose en Costa Rica ayudando á don José Antonio Chamorro, cuñado de Mora, á administrar y hacer producir el «Ojo de Agua» la más valiosa hacienda del ex-presidente, los fondos necesarios para atender á la manutención de la familia.

## IV

En sus raros viajes á San José, dió la casualidad que encontrara Julio á una joven que decidió de su porvenir y de su vida. La primera vez que la vió fué en el entierro de una señora extranjera. Ella vestía de negro y marchaba con el paso y el porte de una reina; pero su trato y modales nada de altanero ni de pretencioso tenían. Lejos de eso, todas sus facciones, sobre todo sus pardos y grandes ojos, anunciaban caridad. Su boquita de *rosa* prometía mucho amor y mucha constancia. Julio creyó que ella lo miraba al descuido, y cuando los ojos de ambos se encontraron, ella se sonrojó en extremo, y él palideció de placer.

La segunda vez que se encontraron fué en un casamiento en la Iglesia Catedral. Esta

entrevista decidió para siempre de la suerte de Julio, pues sintió que amaba á aquella fresca *rosa*, con toda su alma y con todo su corazón. Sintió también que era correspondido. ¿Por qué?..... Preguntádselo á todos los que han amado, y todos os dirán que el amor se comunica según el sistema novísimo de Marconi: por telégrafo sin alambre.

Es lo cierto, que Julio estaba locamente enamorado. ¿De quién? ¿Cual era el nombre y la familia de su adorada? Lo ignoraba, y..... valiera más que nunca lo hubiera sabido.

## V

El doctor don José María Montealegre, Presidente de Costa Rica en 1859, fué el sucesor de don Juan Rafael Mora en el poder. Montealegre, médico de gran reputación se casó con doña Ana María Mora, hermana de aquél; así es que era cuñado de Mora. Excelente marido y padre amoroso, tuvo en este su primer matrimonio, diez hijas, cuyos nombres son muy honorablemente conocidos aquí y en California. Las hijas mujeres, todas, con excepción de una, se casaron más ó menos bien. Entre ese jardín de flores descollaba una perfumada *rosa*, que no se podía verla sin amarla.

Ahora bien, querida lectora; ¿queréis saber cual era la desconocida ninfa que había hinoptizado á Julio?—Pues fué..... nada menos que esa *rosa*, que, aquí para entre nosotros llamaremos Ester. Si señoras, Ester Montealegre era el objeto del desesperado amor de Julio. Decimos desesperado, porque esa unión era imposible, dados los acontecimientos políticos que pusieron entre la familia de Mora y la de Montealegre un obstáculo difícil de salvar...... y que más tarde se convirtió en un abismo sin fondo.

Veamos como conoció Julio el nombre del objeto de sus ilusiones.

Una tarde del mes de Agosto, paseaban á caballo por la *Sabana* varias jóvenes de la mejor sociedad josefina. Iban á Santa Ana á pasar el día en el *Brasil*, fuente ferruginosa que ha sido hace muchos años lugar de peregrinación en busca de salud.

Julio venía de las Pavas, también caballero en elegante ruano. Al encontrar el grupo de jóvenes que un viejo inglés acompañaba, observó que uno de los caballos se encabritaba, y la joven que lo montaba, daba gritos de espanto y terror. Julio, sin titubear se dirigió á la paciente, que en ese momento era arrojada de su montura por un brusco salto del animal, y cayó, por dicha de pie, pero ligera-

mente maltratada en un brazo y una mano. Julio ofreció sus servicios, se apoderó del caballo rebelde, y ofreció cambiarlo por el suyo, que aunque muy brioso, había sido muy bien adiestrado. Todo esto lo hacía Julio sin saber ni lo que decía, impresionado enormemente al reconocer en la joven maltratada, el objeto de su intenso amor.

Sus servicios fueron aceptados, y como las consecuencias del accidente no eran graves, continuaron el viaje para Santa Ana, invitado Julio por el inglés para que las acompañara. En todo el camino no se separaron los dos jóvenes. ¿Que se dijeron y de qué trataron en esas dos horas de camino? No lo sabemos; más al llegar á la célebre fuente de agua mineral, cada uno de ellos sabía, que amaba, y que era apasionadamente correspondido. ¿Fué esto sobre entendido, ó hubo expresiones, juramentos y demás protestas claras y mil veces repetidas, como es costumbre? También lo ignoramos porque Julio jamás nos lo dijo.

Para comprender la inmensa desgracia que esperaba á Julio, es preciso recordar qne esos sucesos pasaban en agosto de 1860. Mora y sus principales adeptos y deudos, habitaban en Santa Tecla del Salvador; y Julio que, no conoció más pasiones que el cariño y casi adoración á D. Juan R. Mora, y el amor á Ester,

residía en la hacienda del *Ojo de agua*, y sólo venía á San José una que otra vez; así fué que volvió de Santa Ana con el grupo de excursionistas, quienes quedaron encantados de la buena presencia, de la amabilidad y del bello espíritu de Julio. Pero ni Ester ni ninguna otra de las jóvenes que la acompañaban, sabía quien era Julio, ni su posición política. El único conocedor de su situación, era el viejo inglés, quien, después que Julio se despidió, puso en conocimiento de todas ellas, que aquel joven era el más decidido opositor del actual orden de cosas; por consiguiente, mortal enemigo de Montealegre, padre de Ester.

Esta al saber semejante historia, cayó en brazos de una de sus amigas, presa de uno de esos síncopes rebeldes que imitan de tal modo á la muerte, que muchas personas han sido enterradas vivas, en ese estado, en pueblos donde se carece de médicos, particularmente en tiempo de pestes, en que todo el mundo se apresura á alejar los cadáveres por temor á la enfermedad.

El paseo al Brasil en Santa Ana fué descrito por un periódico semanal, que cayó en manos de Julio. Lo que este desgraciado sintió, al saber el nombre de su adorada, es difícil de expresar. ¡¡Ester, hija de Montealegre!! ¡¡Ester, sobrina de Mora, pero hija del que lo arrojó del poder!!

De una negra melancolía fué presa el alma

de Julio desde ese momento; pero, desgraciada ó dichosamente para él, tan rudo golpe del destino, fué seguido por uno de esos cataclismos que cambian la faz de las naciones y la marcha normal de los pueblos.

En efecto; el desembarco en Puntarenas de los generales Mora y Cañas, el 15 de septiembre de 1860 fué uno de esos sacudimientos que forman época en la historia.

Mas, no habiéndonos propuesto en esta novelita histórica, otra cosa que el relato de uno de nuestros más terribles episodios nacionales; esto es, pintar la legendaria y sangrienta lucha de la *trinchera*, pasaremos por alto los sucesos que precedieron y siguieron á ese combate. A los que deseen conocer esos hechos, les recomendamos la lectura de «Páginas de Historia» y la de otras publicaciones de la misma índole y del mismo autor que suscribe la presente, y que tiene el honor de besar las manos de sus lectores y los lindos pies de sus lectoras.

## VI

La atención del viajero que vá ó viene en el tren que hace la carrera entre Esparta y Puntarenas, es casi siempre excitada por la vista de la *Angostura*, que efectivamente es el

lugar más estrecho de la lengua de arena, en cuyo extremo ó punta está situada la ciudad de Puntarenas. Esa lengua de tierra está rodeada por las aguas del mar libre y por las del *Estero*, que son aguas del mismo Océano Pacífico, pero encajonadas en un estrecho golfo que termina en la Chacarita. A veces, en las grandes mareas, se unen las aguas; mas lo corriente es que dejen un espacio en seco, que no baja de diez varas, ni excede de cincuenta.

Allí se construyó la famosa Trinchera, que fué la tumba de muchos, y será imperecedero recuerdo del arrojo y del valor temerario que allí desplegaron los costarricenses, vencedores y vencidos.

Para comprender el motivo que decidió á los amigos de Mora, á tomar la defensiva, tras de una fortificación, en vez de marchar sobre Alajuela y San José, es preciso dar algunas explicaciones.

La revolución proyectada, debía estallar el 15 de septiembre simultáneamente en la costa y en el interior. Arancivia debía tomar los cuarteles de Esparta y Puntarenas. el mismo día que una sublevación hábilmente preparada estallaría en San José y Alajuela. Ese mismo día era convenido que desembarcarían Mora y los suyos. Claro es que si tal plan se consuma, el Gobierno no hubiera podido impedir la en-

trada de Mora al interior, y una vez allí, era infalible el triunfo de éste, dada la popularidad y el número de sus adeptos, que no bajaba de las nueve décimas partes de la población de Costa Rica.

Mas en vez de eso, hubo un Judas, y no un Iscariote cualquiera, sino un *conspicuo* y titulado Judas *Capitolino*, en quien los moristas habían depositado su confianza y sus más caros intereses. Ese falso amigo reveló el proyecto de revolución con todos sus detalles al ministro omnipotente don Vicente Aguilar, y como ese crimen se cometió el 13 de septiembre, tenía el Gobierno dos días á su disposición antes de que desembarcara Mora, para alistar su defensa y para imposibilitarle su marcha hacia el interior. A pesar de esa enorme ventaja, tal era el terror de los miembros del Gobierno, ante un pueblo que en masa pertenecía á Mora, que todos ellos, con excepción de Aguilar, alistaron mulas y mozos para huír por Moín ó Sarapiquí. La entereza del célebre Ministro de Hacienda los salvó. Abrió su caja repleta de oro, é impuso su férrea voluntad á todos.

El general don Pedro García fué enviado sobre la marcha al camino de Puntarenas con una fuerza para impedir que el pueblo armado emigrara á la costa á unirse con su ídolo, y éste puso en prisión á todos los moristas de importancia.

Con esa noticia, en vez de esperar á Mora y Cañas, que debían llegar en el vapor el 15 de septiembre, adelantaron la toma de los cuarteles de Esparta y Puntarenas y se fortificaron en la Angostura. Hé ahí la explicación y el génesis de la Trinchera.

## VII

Once buques de vela estaban anclados en Puntarenas, y sus tripulaciones, compuestas, en su mayor parte de ingleses, alemanes, americanos y suecos, presenciaron desde sus respectivos bordos, la sangrienta y desigual lucha que vamos á describir. Los jefes de esos bajeles, todos nos eran favorables, y todos á porfía nos proporcionaron cuanto les pedimos; cañones, víveres, municiones y toda clase de armas, pagándolas unas, y otras sin remuneración alguna.

Entre los extranjeros que residían ó estaban de paso en Puntarenas, sólo uno nos fué hostil, un español, Barahona

Todos los demás ayudaron á Mora, bajo cuerda unos, y otros sin ocultar sus acciones y simpatías. Tales fueron: el arrogante joven don Crisanto Medina; Mr. Folker dependiente de la casa de Beeche y C.ª Mr. Farrer, cónsul inglés; Mr. Roger, inglés avecindado hacía mu-

chos años en Costa Rica, y que expuso su vida combatiendo á Walker, en cuya campaña, lo mismo que en la que relato fué nuestro *Nelson*.

De San José vino don Guillermo Nanne á la cabeza de un grupo de alemanes, sus compatriotas, algunos de los cuales fueron víctimas de su valor y de su lealtad.

Santander, chileno de muy buena familia, nos prestó sus conocimientos militares, y el venezolano M. Delgado, hábil ingeniero, dirigió la construcción de la trinchera, que á juicio de los conocedores, era una obra maestra en su género.

Con esa ayuda, se comprende que en dos días, apareciera completamente concluída la famosa fortificación.

La trinchera tenía la forma de una herradura de caballo cuyos clavos eran representados por claraboyas por donde asomaban nueve piezas de artillería de grueso calibre.

La fuerza que de ambos lados se batió, estaba organizada del modo siguiente: Mora, presidente de hecho y jefe supremo del movimiento revolucionario, residió en Puntarenas lo mismo que el estado mayor general. D. Manuel Argüello Mora, ministro secretario de Mora. El general Cañas, comandante de la trinchera, y el general don José Joaquín Mora, comandante de la plaza.

La guardia del presidente, compuesta de 30 hombres, la mandaba el heroico y malogrado Salvador Guevara, antiguo administrador del Ojo de Agua. Esa fuerza no se movía del cuartel general. En la aduana vieja habían 70 hombres y en la trinchera 90 soldados. De estos, las dos terceras partes eran costarricenses del interior, y una tercera se componía de chiricanos, nicaragüenses y demás habitantes del puerto, mas no nacidos en este país.

Las tropas del Gobierno las mandaba el general Blanco (D. Máximo), asistido por dos *at-láteres*; los señores don Francisco María Iglesias y don Francisco Montealegre, ministro de relaciones el primero, vice-presidente de la República, el segundo. Estos señores es probable que fueran desempeñando el mismo papel que la Convención francesa y el Directorio encargaban á sus comisarios; esto es, velar por que se cumplieran las instrucciones dadas á los generales é impedir que pudieran estos traicionar al Gobierno.

De mil quinientos hombres se componía el ejército enemigo á las órdenes de Blanco: mandaban el primer batallón el coronel Pí, español, y á sus órdenes los capitanes don Próspero Fernández, don Leandro Quirós y Tomás Herra. El segundo de Pí era don Federico Fernández: el segundo batallón lo mandaba el teniente coronel

don Luis Pacheco, y bajo sus órdenes el capitán don Pedro Quirós. El cuadro de oficiales montados (veinte) los capitaneaba don Fernando Oreamuno (Tatagollo): el tercer batallón iba á las órdenes de don Francisco Alvarado, y bajo las de éste, el capitan Solano. Finalmente, el bandido llamado capitan Rafael Gómez fué puesto á la cabeza de los cincuenta hombres que sorprendieron el cuartel general atravesando el Estero en botes. Médicos: D.r Frantzíus é Irineo Gómez. Ingeniero: Mr. Barillier, francés. Además tenían diferentes mandos y comisiones, don Pedro García, don Pedro Fábrega, el general Alfaro, don Aquileo Echeverría y don Ramón Campos. Ayudantes de Blanco, lo eran los valientes y generosos jóvenes don Recaredo Bonilla, don Jesús Salazar, y don Joaquín Rojas. Capellán: el asqueroso fenómeno llamado padre Hernández, enano tan pequeño de cuerpo, como grande de vicios y maldades.

Cada cañón tenía su Comandante. Los nombres de esos valientes eran: José de Jesús Quesada, Leonidas Orozco, Francisco Castro, Evaristo Fernández, Frutos Mora—hijo del Benemérito don Juan Mora Fernández, primer Presidente de Costa Rica—don Mariano Castro, Alberto Villalta, el pretendiente de Elisa Delmar, Alberto Collar, alemán, Mariano Guevara é Ignacio Torres, el traidor. El General don Rafael

Chavarría era ayudante de Cañas, y Santander, segundo del mismo. Las lanchas cañoneras las mandaban: la que estacionaba en el mar, frente á la trinchera, don Guillermo Nane, y la que defendía el paso del Estero, el Capitán Rogers.

Desde el 15 hasta el 28, todos los días había ligeros combates sin resultado, y se cambiaban algunas balas de ambos lados. El ejército del Gobierno se ocupaba principalmente en construir el camino cubierto ó *paralelas* que son unas zanjas en zig-zag que tienen por objeto acercarse al enemigo, á salvo de las balas. El 28 esas paralelas llegaban á cincuenta varas de la trinchera. Esto entendido, pasaremos á describir el ataque y toma de esa fortaleza de madera.

## VIII

Eran las seis de la tarde del 28 de septiembre. Mora conversaba en el salón del Estado Mayor, cuando llegó un correo de la trinchera. Cañas avisaba que se notaban extraordinarios movimientos en la Chacarita y que flameaba allí una bandera blanca. Mora tuvo la ilusión de creer que se trataba de un parlamento, quizás de un arreglo de la cuestión política, y ordenó á don Manuel Argüello que pasara á la

Angostura á averiguar lo que sucedía. Ese joven, acompañado de su amigo íntimo don Crisanto Medina (hijo) partieron á caballo en el acto. En todo el trayecto encontraron los dos jóvenes balas de cañón que recorrían la ancha playa, levantando la arena y formando *ricochets*. Llegados á la trinchera, supieron que no había tal bandera blanca; al contrario, todo indicaba que aquella noche se daría el asalto. Cañas suplicó á Medina que volviera á Puntarenas á comunicar á Mora lo que pasaba, y á don Manuel Argüello le rogó que se quedara con él para que lo ayudara en la defensa. Dió orden á don Rafael Chavarría para que hiciera un reconocimiento, acercándose lo más posible á las paralelas, y este valiente joven volvió diciendo que el asalto era inminente. Atención, tocó la corneta, y en medio de un profundo silencio, Cañas dió sus últimas órdenes. Estas eran: que al toque de «fuego» cada oficial hiciera disparar su cañón, menos el grande del centro, encomendando á Ignacio Torres, cuya pieza sólo debía vomitar su metralla cuando el mismo General Cañas, y no otro, diera la voz de «fuego.» Apenas acababa de dar esas órdenes, el centinela de la Garita gritó: «el enemigo se avanza.» Entre madero y madero habían intersticios hasta de una pulgada de ancho, además de las claraboyas de los

cañones. Por esas aberturas vieron los jefes y oficiales que las tropas saltaban de las zanjas, en silencio, y cuando hubo más de mil soldados fuera de ellas, que emprendieron á la carrera; el camino hacia la trinchera. Oigamos á Julio Valera, que en una carta á don José A. Chamorro, describe el combate como sigue:

«El corazón se nos saltaba de emoción al oír nuestra corneta tocar á «fuego.» Casi á un tiempo derramaron el espanto y la muerte nuestros ocho cañones. Los rifleros hicieron otro tanto; más, apenas hubo tiempo de hacer esa primer descarga, por que las tropas del Gobierno rodeaban la trinchera, sirviendo unos soldados de escala para que otros subieran sobre ellos. Pronto vimos toda la altura de la palizada cubierta de combatientes. De estos, unos se dejaban caer sobre nosotros ó se batían desde arriba con sus rifles y sus bayonetas. Cuando hubo frente al cañón del centro una masa de más de quinientos hombres, Cañas dió la voz de «fuego á la pieza central.» Torres acercó el mechón encendido al oído del cañón. Un relámpago iluminó el espacio, más el tiro no salió. Tres ó cuatro se precipitaron para agujerear el oído de la pieza, pero no fué posible encontrar el punzón ó lezna que antes colgaba de la cureña. ¡¡¡Un cortaplumas, un clavo, ó es-

tamos perdidos, exclamó Cañas!! Nada, ni cortaplumas ni cosa que se le pareciera. Tres veces se le puso nueva ceba y las tres veces se quemó en balde la pólvora. Si ese cañón hubiera dado fuego en su oportunidad, nuestro triunfo era seguro, porque habría barrido y puesto fuera de combate á la mitad de la fuerza enemiga. En vez de eso, ya no se trataba de tomar la trinchera, por que ambas fuerzas combatían mezcladas de este lado del fuerte y se acuchillaban á mansalva. Nuestro ánimo no desmayó, á pesar de todo, pero cuando menos lo esperábamos, vimos pasar por el lado de la playa, el cuerpo de oficiales montados del enemigo, y nos creímos rodeados por vanguardia y retaguardia. Eso provino de un descuido de Delgado, pues la fortificación sólo llegaba hasta la línea que marca la marea alta; así es que en marea baja quedaba á descubierto un espacio de mar de ocho varas, donde sólo habían unos sacos de arena por defensa.

Cañas se multiplicaba incitando á oficiales y soldados á no dar un paso atrás. Ya en esos momentos no quedábamos luchando arriba de treinta hombres, pues todo lo que no era costarricense de raza blanca huyó, arrojando sus armas. ¡¡Triste espectáculo el que presentaba un puñado de defensores atacados por más de mil soldados. Lo más triste del caso es que

aquella era una lucha verdaderamente fratricida. Peleaban el padre contra el hijo y el hermano contra el hermano. ¡¡Quien no se ha conmovido de horror al oír contar la tan conocida riña de los dos Joricas!! Jorica el joven era hijo de la célebre buscona llamada *Pancha Tana* y era de los nuestros. Jorica el padre, venía con las fuerzas del Gobierno. En la oscuridad y en el calor de la refriega, vimos á dos hombres rodar por el suelo, tratando de acuchillarse el uno al otro. Por fin, uno de ellos sujetó al otro y ya iba á traspasarlo con su bayoneta, cuando un soldado del Gobierno le gritó: ¡¡bravo Jorica; despacha pronto á ese perro, y prepárate para el saqueo de Puntarenas!! Al oír ese nombre, Jorica el viejo exclamó: mátame bruto; comete el único delito que te falta por cometer. Jorica hijo, soltó á su padre diciéndole: «te has escapado viejo; pero te aconsejo que te hagas el muerto, para que otro, que no sea tu hijo, no te mate de veras.»

«Cada momento se aumentaba el número de los asaltantes y se aminoraba el de los defensores de la trinchera. El estertor de los agonizantes, junto con los gritos de los heridos, formaba una terrible armonía con el reventar de las olas y el tronar de los cañones. Cuando ya sólo quedábamos unos ocho ó diez combatientes moristas, Cañas dió la orden apenas

oída por nosotros de «sálvese el que pueda y acudamos al Estado Mayor.» Esto diciendo, Cañas montó en un caballo que allí estaba amarrado, pero desensillado. En las ancas se colocó Mariano Guevara y partieron al galope. Tras de ellos seguimos algunos de los que aún quedábamos libres. A don Frutos Mora, lo asesinaron bárbaramente, alternando cada «viva Mora» que salía de la boca de ese valiente, con un balazo ó bayonetazo; hasta cuatro veces repitió el heroico hijo del Benemérito don Juan Mora Fernández el grito referido, y cuatro descargas consecutivas enviaron esa bella alma á las regiones celestes. Otro asesinato relataré, que, aunque se verificó en otro lugar lejano de la trinchera, fué consecuencia de nuestra derrota: Salvador Guevara, leal mandador de Mora fué hecho prisionero después de una lucha desesperada, en que se defendía contra veinte. Una vez atadas sus manos, un oficial muy conocido de Guevara se acercó á él y le ofreció sus servicios. El incauto y bravo Salvador aceptó la oferta, y le dijo que tomara un carriel que colgaba de su espalda, que allí había cuatro mil pesos en oro y lo entregara á su esposa; pues era todo cuanto él poseía, y serían los únicos recursos con que contarían su viuda é hijos. Con presteza ejecutó el oficial la acción que se le pedía, se apoderó del carriel,

y sin titubear, se retiró unos pasos atrás, y apuntó con el rifle al desgraciado Guevara. La muerte fué instantánea, que era lo que se proponía el bandido oficial.

Entre los más esforzados y valientes defensores de la trinchera, no puedo olvidar á Juan María Murillo, Antonio Argüello, oficial proveedor, y Espíritu Santo Solera, y á mis queridos amigos Torcuato Monge y Joaquín Borbón.

Don Manuel Soto, de Alajuela, acompañado de su hijo Manuel, de quince años de edad, se batió como un león.

¿Que costarricense dejará de envanecerse al oír contar la siguiente proeza de que fueron autores Toribio Artavia y Clodomiro Barquero, de Santo Domingo? Iban huyendo para Puntarenas delante de una partida de soldados vencedores. Todo su anhelo era escapar de ser alcanzados por ellos, pues esa noche no se daba ni se pedía Cuartel, así es, que en el caso de ser tomados, los fusilarían en el acto. Corrían, pues, á más no poder; pero uno de los soldados del Gobierno les gritó: «bandidos moristas, así es como defienden ustedes á sus patrones, los canallas Mora y Cañas?» Al oír este insulto, ambos muchachos se detuvieron y en vez de continuar huyendo volvieron sobre sus pasos, calaron la bayoneta á sus rifles y se lanzaron

sobre el grupo que los perseguía, compuesto de más de diez hombres. El resultado de esta heroica lucha fué la muerte de uno de estos, Baltasar Robles de la Arenilla de Cartago, dos heridos gravemente y la fuga del resto, uno de los cuales se arrojó al Estero y se ahogó: Antonio Jarquín de la Uruca. Desnudaron al que habían matado y á uno de los heridos y se vistieron con el uniforme de ellos, que consistía en blusa, pantalón de lana azul y sombrero de paja rodeado de una divisa roja con estas palabras impresas: «Viva Montealegre.» Así disfrazados, ya tenían asegurada la vida. Como yo había hecho algo parecido, despojando á un soldado del Gobierno de su vestido, marchaba tranquilo á unirme con Mora en Puntarenas. Fuí alcanzado por Artavia y Barquero y los tres decidimos, que, mientras no nos conocieran, pasaríamos por defensores del orden, y entraríamos á la ciudad por la Galera..... ¡¡Cual fué nuestra sorpresa al encontrar la plaza tomada y las calles cubiertas de muertos y heridos de uno y otro bando. En ese punto supimosque Ignacio Torres, el artillero que manejaba el gran cañón del centro, no era más que un traidor á quien Blanco aconsejó que llegara á donde Cañas fingiéndose desertor y Morista exaltado. Como eso nada tenía de inverosímil, se le creyó y se le encomendó la delicada misión

que ya sabemos. El cañón no disparó porque Torres lo clavó con anticipación, fuera de que al cargarlo le introdujo primero la metralla y después la pólvora. Era imposible pues, servirse de él. El infame refería esa hazaña en la Galera riéndose y burlándose de nosotros.

A la verdad debo decir que todos los asesinatos que esa noche se cometieron, no fueron autorizados por el General en Jefe, sino que cada oficial se consideraba dueño de la vida de los vencidos.

Desde el extremo de las paralelas hasta la trinchera, el suelo quedó cubierto de heridos y muertos, la mayor parte vecinos de Guadalupe y San Vicente. Allí mismo murió el Coronel Pí, y fué herido, el Capitán don Próspero Fernández. De nuestro lado, muertos en lucha leal, sólo lo fueron Alberto Collar alemán artillero, y M. Montero, los demás fueron asesinados después del combate.

La luna iluminaba ese lúgubre espectáculo, y una llovizna continua mojaba los vestidos de los combatientes.

Aquí concluye la relación de Julio Valera.

Respecto de la conducta y del valor heroico que de uno y otro lado se desplegó en ese hecho de armas, nos atenemos á la imparcial opinión de don Francisco M.ª Iglesias, quien es-

cribía esa madrugada la carta dirigida al Gobierno, que copiamos á continuación, y que corre publicada en documentos oficiales.

Señor Ministro de la Guerra.—Puntarenas, Septiembre 28 de 1860.—A las tres de la mañana.—Nuestras tropas ocupan ya á Puntarenas, desde las diez y media de la noche, después de una *reñida* lucha en la Angostura.

..... Han sido pasados por las armas Frutos Mora, Manuel Aguilar, Salvador Guevara y Ramón Pasos; existen en prisión: Manuel Argüello, el padre Zamora, Tirso Navarro (gravemente herido) y otro de poca importancia.

..... En esta brillante acción, *todos, todos*, han cumplido su deber, y *ni Santa Rosa* y *Rivas* pueden igualar á lo *árduo* y *peligroso* de este combate.—Soy de Vd.,—*Franco. M.ª Iglesias.*

## IX

Al concluir la historia del sangriento combate de la Angostura, se nos permitirá que recordemos algunos incidentes de esa lucha, aunque no tengan relación ni enlace unos con otros, pero que casi se verificaban á un mismo tiempo y en el estrecho semicírculo de la herradura que formaba la trinchera.

Santana Gómez, de Alajuela, al enfrentarse con un cañón en la trinchera, pensó que lo mejor era acercarse á la claraboya y esperar que el tiro saliera. Así lo hizo, y cuando, ya nuevamente cargado, volvieron los artilleros á arrimar el cañón á la claraboya, Gómez poniendo un pie sobre la pieza, saltó á la trinchera y cayó sobre el artillero alemán Collar. Sin darse cuenta éste de lo que le pasaba, se levantó sin hacer caso del nuevo huésped, y dió fuego á la pieza, quedando Gómez debajo. Como todo cañón, al disparar rechaza, esto es, camina para atrás, quedó libre la claraboya. Santana pensó que lo mejor que tenía que hacer era volver á salir de la trinchera, antes de que lo rodeara el enemigo y, metiendo primero la cabeza, se escurrió como una rata por el hueco, y fué recibido del otro lado por un bayonetazo de sus amigos, que lo tomaron por morista que huía.

Antonio Retana morista, y Balvanero Bolaños, montealegrista, ambos del Hatillo, se batieron dentro de la trinchera y se cosieron á bayonetazos. Ambos quedaron por muertos; pero al día siguiente almorzaban juntos unos tamales fríos de frijoles que traía el soldado gobiernista. Resultó que eran vecinos, y convinieron en ayudarse mutuamente. Años después Retana se casó con la hermana de Bolaños;

sólo que este tuvo que exhibir el resto de su vida una enorme cicatriz en la frente, que le había proporcionado su cuñado, y Retana tuvo que carecer de una oreja que le mordió y arrancó Bolaños en el furor de la lucha.

Vicente Villaseñor se escondió después de la toma del Estado Mayor, bajo el piso de la casa de un señor Bosh, chileno; Rafael Gómez, el asesino de profesión, mandó á sus soldados que hicieran fuego bajo la casa, por si algún morista estaba allí. Villaseñor fué herido de un balazo en un ojo, quedándole la bala adentro, y saltándole el ojo hecho mil pedazos. El pobre joven, seguro de que sería ultimado si sospechaban su presencia, no se movió ni se quejó, y sufriendo horribles dolores de su herida, pasó toda la noche inmóvil y desangrándose. Al rayar el día, el señor Bosh creyó oír una especie de estertor bajo el piso y encontró á Villaseñor casi agonizando. Lo hizo llevar al piso alto y allí fué cariñosamente cuidado por el generoso chileno y su hija, la conocida Tomasita Bosh, que después fué la señora de Knhör. Esas eran las hazañas de Gómez; siempre haciendo mal á mansalva; así fué que mereció su fin: fué fusilado por la espalda en David por una traición que cometió contra el Gobernador de Chiriquí.

# X

Julio fué uno de los más decididos é inteligentes colaboradores de la Lorenza y de Elisa Delmar en sus generosos proyectos para salvar la vida á Mora y á Cañas. Más, todo fracasó, apesar de que, desde el 28 Julio, Toribio Artavia y Clodomiro Barquero aparecían como soldados del Gobierno y servían bajo las órdenes de Francisco Alvarado, lo cual les proporcionaba algunas ventajas y conocimiento de lo que se hacía en ese bando.

Los tres jóvenes marcharon para San José el seis de octubre; pero en San Mateo, un amigo de Julio les avisó que había sospechas de que ellos fuesen moristas y que se trataba de identificarlos, y en caso de que realmente lo fuesen, se pensaba en mandarles dar cien palos á cada uno. Esa noticia los hizo escaparse, evitando los caminos reales. Así lo hicieron, y, llegados á San José, comenzaron á preparar el atrevido plan que se habían propuesto realizar, vengando en parte la muerte de Mora y Cañas. Se trataba de robar al poderoso Ministro Aguilar, y de tenerlo escondido, haciendolo devolver á los herederos de Mora una muy fuerte suma que éste le reclamaba, y aquel se negaba á pagar. Con ese objeto se le vendería el alimento

del agua, haciéndoselo pagar á peso de oro. Era ye oír á aquellos medios locos formular la tarifa del boarding que ofrecerían á Aguilar: por un huevo cocido, diez onzas de oro; por un vaso de agua quinientos duros, y así lo demás. Para lograr su objeto, prepararían tres cabalgaduras de primer orden, y á medio día, entrarían á San José, armados de todas armas y con buenas zogas. Llegarían á la casa del Ministro á buscarlo con cualquier pretexto y lo atarían y conducirían en ancas de uno de ellos al lugar destinado al efecto. Esa era la tarea que tocaría á los tres amigos; protegidos por media docena de moristas que escoltarían la comitiva y se batirían con los que en la casa ó en la calle trataran de impedir el rapto.

En esa época la administración Montealegre estaba de tal modo desprestigiada entre las clases medias y pueblo, que en las poblaciones vivían tranquilos muchos moristas de los que se batieron en la Barranca y Puntarenas contra las fuerzas del Gobierno, y que eran buscados con empeño por la policía para castigarlos: solo la autoridad ignoraba su residencia. Así sucedió á Julio, á Mr. Hogan, y á otros muchos. Estos señores se paseaban por todas partes y no eran denunciados. Eso explica los sucesos que vamos á contar.

Se fijó el día y la hora en que debía eje-

cutarse el proyecto. Todo estaba listo. La víspera conferenciaban Artavia y Julio Valera, en el cuarto de éste. Iban á separarse cuando entró á la casa un joven inglés, Mr. X, de buena presencia y elegantemente vestido. Suplicó á Julio que le permitiera unos minutos de conversación á solas. Artavia se despidió, y el inglés se expresó así: «Soy el pretendiente de Ester Montealegre, y su mano, estoy seguro, me será otorgada por el Dr. Montealegre. Sé que usted ha amado, y quizá ama aún á mi prometida. Ignoro si ella le ha dado á usted alguna muestra de amor, ó si tal vez nunca lo ha querido. Tengo pues el derecho de escudriñar esos hechos y de conocer los proyectos de usted con respecto á ella. Julio le contestó, que, aunque no le concedía derecho alguno á intervenir en sus asuntos, no tenía inconveniente en declararle, que efectivamente adoraba á Ester; pero que jamás se casaría con la hija del que firmó la orden de fusilar á Mora; que á pesar de eso estaba decidido á no permitir que otro hombre obtuviera su mano. El inglés le replicó, ya pálido de cólera, que no había más que un medio de zanjar la cuestión, y era, que uno de los dos desapareciera, que estaba decidido á matarlo si no renunciaba á sus locas pretensiones de disponer del destino de Ester. Julio se sonrió y con calma y buen humor le manifestó,

que eso de matar no era una cosa fácil para un inglés de Santa Lucía (nuestro ingles nació en la isla de ese nombre que es una colonia inglesa en las Antillas menores).

Como lo que más deseaba Julio era deshacerse de aquel obstáculo inesperado, y disponer de sí mismo al día siguiente, le propuso que se arreglaría el asunto por las armas; pero no antes de tres días. El inglés insistió en que había de ser ese mismo día, ó lo más tarde, el día siguiente. No era el deseo de vengarse ni otro motivo pasional el que incitara al inglés á apresurar el lance convenido, sino, al contrario, el temor de que el tiempo enfriara su resolución de batirse á muerte, que no todo el mundo tiene el valor sereno de esperar dos ó tres días el momento de una muerte probable. Los hombres que no están seguros de su pulso y de su ánimo, quisieran salir del apuro cuanto antes y no exponerse á un enfriamiento peligroso. Julio, desesperado de tener que luchar contra un obstáculo que no estaba en su mano remover, suplicó al doctor Hogan y á don Ramón Herrán, que como testigos suyos arreglaran el asunto.

Estos dos señores se avocaron con dos extranjeros, amigos del inglés, y quedó decidido que se batirían á revólver, cambiándose tres balas á 30 pasos y pudiendo marchar el uno hacia

el otro hasta tocarse. El duelo debía verificarse á las seis de la mañana del siguiente día, que era también el destiuado para el rapto ó secuestro de Aguilar.

## XI

Ramona Saldos, fresca y sana campesina, fué madre de una niña, en la misma semana que nació Julio Valera. Eso la señaló á los padres de éste, como adecuada para alimentarlo con su leche y su cariño. Catorce meses desempeñó Ramona el fácil y agradable oficio de nodriza. De allí provino una amistad entre ella y su bambino, que, lejos de disminuir, aumentaba con el tiempo; pues cada día quería más á su Julio, y éste la trataba como á una madre.

Cuando sus servicios no fueron necesarios á la familia Valera, se concertó Ramona en casa del Dr. Montealegre como camarera ó sirvienta de *adentro*. En la época que pasan los sucesos que acabamos de referir, Ramona hacía ya más de veinte años que era sirvienta de Montealegre; pero su buena índole y su mejor corazón, hicieron que con el tiempo la sirvienta se convirtiera mas bien en una amiga respetuosa de la familia. Por ese motivo, Ramona estaba al cabo de la pasión que su Julio sentía por Ester, su señorita ó pupila la más querida.

Confidente de Julio, no lo era de Ester, porque ésta era una joven muy reservada, y jamás se dió por entendida de que el hijo de *leche* de Ramona tuviera nada que ver con ella. Así estaban las cosas, la víspera del desafío de Julio con el inglés. Conocedora del peligro en que estaba la vida de su *niño* abandonó su reserva habitual y comunicó á Ester lo que pasaba. Esta sin rodeos ni explicaciones dijo á Ramona las siguientes palabras. «Monchita, es preciso que ese desafío no se verifique».

¿Qué hizo la pobre Ramona para impedir el temido lance?.... Veremos.

Las seis de la mañana señalaba en su muestra el reloj de la Fábrica. En un potrerito situado en el lugar en que más tarde se construyeron los tanques de la cañería de San José, Julio Valera miraba tranquilo la operación de cargar los revólveres por los cuatro testigos, uno de los cuales era médico, el Dr. Hogan. El joven inglés, adversario de Julio, á la sombra de una cerca, escribía con lápiz en una cartera y concluída la misiva, puso en la cubierta la siguiente dirección: Mrs. XX. Foulton-road-London-109. Ingland». Entregó el papel á uno de sus amigos y se colocó en su puesto.—Julio fué conducido por don Ramón Herrán al que le correspondía, á treinta pasos del primero: ambos recibieron su revólver, y Hogan dió la se-

ñal, esto es, una palmada. El inglés avanzó algunos pasos é hizo fuego, la bala pasó á una pulgada del hombro izquierdo de Julio. Este, inmóvil, ni siquiera dirigía su arma contra su adversario, quien continuó avanzando y disparando. La segunda bala se perdió en el espacio, según creían; pero la mortal palidez de Julio después del disparo, puso en cuidado á sus padrinos. La tercera bala del inglés, claramente se vió que fué á descascarar un árbol de la cerca. Era pues hombre muerto el pobre inglés, por que Julio, que no había hecho aún ni un solo tiro, tenía el derecho de acercarse hasta tocar con el arma á su contrario. Así lo hizo, marchó tranquilamente, y cuando estuvo á media vara de distancia del inglés, disparó al aire los tres tiros de su revólver. Solo en ese momento notaron los testigos que un ligero tinte de sangre manchaba su camisa Apenas tuvieron tiempo para recibirlo en sus brazos, impidiéndole que cayera, pues tenía un pulmón traspasado por la bala. Lo llevaron á una casa muy próxima, y lo acostaron en una banca de madera, para desnudarlo y examinar la herida.

En eso estaban ocupados, cuando llegó Ramona, la nodriza, media loca de dolor y se arrodilló frente á Julio, y derramando copiosas lágrimas exclamó: ¡¡hijo de mi alma, he llegado tarde!! ¡¡Quizás habrías vivido si hubieras

leído esta carta!! y puso en manos de Herrán un pedazo de papel arrugado, que contenía lo que enseguida copiamos. «Moncha, es necesario que Julio Valera y Mr. X no se batan. Puede ser que la presente declaración sirva de algo. Deseo pues que los señores Herrán, Hogan y Mr. X sepan lo siguiente. Mi corazón aún no ha latido por hombre alguno. Hubo una época, en que creí sentir por el señor Julio Valera sentimientos desconocidos y de cuya índole no me dí clara cuenta: ¿era amistad, era amor? ¿era gratitud por su generosa conducta conmigo? Me inclino á creer que fué esto último; pero aún ese puro y desinteresado sentir, desapareció al saber ciertos planes y proyectos que el cariño á sus protectores le inspiraron. Por lo que hace á Mr. X, me es completamente indiferente. ¿Cómo es posible pues, que un hombre y quizá dos, jueguen la existencia por motivos imaginarios? Muy desgraciada sería si sobre mi conciencia cargara la pérdida de una vida humana. Quede pues entendido que ni ahora ni en ningún tiempo hubiera sido la esposa de Julio ni la de Mr. X. Pero, si en algo puede influir mi voluntad en el destino de esos dos hombres, que ellos sepan que de lo que sí estoy convencida es de que cualquiera de esos dos señores que dé la muerte al otro, por mi causa, será objeto de horror y de antipatía para

mí, y la memoria del que sea víctima, encontrará cariñosa tumba en mi recuerdo y en mi corazón.»

*
* *

Esa carta fué leída en voz alta por Herrán. Julio, aunque al parecer ya no vivía, probó lo contrario, apoderándose de la carta, llevándola á su boca é imprimiéndole un beso, acompañado de un leve suspiro y de una ligera sonrisa que fué la última de su vida, Julio murió dichoso, pues su fisonomía así lo indicaba. Murió satisfecho del amor póstumo que ofrecía Ester á aquel de sus dos pretendientes que fuera víctima del otro. Su memoria tendría cariñosa tumba en el corazón de Ester.

---

# Los Bienaventurados

Don Nicasio Barrigas es el hombre más feliz de San José. Letrado de pocas letras, abogado que jamás ha dirigido ni abogado por nadie, y jurisconsulto que no acostumbra consultar más que consigo mismo, ha logrado sin embargo ocupar los más altos puestos en los tribunales de justicia. Por supuesto que don Nicasio piensa que él debe á su mérito esos empleos, y se moriría de risa si alguien le digera la verdad, y es que esos destinos los debe á los ruegos, súplicas é intrigas de su familia, para proporcionarle recursos y evitar que sea una carga para ellos.

En lo físico, don Nicasio es robusto, bien torneado y su cutis es lustroso y brillante, como sucede á los santos de madera de nuestras iglesias. Todos sus gestos y movimientos revelan al hombre satisfecho de sí mismo, pues se le ha metido en la chaveta que es docto é

instrúído, que habla como un Castelar, y que es respetado y estimado por todo el que lo conoce. En vano los hechos se empeñan en demostrarle lo contrario; es decir, que es ridículo y nulo; tiempo perdido, por que la convicción en que está de su alto valer es tan antigua y profunda, que sólo con la vida la perderá.

Y, como todo en este mundo, tiene alguna cosa buena, don Nicasio es una nulidad inofensiva. No conoce el odio, porque cree que todos le hacen justicia, y su constitución es tan refractaria á la verdad, que el que se propusiera convencerlo de su ningún valer, saldría chasqueado y gastaría su pólvora en salvas.

Don Nicasio Barrigas tiene todas las buenas cualidades inherentes á sus defectos. Así es, que su presumida persona no es envidiosa ni cosa parecida, por que para sentir envidia hay que reconocer que alguien es superior al envidioso, y don Nicasio no conoce persona alguna que le sea comparable, y menos aún, superior.

Otra manía que es común á todas las nulidades y que don Nicasio posee en grado superlativo, es el respeto por ejecutar con programa hasta los hechos más insignificantes. Veamos si me hago comprender. El tipo que hoy describimos no se perdonaría la infracción al reglamento de su existencia diaria, que, poco más ó menos se

reduce á hacer todos los días, á la misma hora, la misma cosa. Don Nicasio tose cada tres horas, escupe cada media hora, se sueua, tenga ó no motivo, al levantarse y al acostarse. Al entrar á su casa, coloca el sombrero en su lugar, toma el gorro de terciopelo bordado con hilo de oro, se mira al espejo, se pasea á lo largo de su cuarto y descansa en la misma silla, jamás en otra; luego cruza una pierna sobre la otra, y silenciosamente medita en la bondad del Ser Supremo, á quien él debe la tan conspicua y perfecta posición que ocupa en la sociedad. Momentos después toma un libro, lo abre y se figura que está leyéndolo; pero que en realidad no ha leído por que el sueño lo ha dominado. Eso dura á lo más un cuarto de hora, pasado el cual, don Nicasio sale y se mantiene inmóvil en la puerta de su casa. ¿Que hace allí, y porqué le es tan grato ese momento? Por que los pasantes lo saludan respetuosamente y lo confirman en la alta idea que tiene de su personalidad. Si alguien pasa sin saludarlo, excita la compasión de don Nicasio por que de seguro que aquel pasante tiene corta vista y no distingue una persona á diez pasos.

Ahora bien, discreto lector, con franqueza decidme que preferirías; si encarnar una estampa como la de don Nicasio, siendo como él

es, feliz y satisfecho de su suerte, ó animar uno de esos cuerpos cuyo cerebro destella talento é inteligencia, pero que no están seguros de nada, ni aún de su propio mérito y que pasan la vida contemplando, no lo que tienen, sino lo que les falta?

Ya se lector lo que me contestaréis, y es que nadie en este mundo está dispuesto á cambiar los tormentos de la inteligencia por el placer y bienestar de los tontos.

---

# Misterio

## Escenas de la vida en Costa Rica

## Capítulo I

## El señor Rakosky

La casa n.º 109 de la calle del Comercio presentaba, el día que comienza esta verídica historia el aspecto de un Castillo incendiándose, tal era el número de luces que iluminaban sus salones y de farolillos su portada y puerta exterior.

Los criados vestidos de gala entraban y salían y la concurrencia era tal, que no había donde colocar una silla más en los corredores y piezas destinados al ambigú, á la música y al refresco.

El motivo de tal fiesta era notorio en San José. Se trataba de la llegada á esta ciudad de la señorita Delfina Rosales, hija única del rico comerciante don Jorge Rosales y de la aristo-

crática matrona doña Elvira Río-Seco. Hacía seis años que don Jorge había llevado á París á su ídolo, para que concluyera su educación. La dejó en la pensión de Madamoiselle Roqueval, contando la niña apenas once años. Bonita, de espigado talle y de no mediana inteligencia, pronto se distinguió Delfina entre sus condiscípulas.

En el baile, la música, la pintura y el bordado, no tenía rivales.

Cumplidos diecisiete años, don Jorge la sacó de la pensión y la hizo viajar por Italia, España, Austria y Suiza, y la trajo á su país natal, seguida de veinte grandes cajas ó cofres atestados de trajes, sombreros, libros y demás objetos de lujo y placer que podían hacerla brillar en esta Capital.

La fiesta de recepción, que consistía en una comida á sus amigos dada por don Jorge y un baile á la sociedad josefina, fué una verdadera ovación á Delfina. En efecto, vestida á la última moda, impregnada de la gracia parisiense y hablando muy bien el inglés y el francés, la reina de la fiesta debía atraer todas las miradas y atenciones.

Entre los concurrentes se hacía notar por su apostura y originalidad, un Polonés que había venido en el mismo vapor con el señor y la señorita Rosales. Con un ojo más alto que el

otro, una pequeña cicatriz en el labio superior y una melena á lo Mirabeau, nuestro viajero parecía un Hércules. Con respecto á su persona todo se ignoraba: sus trabajos, sus antecedentes y hasta el objeto que lo había traído á América. Callado como un inglés y triste como un árabe, desde que vió á Delfina debió sentir por ella una vehemente simpatía, pero que no se manifestaba ni en sus palabras ni en sus gestos. El señor Rakoski (Lorenzo) era la sombra de Delfina, y apenas abría ésta su linda boca expresando un deseo posible ó imposible, salía don Lorenzo silencioso, pero á paso de carga, á obsequiar á la *Picolina*. En efecto, desde el primer día que le fué presentada Delfina por el Capitán del vapor, la bautizó con el nombre de *Picolina*, por más que ésta y su padre insistiesen en llamarlo al orden con respecto al verdadero nombre de la dueña de su voluntad. En Panamá manifestó la Picolina deseos de obtener un pájaro de colores raros y de canto desconocido y lleno de dulzura y suavidad que vió en un balcón. El Polonés entró á la casa de cuyo balcón colgaba la jaula del pájaro. Se le dijo que la avecilla no estaba de venta, que era un regalo de un amigo, y mil otras razones. Pero Rakoski abrió una cartera atestada de billetes de banco, y con la seriedad que le era peculiar sacó un billete de cien pesos y lo ofreció á la dueña del pá-

jaro. Rehusó ésta, y don Lorenzo tomó cuatro billetes más y los puso en las manos de la dichosa poseedora de aquel nuevo *Fénix*. Titubeó ésta, y siempre sin proferir una palabra, completó aquel los mil pesos. Eso era ya tentar un Santo, así es que la señora descolgó la jaula y la entregó al silencioso Creso. Con el mismo mutismo llevó la jaula al Gran Hotel y la dejó sobre una mesa del salón. Delfina encontró su capricho satisfecho, pero le fué imposible saber á quien debía aquel regio regalo, porque Rakoski no contestaba á sus preguntas, contentándose con pronunciar èstas dos palabras: «pájaro de Picolina.»

¿Era amor lo que sentía don Lorenzo por la *Picolina?* El tiempo nos lo dirá, pues por lo que hace á saberlo de boca dèl polonés, sería empresa romana.

Su mismo criado Puk, negro de la Nubia, no sabía del polonés otra cosa sino que era muy rico, que había viajado mucho y que el Gobernador del Cairo, lugar donde el negro fué enganchado como sirviente, lo respetaba como á un Sultán.

Rakoski no tenía edad conocida, ni era posible calcularla, pues á veces parecía un hombre de treinta años y algunos días se le podían calcular cincuenta por lo menos.

Alojado en el Hotel de Vigne, en donde

ocupaba tres cuartos, jamás dirigió la palabra á sus compañeros de mesa, lo cual no era extraño en su carácter, y menos si se tiene en cuenta que rara vez bajaba al comedor, prefiriendo por lo común, comer sólo en el saloncito.

Puk, contestaba á los curiosos con esta frase invariable, «señor amo, mucho bravo, mucho rico y mucho fumar cigarros.»

## II

La noche de la fiesta de que nos ocupamos, llamaba también la atención otro personaje extraordinario, pero no desconocido en la sociedad. Todo lo contrario, era Julio Espinosa el más arrogante joven de San José, simpático, valiente y liberal: era imposible conocerlo sin admirarlo. A lo dicho debe agregarse que había recibido una educación perfecta y heredado un cuantioso caudal de su madre, que hacía dos años había muerto.

Delfina conocía parte de la vida de Julio por las cartas que sus amigas le escribían al colegio, así es que su primera pregunta al desembarcar fué si ya el hermoso León josefino había contraído matrimonio. Gran placer experimentó al saber que Julio aun era libre y que si cortejaba á todas las mujeres no se distinguía con ninguna.

Cuando se lo presentaron, Delfina manifestó gran asombro, porque afirmaba que ya lo conocía y que aquella figura le era familiar, etc. Esto provenía de que una de sus amigas le había mandado su retrato, diciéndole que aquel era su novio pero dándole un nombre diferente. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que al conocer á Julio, Delfina sintió dos sensaciones opuestas, inexplicable la una como la otra. Esta, suave y deliciosa, nacida de la corriente simpática que la naturaleza establece entre los seres que se asemejan por la belleza moral ó física. Aquella, desagradable porque pronto comprendió que el interesante y hermoso joven que atraía su voluntad, amaba ya á otra mujer. ¿Por qué el amor, siendo una emanación de Dios, no es como éste, justiciero y equitativo? El amor para ser justo debiera siempre ser recíproco, ó lo que es lo mismo, correspondido. Pero es el caso, que el amor es lo que ha sido y lo que será: está en su esencia ser caprichoso, aventurero y sobre todo ingrato y cruel.

## III

*Mi querida amiga*:

Ofrecí no ocultarte nada de mis primeras impresiones al volver á mi país natal. Cumplo

mi promesa asegurándote que si es dulce morir por la patria, no lo es tanto vivir en ella; sobre todo, si la patria no es París y carece de teatros, de paseos y de ruido. Si querida amiga, me hace falta el ruido, el Bosque de Boulogne y hasta el lodo amarillo de París. San José es muy triste, muy pequeño y destituído de todo lo que hace amable la vida; desde que llegué me muero de fastidio, y mamá me obliga á decir todo lo contrario. Papá me lanza miradas regañonas cuando suspiro y me duermo, viendo pasar las carretas llenas de sacos de café y tiradas por bueyes. ¿Qué será de mí? A veces deseo morirme porque creo que el Paraíso debe parecerse á París, ó por lo menos á Viena. Ya hemos convenido en que el infierno debe estar en Londres ó en Berlín, el purgatorio en la pensión donde nos hacían estudiar en invierno muertas de frío, y nos prohibían acercarnos á la estufa; mas lo que tú no sabes es que el limbo es San José..... Yo creo que voy á atrapar una enfermedad si Dios no se apiada de mí. A propósito, te noticio, que con nosotros vino de Europa un polonés tan feo y tan meloso que empalaga. Eso sí, es rico, muy rico. A veces me pregunto si en cambio de vivir en París, me casaría con ese estafermo, y te confieso..... no, no te confieso nada, porque de seguro que no me casaría con él. Aún no he tratado

la alta sociedad de San José, pero mañana me aburriré atendiendo á mis compatriotas, pues hemos preparado una gran recepción. ¡¡Qué fastidio tener que bailar y hablar con los señoritos de mi tierra!!—Tuya, *Delfina.*

—

*Mi Delfina:*

Imposible que pueda existir el fastidio á tu edad viviendo en ese país encantado. Tu linda cabecita debe sufrir alguna enfermedad, para decir que en esa América pueda una joven dejar de vivir en un continuo ensueño. ¡¡Los volcanes arrojando fuego y bocanadas de luz roja y blanquecina!!....Los ríos caudalosos, como los mares europeos!! y las tempestades trasladando pueblos y montañas de un punto al otro del territorio.

Vamos Delfina mía, tu te chanceas y te burlas de mí. Cuando pienso que tú te meces como Virginia, en gigantescas hamacas que cuelgan de palmeras centenarias, y que tu sueño lo arrullan los cantos de las aves del paraíso, y que tu Pablo en vez de pálidos *bouquets* de mustias flores, te saluda en las mañanas con monstruosos ramilletes que los leones del desierto y las panteras de los bosques, por orden de su dueño, depositan á tus pies!! El

amor en la zona tórrida debe de ser una pasión sin medida, un fuego atizado por los huracanes y mantenido con la combustión de selvas compuestas de árboles titanes. Nuestros hombrecillos medio calvos, raquíticos y corrompidos, deben parecer fantoches comparados con los gallardos, robustos y sanos hijos de la naturaleza.

Por lo que hace á tu polonés Rakoski, le condeno sin verlo y te aseguro que serás desgraciada si llega el infortunio á ponerte en sus manos. No lo conozco ni quiero conocerlo. Bástame saber que no es joven, y que su origen se pierde en la noche de los tiempos de Polonia. Adiós *enfant gaté*, no olvides á tu primera y mejor amiga, según dices.—*Mlle. Roquevall.*

—

*Mi querida amiga:*

Comenzaré como los banqueros. «Está en mi mano tu apreciable, etc., etc. y luego seguiré preguntándote. ¿Crees acaso que la América de hoy es la de Pizarro ó la de Hernán Cortés?

La América actual no tiene selvas vírgenes, ni cedros centenarios, ni mucho menos Pablos y Virginias. Los gomosos de aquí son tan semicalvos y afeminados como los de París. Los volcanes arrojan cenizas y lodazales en vez de luceros ó torrentes de luz. ¿Por qué no me feli-

citas por el pintoresco vestido de plumas á la moda de Adan y Eva, que antes usaban las indias nativas? Dejemos esas revistas retrospectivas de la tierra de Colón y vamos á lo real y cierto.

Pasó la fiesta inaugural, y en verdad que todo fué mejor de lo que yo esperaba. No creía tan adelantada la sociedad josefina. No me faltó mi arete: el señor Rakoski.

Ahora voy á hacerte una agradable confidencia. De los jóvenes leones que me acosaban con sus obsequios, ninguno me llamó la atención. Pero entre los concurrentes no pude menos que fijarme en cierto caballerito cuya distinción y buenas maneras me sorprendieron; Julio Espinosa. En lo físico es muy parecido á Máxime du Thiel, tu primo, pero es más alto y de un moreno á lo moro. Puede ser que su indiferencia conmigo fuera su principal mérito, pero..... no, es indudablemente más bien formado y mejor organizado que los otros de su especie.

No vayas á pensar que esta confidencia se reduce á la descripción del señor don Julio. Mi secreto es otro, y me da pena confiártelo; allá va pues. En mi anterior te digo que estaba muerta y así era la verdad en aquella sazón; hoy no veo tan negra la vida. Después de la fiesta, me ha parecido más puro el aire de

esta ciudad, y las casas las encuentro menos viejas y feas. La nostalgia de París, ha pasado del estado agudo, al crónico..... No te rías con tu modo burlón de tu pobre amiga..... prefiero que te burles de Rakoski, para lo cual paso á contarte la siguiente aventura. Mi novio *in partibus* pidió un baño caliente en el Hotel de Vigne. El criado Puk, se distrajo y cerró la llave por donde viene el agua fría y dejó correr la caliente creyendo hacer lo contrario. Avisó al amo que estaba listo el baño; Rakoski se desvistió y entró al baño con decisión. Caer en el agua y comenzar á asarse fué obra de un segundo. Saltó el polonés fuera de la tina, rojo como un camarón, y con una voz estertórea llama á Puk; acude éste y apenas entra al cuarto es cogido por Rakoski y sumido en la caldera hirviente con casaca y todo; bramido horrendo del criado y alarma general en el hotel; médicos, cirujanos, la policía y los pasajeros rodean á los dos imbéciles..... y todo concluye por dos botellas de Champagne que se aplica el polonés para olvidar su *desventura*.

A propósito de ventura. ¿Sabés que Espinosa es un joven agradabilísimo y simpático? No por eso creas que me deslumbra; todo se reduce á recordar que en la tierra de los ciegos el tuerto es rey. Adiós y dime que piensas de tu—*Delfina*.

## IV

En la calle de Chapuí en una de sus mejores casas. habitaba hace como dos años una pareja que remeda la dicha. Don Roque Alvarez y su esposa doña Inés Monte Blanco. El primero frisa en los cincuenta años, la segunda cuenta apenas veinte. Don Roque es grueso, negociante, fresco aún de color, pero sus cabellos grises. cortados en forma de cepillo de ropa le dan un aspecto duro y medio militar, mientras que doña Inesita es todo cuanto se puede ser de femenina, delicada y vaporosa. Casada con don Roque sin amor, pero sin repugnancia, creyó beneficiar á su familia con ese cuasi sasacrificio. Ella esperó amar ó al menos estimar y respetar al que le dió su fe y su mano, porque nunca había sentido latir su corazón por varón alguno, y quizás habría llegado á ese punto, si la fatalidad no se hubiera atravesado para su desventura. Su marido no supo tampoco apreciar el tesoro que la suerte le proporcionó. Rodeando de lujo y esplendor á su esposa, creyó decir la última palabra y sobrepasar sus deberes mundanos. Tal vez las circunstancias habrían dado razón á don Roque si un suceso insignificante no hubiera cambiado en infierno anticipado, el modo de ser frío y tranquilo de los esposos.

Alvarez era poseedor de un hermoso caballo retinto que era objeto de la envidia de todos los hombres del *Sport* josefino. Julio Espinosa vino á casa de don Roque con objeto de ver y comprar la hermosa bestia. Para probarla quiso dar un paseo; pero cuando estuvo firme en los estribos el fogoso animal dió tales saltos que en uno de ellos cayó sobre el ginete. Esto ocurría frente á la casa del señor Alvarez y á presencia de doña Inés. Alzado sin conocimiento y con la apariencia de un cadáver, Julio fué conducido á un cuarto de la casa, donde el médico le dió los primeros auxilios. Aunque sin fractura de hueso, el accidente fué de bastante gravedad para imponerle algunos días de cama é inmovilidad. Durante ese tiempo doña Inés curaba al enfermo, y éste entre delirio y delirio pensó encontrarse en el Elíseo, al contemplar en la semi oscuridad del cuarto, aquella suave y angelical figura, que le curaba con la delicadeza que sólo tienen las mujeres. Cuando el médico manifestó temores de una gangrena, los habitantes de la casa dieron por muerto al pobre Julio. Nada tenía, pues, de raro ni de extraño que doña Inés sintiera un interés profundo por aquel ser que estaba en inminente peligro de dejar de existir, cuando todo le prometía vida y amor. La comparación entre su marido y aquel joven moribundo era de tal ma-

nera desfavorable al primero, que no era posible reprocharle un interés tan natural é inconsciente.

Esto pasaba algunos meses antes de la fiesta de que nos hemos ocupado. Si Delfina hubiera tenido más tiempo y algunos datos, habría notado esa noche la presencia de doña Inés en el baile y la profunda pasión que por ella sentía Julio Espinosa. No porque él la manifestara de un modo cualquiera, sino porque la presencia de Inés trasformaba de tal manera la fisonomía del joven, que con algún antecedente, un observador no podía equivocarse. Julio, no sólo respetaba el estado de Inés, por ser casada y llena de virtudes, sino que aun suponiéndola soltera y libre no era doña Inés de esa clase de mujeres que animan y facilitan las declaraciones amorosas.

## V

En la calle del Seminario que desemboca á la plazuela de la Soledad, unas cien varas antes de llegar á ese lugar, en una pobre casita de un piso, habita una familia numerosa que en otra época fué rica y llena de prestigio, pero que en la crisis mercantil de 1882 se arruinó completamente y tuvo que abandonar sus

relaciones y costumbres de *confort* para aislarse y vivir en una pobreza rayana en miseria. Componíase esa familia, del padre, don Juan Escoto, cuatro niños de doce á veinte años y tres niñas. De su antigua opulencia sólo conservaron una prenda más rara que el oro y los diamantes, una sirvienta, modelo de fidelidad: Narcisa, que así se llamaba la humilde criada que siguió á sus amos en sus sufrimientos como los había acompañado en sus goces. Narcisa era la providencia de la familia. Ella buscaba costura para las niñas, trabajo para el joven Alberto que se ocupaba de copiar música; y algunas veces ropa para lavar que era el oficio preferente de la generosa criada. Los primeros años los pasaron vendiendo y rifando algunas alhajas, muebles y trajes, mas en los últimos tiempos, no bastaba el trabajo de todos para pasar ni aun pobremente. En esa situación el padre consiguió que le vendieran á plazos un terreno de seis manzanas, propio para café, con la condición de que le darían el título cuando acabara de pagarlo. A sembrar esas seis manzanas dedicó el jefe de la casa todo cuanto ganaba y algunas sumas prestadas. Durante tres años se logró mantener limpio el terreno ya sembrado, pero para esto fué preciso que el mismo padre, los niños y aún Narcisa tomaran la pala y el rastrillo, pues la esperanza

era grande si se lograba llegar á la segunda cosecha ó cuarto año. El último semestre fué preciso vender hasta los libros de la familia; pero el fruto estaba ya pendiente.

Los conocedores calculaban en ciento cincuenta fanegas la próxima cosecha, que era la segunda. Se trataba pues de tener la enorme suma de tres mil pesos ó sea una renta media de cien pesos mensuales.

Entre los acreedores de la familia, un avaro que había prestado con interés de dos por ciento al mes la última suma para el cultivo, se presentó cobrando capital é intereses cuando iba á comenzar la cogida de la *gran* cosecha. El padre salió á buscar comprador, lo cual es muy facil encontrar cuando la fruta está á la vista. Pero al llegar el comprador á examinarla, llegaba también un Juez Ejecutor á embargar preventivamente la pequeña finca, con lo que se retiró éste y los demás postores. El depositario nombrado por la justicia, continuó haciendo la cosecha por cuenta del acreedor ejecutante. La familia desesperada, se encerró en la habitación, las mujeres á llorar y los hombres á esconder su vergüenza y sufrimiento. Narcisa, tomó las calles por su cuenta y fué á solicitar á todos los hoteles y casas donde lavaba ropa y tomaba costuras. Tres días pasó en ese cruel ejercicio, recibiendo ne-

gativas, unas groseras y duras, y las mejores, llenas de hipocresías y de mentiras. Cualquiera que conozca un poco San José, sabe cuan inútiles son los pasos de una persona pobre para salir de un apuro de estos. Narcisa colérica, á veces cerrando el puño, otras llorando bajo su rebozo, no perdía la esperanza. El cuarto día en la mañana ocurrió donde un costarricense rico que en otro tiempo había recibido grandes favores y pedido y aceptado servicios de importancia de la familia afligida. Se le contestó que no molestara más con sus instancias; que su patrón tenía la culpa porque se había metido á agricultor no teniendo ni aun con que mantenerse. Que las locuras de la familia tenían que parar en ese resultado, etc., etc. y otras linduras por el estilo.

Narcisa, furiosa salió sin despedirse y venía por la plaza de la Merced echando pestes contra los ingratos, cuando maquinalmente dirigió su vista al parquecito y frente al hotel Vigne. En el balcón estaba sentado en una poltrona mecedora el señor Rakoski. Narcisa lo contempló un momento, recordó que la voz pública lo tenía por riquísimo, y sobre todo, pensó que no siendo de este país, podía probar fortuna con él y entró decididamente al hotel. La muchacha había recibido del criado del polonés las camisas y pañuelos para lavarlos; así

es que Puk la conocía. «Preséntame á tu amo» dijo al negro nubiano, y empujando á este se presentó de plano á nuestro amigo Rakoski. Narcisa titubeó un momento; pero sacando fuerzas de la situación desesperada en que estaba, le suplicó la oyera unos instantes. La generosa sirviente relató en pocas palabras la historia de la familia en desgracia. Cuando llegó al acto del embargo, el polonés dió de patadas en el piso y se puso rojo de ira. Al concluir Narcisa, Rakoski, retinto, nervioso, se levantó, entró á su cuarto y tomó un paquete de billetes de Banco que puso en sus manos. «Mujer buena usted, le dijo, gente miserable aquí; yo no querer documento, yo dar á usted esto; y sin más, tomó el sombrero y salió á escape á la calle. Encontró un coche y lo tomó para alejarse de Narcisa. Esta salió casi loca de contento. Tres mil pesos había en el paquete. Inútil es decir que con esto se salvó la finca.

## VI

*Mi querida amiga:*

¡¡Un mes ha pasado desde mi última carta; me parece un año, tantas cosas han pasado cerca dè mí!! París se aleja, ó mejor dicho, yo me

alejo de París, de Francia, de Europa. Todas mis impresiones, todo mi mundo se ha limitado á San José. Tenías razón mil veces cuando afirmabas que en la zona tórrida las pasiones son abrasadoras, rápidas y destructoras. ¡¡Cómo, hace un mes no conocía yo el amor ni tenía idea de otra afección que la filial y la de la amistad, y hoy siento un fuego interior que devora todo mi ser. Esta ciudad que tan triste me parecía, la encuentro ahora llena de vida, y más que todo, llena de *él*. París, ¿que es París sin *él?* Yo no lo he visto á él en París, así es que de esa gran ciudad nada me atrae, ni tú misma, porque tú no eres él. Sí mi pobre amiga, hay aquí un hombre que no se parece á ninguno otro: ya sabes quién es, Julio Espinosa. ¡Qué hermoso hombre! Yo he visto esa figura varonil en algún otro mundo. ¿Será verdad que hemos vivido antes en otros planetas, y que de esa vida nos quedan algunos recuerdos, vagos, oscuros y sin detalles? Me dirás que un mes es muy corto tiempo para hablar de *pasión*. Puede ser. En San Petersburgo no será extraño que dos personas se contemplen durante diez años, y necesiten otros diez para llenarse la una de la otra. La nieve alcanza allá hasta el corazón. Aquí se vive poco, muérese uno joven, y el sol madura los sentimientos en una semana. Hay que apresurarse á vivir, á gozar y á sufrir an-

tes que venga la generación siguiente á empujar porque necesita el campo. Creédme Alice, puede ser que la suerte me prepare muchos dolores; pero hasta hoy, correspondida ó no, vivo feliz con ese suave calor que siento en mi pecho. Ahora vivo un año cada día y mi sensibilidad se ha centuplicado. ¿Te acuerdas cómo me reprochabas el que no prefiriera alguno de los colores ó matices en las flores? Pues hoy decididamente soy partidaria del color de paja tierna. Sabes porqué? Porque él prefiere y usa el chaleco, la corbata y aun el traje completo, de ese color. Qué pensará *él* de mí! Pronto lo sabré y te pondré en el secreto. Adiós, ó más bien *au revoir*. Dentro de esta carta van mil besos.—*Delfina.*

—

*Estimado Roberto:*

Me pides algunas noticias de esta capital y muchas de mi persona. Allá van ambas cosas. En nada he variado desde la última vez que estuviste conmigo. Sigue mi *ad latare* acompañándome á todas horas. Recuerdo que varias veces me has preguntado, por qué un hombre inteligente como yo (y dispensa la modestia) puede estar la mayor parte del tiempo en com-

pañía de un tonto tan retonto como Andrés Cordón; y que te he dado varias razones que no te han convencido. Ahora pienso que quedarás contento. Primero: sufro á Andrés por no mortificarlo echándolo á la calle cuando estoy en casa; y en la calle, porque es libre y puede y tiene derecho de ir por donde yo voy. Segundo: porque es un periódico de carne y hueso, y me basta decirle lo que me conviene que alguien sepa, para que el mismo día se lo comunique. Tercero: porque este pobre imbécil se mete en todas las casas decentes y me pone al corriente de todo cuanto me interesa en ellas; y finalmente, fuera de otros motivos, porque el babieca de Andrés me sirve á veces de *pareja*, ó como dicen los franceses, para darme una *centenance* ó pretexto para reir, enojarme ó dar ciertos pasos inexplicables.

Pero así como no hay sujeto por malo que sea que no tenga algo bueno, ni persona por buena y perfecta que no tenga su manchita ó defecto, Andrés, á pesar de la variada factura de ridiculeces y malos hábitos que lo distinguen, tiene una cualidad, una sola, pero que compensa todas sus babiecadas: es un buen hijo que respeta y venera á su madre *valetudinaria*. Para ella guarda sus economías y quizás todas sus afecciones. Ya ves, pues, que ese tipo que tanto desprecias tiene algo que lo res-

cata y lo hace digno de..... no echarlo á la calle. A otra cosa.

De mis penas de corazón, nada puedo comunicarte.

Don Roque me atráe á su casa con la misma insistencia que antes, mas yo no aprovecho su generosidad porque preveo una catástrofe. En efecto, ¿cual puede ser el resultado de mi amor desesperado por doña Inés? No me queda más recurso que salir del país y alejarme de ella. Todo cuanto hago por olvidar á esa mujer tan virtuosa como llena de gracia y seducción, es inútil. ¡Donde quiera que estoy veo su imagen adorada! ¡Cuando pienso que esa mole de manteca es dueño de ella!....

Hablemos algo de tí. Elena Escoto sigue siendo el consuelo de su pobre familia. Hace algunos días pasaba con algunos amigos por el terreno de don Juan, á tiempo que la interesante niña llegaba á pie con su hermanita y traía la comida á su padre. Este con su pala y machete limpiaba la tierra como lo haría un peón ó trabajador ordinario. ¡¡Cuando pienso que ese mismo sujeto, en otra época, se hacía conducir en *landó* tirado por caballos ingleses, y hoy su hija usa calzado de dos pesos y hace y lleva ella misma la comida á los suyos!....

La gran fiesta anunciada donde los Rosales, pasó como pasan todas las cosas. Elena Es-

coto no asistió, aunque fué invitada la familia, por que no tenía el traje que tales concurrencias exige. La reina del baile, según los periódicos, fué la señorita Delfina, que hoy es la manzana de la discordia de San José.

No se puede negar que es una linda joven y muy elegante y graciosa. Con ella ha venido de Europa un Creso gigantesco que derrama el oro como agua. Las malas lenguas dicen que es pretendiente de Delfina y que á ella no le disgusta esa unión que la hará millonaria. Muy bien, y que Dios los conserve en su santa gracia, aunque hubiera preferido que ella se casara con un hijo del país..... pero en realidad, poco me importa.

¿Sabes que el tal Rakosky (que así se llama el novio de Delfina Rosales), me fastidia y me ataca los nervios? ¡Pues no ha tenido el atrevimiento de mirar con demasiada insistencia á doña Inés de Alvarez! ¿Se figurará ese hipopótamo que por que es rico puede ser digno de la atención de ella?

Te aseguro que si trata de emprenderla con la señora de Alvarez, le moleré á palos ó le cruzaré las costillas á chilillazos.

La miel no se hizo para las lechuzas. Con que hasta la vista.—*Julio Espinosa.*

## VII

En la anterior correspondencia encuentran nuestros lectores dos personajes que le son desconocidos: Roberto Delgado y Elena Escoto.

Roberto es un amigo de infancia de Julio Espinosa. Elena es la hija mayor de don Juan Escoto, conocido en el incidente cuya heroína fué nuestra simpática Narcisa. —Elena, que parecía destinada á la felicidad por la fortuna de su padre, sus gracias físicas y sus dotes intelectuales, comenzó á marchitarse y á declinar en su modo de ser altivo é independiente desde que don Juan suspendió sus pagos. Fresca y lozana, alegre y espiritual cuando era obsequiada y distinguida por los que la rodeaban, su naturaleza delicada y sensible debía resentirse mucho ante la humillación y sufrimiento de su familia. Irritada su sangre noble y generosa ante una sociedad metalizada y de un realismo exajerado, no aceptó ni se resignó sin lucha dolorosa á la humilde situación que el destino la deparaba. La miseria no la ofendía por las privaciones materiales que son su inmediato resultado, sino por las consecuencias que ella trae á sus víctimas, sujetándolas á despreciables traficantes de la desgracia y de la adversa fortuna. El desencanto de la vida y la falta de fé en las personas y las cosas trae

siempre consigo el desequilibrio físico, el mal estar y las enfermedades del cuerpo y del alma.

Elena, el perfecto tipo del sexo bello, débil, indefenso y confiado, tenía plena fe en las prerrogativas de la debilidad, de la belleza y de la virtud. Jamás se le ocurrió que la pobreza la expusiera á otras pretensiones que á las de gentes iguales en educación y posición social á la suya.

Roberto Delgado, joven decente, bien educado y muy trabajador, había merecido la atención de Elena, después de mucho tiempo de un cortejo delicado y discreto por parte de aquel. Nada parecía, pues, oponerse á ese tranquilo amor cuyo fin debía ser una unión legítima. Pero, la amistad con Julio Espinosa lo obligó á tratar, aunque con repugnancia á un joven despreciable y peligroso por su ligera lengua: Andrés Cordón, especie de anfibio con figura de varón, hábitos afeminados y costumbres de gañán. Andrés colocaba su orgullo en que se le viera en compañía con lo mejor de la sociedad, lo cual nada de malo tenía, sino fuera que no pudiendo alternar con los jóvenes que sobresalían por su talento ó por su posición especial, acudía á medios de dudosa moralidad para hacerse notable. Si en una casa respetable oía hacer grandes elogios de una persona, Andrés, en su deseo de que lo tuvieran por íntimo

amigo del nombrado, inventaba cualquier historia que ponía en boca de su amigo, sin calcular jamás las consecuencias que aquello pudiera tener.

Así fué como logró malquistar á Delgado con la familia de Escoto. Don Juan se complacía una tarde en detallar las brillantes cualidades de Roberto. Andrés creyó que se engrandecía y levantaba afirmando que era amigo íntimo de tan excelente sujeto, y para probarlo se le antojó relatar una conversación que había tenido con Delgado, ignorando las relaciones que existían entre él y Elena. ¿Y qué dice Roberto,? preguntó don Juan?

—Roberto, que todo me lo consulta y confía me dijo que si no se casaba con Delfina Rosales, prefería quedarse soltero.

Esta falsedad produjo en la honrada familia el efecto de una centella. Elena quedó anonadada. Don Juan no dijo una palabra más, pero se podía notar en sus ojos el sombrío furor que lo devoraba. La madre bajó la vista y lloró silenciosamente. Sólo Andrés continuaba escarbando la herida con la tranquilidad y desenfado del bruto inconsciente.

Su inteligencia no era bastante clara para hacerlo caer en cuenta del mal que había causado. Para sellar su tontera supina concluyó con una estrepitosa carcajada y se despidió con

la vulgar frase: «que se diviertan y buenas noches».

La primera vez que se presentó Delgado á la familia, notó una reserva extraña y reticencias incomprensibles; mas, estaba á mil leguas de adivinar el motivo. Pensó que alguno de los frecuentes sinsabores nacidos de las penosas circunstancias que los rodeaban, producía el mal estar de Elena y de sus padres. Se retiró temprano. En la visita siguiente, Elena no salió al salón, pretextando enfermedad. En ese estado estaban las cosas cuando ocurrió la fiesta de los Rosales á que no asistió la familia Escoto. Ya hemos visto á lo que atribuyó Espinosa la ausencia de Elena. Mas la verdadera causa la conoce el lector.

## VIII

—No es posible comprender un carácter como el tuyo, Inés. Despreciar un asado tan gordo y apetitoso para mantenerse con tostadas de pan y granitos de arroz; eso es absurdo é inexplicable.

—No veo que sea absurdo alimentarme con las cosas que me agradan, don Roque, como no encuentro nada de particular en que á Ud. le gusten las comidas sustanciosas. Eso depende de nuestra diferente organización.

—Qué organización ni qué tonterías son esas, también dirás que no sientes celos porque así estás organizada y sin embargo, los celos son una cosa natural en las mujeres y á veces en los hombres.

—No conozco ni comprendo los celos, don Roque, porque ellos son consecuencia las más veces del amor propio ofendido, y yo no me creo ofendida porque otras mujeres le llamen á usted la atención. Si al contrario, son ellas las que se fijan y lo distinguen á Ud., lejos de mortificarme, me envanezco de tener por esposo á un hombre que guste, si es posible, á todas las mujeres.

—Nada de eso; no señora, me engañas ó te engañas tú misma. No sientes celos porque nunca has sentido amor por mí. Si me quisieras, te sería muy duro que á mi me gustara otra mujer. No soy tan tonto para no comprender mi situación.

—Por mi parte, no puedo negar que las atenciones que te dirige ese animal del polonés llamado..... Rakosky ó cosa parecida, me irritan ó encolerizan.

—Es cierto; pero no son los celos los que producen esa irritación y esa cólera; el orgullo y la vanidad heridos son el móvil de sus molestias con un hombre que jamás me ha mirado siquiera. Ud. se molesta con el señor Rakoski

porque supone que el público nota esas atenciones y se figura que Ud. es un marido burlado; más en todo esto no hay amor. Si tal hubiera los celos de Ud. probarían poca estimación y poca confianza en los principios con que he sido educada.

Como se ve de la conversación anterior, doña Inés daba á su esposo el tratamiento frío y respetuoso de *Ud.*, que es mal síntoma por lo general. Don Roque usaba del *vos*, provincialismo quo equivale al *tú*, pues en este país solo se *tutean* las personas cuyas relaciones íntimas tienen por origen el amor, la amistad ó el parentesco muy cercano. Y como mi objeto al escribir esta historia no es otro que el de dar á conocer nuestras peculiares costumbres y modos de ser haré uso de esa antigramatical manera de hablar, por más que ella sea nueva y desagradable para oídos extranjeros.

Al concluir doña Inés su última observación con respecto á los celos, el criado anunció á sus amos algunas visitas que esperaban en el salón. Don Roque saludó afectuosamente á los jóvenes Julio Espinosa y Roberto Delgado y volvió adonde su mujer nombrándole las visitas. Doña Inés que ya venía para el salón, al oír el nombre de Julio, en vez de continuar regresó á su cuarto instantáneamente y sin darse cuenta de sus pasos se acercó á un espejo, delante

del cual se arregló el peinado, se alisó las cejas y tomó su abanico.

Cuando llegó á la sala de recibo, encontró á don Roque dando sacudidas de manos á ambos jóvenes. Doña Inés saludó con despejo y naturalidad. Espinosa no pudo articular palabra alguna, limitándose á una respetuosa cortesía, después de la cual habló de todo, principalmente de la lluvia, del tiempo y de la luz eléctrica que esa noche estaba ausente. Delgado que conocía el secreto del mutismo de su amigo procuró distraerlos á todos con sus picantes y oportunas frases, dirigiendo de vez en cuando una expresiva mirada á su amigo para recordarle su posición. Por lo que hace á don Roque, tan susceptible cuando se trataba del señor Rakoski, no se le pasaba por las mientes que el verdadero, el terrible rival y enemigo de su quietud y de su felicidad lo tenía tan cerca y tan amenazante. Pobre don Roque, á Julio que era el preferido, no perdía ocasión de traerlo á su casa, de acercarlo á doña Inés y aun de obligarla á salir á paseo y al teatro en su compañía.

La conducta de don Roque era tan natural y de tal modo se ajustaba á lo que habitualmente sucede en casos semejantes, que casi no nos atrevemos á burlarnos de su *buen carácter*.

A las nueve de la noche el criado anunció á doña Elvira Río Seco, su hija Delfina, don

Andrés Cordón y don Lorenzo Rakoski. Don Roque cometió la grosera imprudencia de no dar la mano al último; pero este no se dió por entendido y tomó posesión de una butaca junto á doña Inés. Una estrepitosa carcajada de Andrés sin motivo alguno, puso de buen humor á la concurrencia. Rakoski, serio y grave preguntó al joven Cordón «¿porqué Ud. reirse solo?» La contestación fué una nueva carcajada acompañada de manoteos y golpecitos en el hombro de Rakoski. Este tomó la mano de Andrés, diciéndole: «Ud. no tener el derecho á tocar mi; eso solo hacerlo los amigos y Ud. no tener ese honor».

Mientras unos celebraban la lección recibida por Andrés y otros reprochaban la dureza de Rakoski, se cruzaban en el salón tres corrientes eléctricas tan potentes que á haber sido ofensivas habrían destruído y aniquilado el edificio y á sus habitantes; una partía de los ojos de Julio y terminaba en la dulce figura de doña Inés; otra salía del alma de Delfina dirigiéndose á Julio, y la tercera menos persistente que las anteriores pero más cargada de tempestades venía de Rakoski y moría en derredor de Delfina.

Hé aquí el cuadro que con más frecuencia nos presenta la sociedad. El amor naciendo donde no se le espera, caminando para donde

nadie lo sigue. Inflamándose sin motivo, y desapareciendo cuando está más robusto. Se dice que el amor atráe al amor; nada de eso, el amor ve menos que los ciegos, oye menos que los sordos y disparata más que los dementes. El amor es cometa cuyo origen, derrotero y velocidad son desconocidos.

Delfina notó por primera vez, la pasión que consumía á Julio, y, para su mayor tormento, le fué preciso convenir en que doña Inés era digna de tal fuego. Como ella no podía figurarse que hubiera mujer que desdeñara los obsequios de Julio, no dudó ni un instante que doña Inés correspondiera á tan natural afección. Respecto á don Roque, nos preguntaremos ¿por qué no se fijaba en la conducta de Julio respecto de doña Inés y si era atraído por la más pequeña muestra de cortesía de Rakoski para su señora?

Porque el pobre mercader y negociante no había de ser excepción de la regla de que siempre la humanidad se cura del mal que no tiene, y descuida el que de veras le carcome.

Rakoski comprendía que algo extraordinario pasaba en aquella reunión, al parecer tan apacible.

Para dar un poco de animación á los concurrentes, suplicó á *Picolina* que cantara, alguna romanza.

Delfina no se hizo rogar, pero manifestó que no podía acompañarse ella misma sin papel. El Polaco le suplicó que recordara alguna canción nacional. Luego dirigiéndose á Julio le rogó que acompañara á la *Picolina*. Espinosa, maquinalmente dejó su asiento y se acercó al piano. Andrés se creyó en la obligación de ofrecer su brazo á Delfina y la condujo al lado de Julio.

Ni Delfina ni Julio eran artistas pero siendo el arte y la poesía el resultado del sentimiento, aquellos dos corazones que rebosaban pasión, debían ser manantial de notas sublimes. En efecto, el piano, generalmente tan prosaico, cuando Julio comenzó á pulsarlo buscando un prólogo ó pleliminar á la música que iba á ejecutar, no parecía una máquina de sonidos: lloraba, si se nos permite esa expresión, y de las manos de Espinosa se desprendían verdaderos lamentos de melodía y de tristeza.

Delfina ya conmovida, dejó la tierra y se trasportó al país de las ilusiones sin término. Su voz, temblorosa al comenzar, fué tomando tales entonaciones, que atrajo involuntariamente las miradas de su acompañante. La letra de la canción fué compuesta en San Ramón en 1881, por el joven costarricense don David Hine y la música por el malogrado artista don Manuel Gutiérrez. La primera es como sigue:

## ¡¡PERDÓN!!

Yo te adoraba, sí, y el fuego lento
De la pasión más grande que he sentido
Aumentaba en mi pecho entristecido
La acerba pena de un resentimiento.
Perdón, mi amor! perdona si atrevido
Quise arrancar de mi alma el sentimiento
Y darle libertad al pensamiento
Arrojando tu imagen al olvido.
Fué una esperanza vana é ilusoria
Yo no puedo existir sin tu mirada,
Yo no puedo vivir sin tu memoria;
Sin tu tierno cariño, Julia amada,
Yo no quiero virtud, no quiero gloria,
No quiero libertad, no quiero nada.

Más al segundo verso una lágrima ardiente se deslizó por la mejilla de Julio.

Delfina lo notó...... y si esa lágrima quemaba el cutis del uno, para la otra se convirtió en torrente de fuego que calcinaba el corazón, por que comprendía quién era, la que tal dolor causaba.

Rakoski que no podía explicarse lo que sentía, se dirigió á una ventana y la abrió para buscar aire. Andrés aplaudía y se reía diciendo: «qué divertida está la cantada». Doña Inés estaba pálida, con la mirada vaga, pero con la actitud plácida de la mujer esclava de su honor. Don Roque sentía un malestar desconocido y no separaba su vista de Rakoski. Delgado siem-

pre en su papel de modelo de amistad decía al que quería oirlo que Julio sufría una irritación en los ojos por lo cual parecía á veces como que lloraba.

En medio de este foco de sentimientos que anunciaban gruesas tempestades para lo futuro, se oyó un fuerte ruído en la puerta de la calle causado por los culatazos de varios fusiles al descansar ó apoyar las culatas en el suelo, á esto siguieron tres fuertes golpes en la puerta y una voz hueca, imponente, que llamaba en nombre de la ley.

Todos inmóviles y silenciosos, doña Inés fué á abrir la puerta y entraron sin miramiento alguno varios soldados, fusil en mano, precedidos de un capitán veterano. Este sin saludar ni aun tocarse el kepi preguntó quiénes eran los jóvenes llamados Roberto Delgado y Julio Espinosa. Ambos jóvenes se adelantaron manifestando ser ellos los nombrados. «De orden del General en Jefe, síganme señores».

Rakoski preguntó qué clase de autoridad era la que daba tales órdenes brutales, y el oficial encarándosele le dijo que nada le importaban semejantes asuntos.

———

## XI

El lector nos dispensará que suspendamos nuestra relación en momentos en que los señores Delgado y Espinosa fueron conducidos al cuartel principal, de orden del General en Jefe, y que lo trasportemos veinte años antes á una región muy apartada de San José, en donde ocurrieron acontecimientos que deben tener una gran influencia en el desarrollo futuro de la presente historia.

Allá por los años de 186.... los ómnibus de la estación del ferrocarril de Civitta-Vechia en Roma, conducían dos familias costarricenses al hotel de Minerva, situado en la piazza del mismo nombre, que era nada menos que el antiguo palacio Comti convertido prosaicamente en albergue ó posada, eso sí, bastante aristocrático.

Componían las familias antes indicadas don Juan Espinosa y su señora doña Adelaida Rincón servidos por una criada de Cartago llamada Florencia. La otra la formaba don Julián Rosales y su esposa doña Elisa Río Seco acompañada de dos sirvientes, Antonio, nativo del Mojón, y Teresa, josefina de pura raza. Ambos matrimonios completaban la luna de miel con un viaje de placer á Francia é Italia. Iban en estado interesante las dos señoras, casadas con sólo

tres meses de diferencia. Ambas muy ricas, la primera lo era por sí como heredera de un opulento español que murió en Honduras, y la segunda gozaba de los bienes de fortuna de su marido, comerciante y minero afortunado.

El temor de que una de las dos amigas pudiera alumbrar de un momento á otro decidió á las señoras á pasar algunos meses en Roma, mientras sus maridos hacían expediciones á Nápoles y provincias romanas. Instalados, pues, en el hotel de Minerva y visitados los principales puntos históricos de la ciudad eterna, Espinosa y Rosales partieron para Nápoles dejando muy recomendados á nuestro Ministro el señor Marqués de Lorenzana el cuidado de sus familias.

Ya solas, no salían del hotel más que algunas tardes en carruaje al Monte Pincio ó á la piazza del Pópolo. En las mañanitas recorrían á pie las tres calles aristocráticas de la ciudad que son la Rippetta, Babuinos y el Corso.—Pío IX, el último Papa-Rey, gobernaba entonces y nuestras compatriotas tuvieron ocasión de conocerlo y recibir su bendición apostólica.

Para comprender la terrible catástrofe que vamos á narrar, es precisa una corta explicación del carácter de don Juan Espinosa y de la especial posición que en su casa tenía Florencia, la cartaginesa, que servía á la señora doña Adelaida.

Don Juan Espinosa, hijo de un español de los últimos que sorprendió la declaratoria de la independencia de Centro América, tenía una de esas cabezas catalanas que prefieren aplastarse contra el acero que apartarse del obstáculo.—Buen corazón, amigo firme y decidido, era de todos apreciado, pero había mucho de temor en el respeto que lo rodeaba.

Florencia, acostumbrada á ver realizadas todas las amenazas que le había oído á su patrón, tenía por él una completa adhesión mezclada de temor. inexplicable respecto de ella, á quien siempre trató con gran benevolencia.

Al salir para Nápoles, Espinosa insistió encargándole sumo cuidado con su señora: «con tu cabeza me respondes de la vida de doña Adelaida» le dijo, quizá en chanza; pero Florencia no lo entendió así. El 2 de noviembre de 186.. la dichosa señora de Espinosa dió á luz un hermoso niño. Fué atendida por uno de los mejores médicos de Roma y rodeada de los cuidados de su amiga doña Elisa y de las dos criadas Florencia y Teresa.

La siguiente noche, á horas en que descansaban en sus respectivos cuartos ambas familias, Florencia se despertó á impulso de un malestar físico producido por el humo que penetraba en la pieza.

Abrió la ventana y nada de particular ob-

servó del lado de la plaza, por lo que volvió á cerrarla y quiso continuar su sueño interrumpido, más el humo entraba ya en cantidad bastante para notarlo aún á la simple vista. En esto empezó á oír los primeros gritos, alarmas y ruídos en los pisos bajos. Comprendió que el hotel estaba incendiándose y despertó á la señora. La impresión de ésta fué tan grande al ver el reflejo de las primeras llamas y el alboroto del incendio, que perdió totalmente el sentido. Los pasajeros que aún podían llegar á la gran escala de piedra, lograron salvarse, pero los que estaban del lado Norte, que tenían que atravesar un largo corredor para llegar á las escaleras de servicio y todo el hotel para acercarse á la grande, en su mayor parte fueron víctimas del fuego. Los bomberos hicieron prodigios de valor, pero á las seis de la mañana del día siguiente, que se dominó el incendio, faltaban siete personas de las que habitaban el famoso hotel. Entre ellas no pareció el niño nacido la víspera, esto es, el pequeñuelo que había dado á luz doña Adelaida de Espinosa. En cambio había nacido en medio de la catástrofe un precioso niño que después se llamó Julio y que fué sacado del hotel por la criada Florencia, salvándole la vida al hijo de sus patrones, á costa de dos terribles quemaduras una en la mano y otra en el hombro. Ambas señoras de Rosales

y de Espinosa fueron conducidas á una casa particular en donde se alojaban personas recomendadas. Las dos amigas se encontraban en un estado deplorable, principalmente doña Elisa que no podía consolarse de la pérdida de su hijo á quien no conoció siquiera. Entre los muertos, se encontró un cadáver calcinado en las ruínas de la parte quemada. Era el de Andrés el mojoneño.

Los señores Espinosa y Rosales retornaron tres días después de Nápoles: el segundo inconsolable y afligido por la pérdida de su hijo, y el peligro en que aún estaba su esposa, y el primero lleno de gratitud por la acción heroica de Florencia á quien no sabía como premiar tanta adhesión y valor. El restablecimiento de doña Elisa fué largo y penoso y apenas estuvo en condición de poder embarcarse volvieron ambas familias á San José. Y aunque más tarde repusieron la pérdida del niño quemado en Roma, con una niña, Delfina, doña Elisa maldice su estada en la capital de la cristiandad, y no se perdona el haber emprendido un viaje en las circunstancias en que lo hizo. Nuestros lectores conocen ya el dichoso *bambino* salvado por Florencia, que no es otro que el arrogante señor Julio Espinosa, hoy por hoy preso y encerrado en una de las piezas del Cuartel Principal que dan á la calle de la Catedral.

# XII

San José de C. R.—A. C.

*Señora doña Ana Worzinski.—Londres.*

En buen apuro te encontrarás al leer el nombre de la ciudad y de la República de donde te escribo.—Recordarás que al dejarte en Londres, te dí mi dirección en Madras para donde era mi intención tomar la mala de la India. Tu primera idea debe haber sido la de que en Madras hay un barrio que se llama Costa Rica y una calle llamada *San José*. Pero, después de buscar en el diccionario geográfico te habrás encontrado con trescientos San Josés, esparcidos en toda la América y España; después corres á la calle Costa Rica, y probablemente no has encontrado tal nombre, pues antes de venir á este país, quise una vez saber que tierra era la que le da su nombre á cierta clase de café que se toma en Londres, y encontré lo que sigue en dicho diccionario. «C. Rica ó P. Rico que es lo mismo; isla del Océano Atlántico en las Antillas mayores ó grandes Antillas; colonia española poco próspera, que produce café, azúcar y tabaco de mala clase, etc. etc.» Así es que en tu ánimo debo yo habitar una colonia española y

vivir entre mal tabaco, azúcar y café.—Dime si realmente has pasado por esa mistificación de los geógrafos.

Por mí parte te diré que si este pequeño país no es conocido de los geógrafos, él vale más que ellos. A Costa Rica nada le importa que no la conozcan esos copiadores de nombres, y ellos sí pierden mucho ignorando su existencia. Lo que saco en limpio es que el mundo está por descubrirse aún y que conozco muchísimos lugares en Europa cuya descripción llena los diccionarios geográficos y las memorias de los turistas, que no resisten la comparación con este país y que están habitados por pueblos muy inferiores al de Costa Rica en cultura, civilización, riqueza y fuerza vital.

Pero esto debe importarte poca cosa y debes estar ansiosa de saber las circunstancias que me hicieron abandonar mi viaje á la India y cambiarlo por el de América.

Llegué á Southampton y tomé un cuarto en el Royal Hotel. Al tomar el lunch en el comedor encontré haciendo lo mismo á una familia que se comunicaba en francés; pero claramente se veía que no eran franceses, tanto por el acento y modo de pronunciar el idioma, cuanto por ese color indescriptible que el sol de los trópicos imprime á los dichosos ó desgraciados habitantes de esta zona.

La familia se componía del padre, la madre y la hija, que era una joven que podía tener dieciocho años. Después supe que eran de la América Central, y se nombraban, don Juan Rosales, doña Elisa Río Seco y Delfina Rosales. Según parece, esta última me tomó por uno de esos ingleses excéntricos, maniáticos y medio dementes que tanto abundan en la Gran Bretaña; digo esto, porque desde que me vió lanzó una carcajada tan natural y exenta de afectación que sin quererlo empecé yo mismo á reír.

Esto redobló la hiralidad de la encantadora niña hasta el grado de verse obligada á tenerse el estómago y á enjugar las lágrimas que su ataque de risa le producía. Los padres de ella pasaban un mal rato con lo que ellos llamaban mala crianza de su hija. Es lo cierto que el señor Rosales se dirigió á mí dándome mil excusas por la inconveniencia de la niña. Yo las acepté riéndome y aún le manifesté que lejos de ofenderme, me agradaba mucho ver una joven tan cumplida y elegante abandonarse sin recelo ni segunda intención á los impulsos de una impresión primera. Repentinamente la fisonomía de la joven se cambió de risueña en seria y tomando una hermosa pera que coronaba un frutero de la mesa, besó dos ó tres veces la fruta y con el ademán más encantador y gracioso, se acercó á mí y me ofreció la pera

frescamente húmeda de sus besos.—En señal de reconciliación y amistad, me dijo, y haciéndome una cortesía á lo colegiala, desapareció.

Inútil es procurar explicarte la clase de impresión que esa preciosa niña produjo en mi ánimo, pues que yo mismo no he logrado explicármela.—Sólo te afirmaré que esa impresión fué inmensa, agradable, suave.—Parecía que su presencia derramase por toda mi alma un baño de dulce placer. ¿Es esto amor? No. porque los celos no laceran mi corazón cuando veo que otros la galantean y que ella prefiere ó ama á otros. Tiene algo del amor paternal, de la amistad: en fin, no se que fuerza oculta é irresistible me atráe hacia ella. Lo cierto es que, cuando ellos me preguntaron para donde iba, les respondí que casualmente éramos compañeros de viaje, porque yo pensaba visitar la América Central. Adiós, pues, la India y los elefantes y las zebras y los tigres de Bengala.

Me vine con la *Piccolina* y héteme aquí en San José de Costa Rica, hotel de Vigne, plazuela de la Merced, frente á la Iglesia del mismo nombre; país que agrada mucho á Puk, y al que solo le encuentra el defecto de ser muy cara la cerveza y el *gin*.—*Rakosky*.

———

# XIII

Julio Espinosa y su amigo Delgado, no comprendían la razón de su arresto, suponían que había de tratarse de asuntos políticos, pues la forma de conducirlos, no á la cárcel, sino á un cuartel, indicaba un procedimiento administrativo.

Como no estaban incomunicados, al día siguiente de prisión en la Artillería, recibieron numerosas visitas. Entre ellas, la de Rakoski, quien vino á ofrecer á los dos jóvenes, su persona y su bolsillo, si en algo lo necesitaban.

Andrés Cordón no podía faltar á exhibirse, dándose la importancia de un íntimo de Julio, que esa era su aspiración suprema.

Andrés estaba convencido de que viéndolo todo el mundo al lado de joven tan elegante, rico é inteligente como Espinosa, acabarían por colocarlo al nivel de tan brillante figura. Y lo triste es que no son raros los que piensan y viven como Cordón. En San José hemos visto á más de un tipo de esa clase La idea es peregrina, se acojen á los resultados de la asociación de ideas, y se dicen: «viéndome siempre al lado de fulano, en la calle, en el teatro, en los hoteles, tendrán que pensar en mi cuando

lo ven á él y viceversa, y así, poco á poco nos confundiremos.» Sucede también que, á la larga, con intención ó sin ella estos tipos copian las maneras, los gestos y los hábitos del modelo que se proponen imitar. Andrés Cordón lleva el bastón ó el paraguas en la mano izquierda por que así lo acostumbra Julio; pero éste lo usa así, porque es zurdo, mientras que Andrés le costó gran trabajo habituarse á cambiar el destino de la mano derecha. Julio Espinosa al saludar cierra el ojo izquierdo, lo cual va siempre acompañado de una ligera sonrisa, y Andrés ha oído á las hijas de Eva celebrar como muy graciosa y elegante esa acción, pues él hace lo mismo, solo que, como no sabe sonreir, arroja una carcajada, cerrando un ojo, y aparece grotesco y ridículo; sin embargo esto no lo nota el imbécil.

Hemos dicho que esta especie de mono era escribiente. Para darse importancia, aseguró á un compañero de oficina que pronto sería elevado á un destino más lucrativo y superior en gerarquía. Aquel se negó á creerlo sino le explicaba el modo de adquirir ese adelanto, y el buen hombre, entonces, le dijo al oído y suplicándole el secreto, que él y Julio Espinosa, con otras gentes importantes preparaban una revolución, que estaba al estallar. Verdad es que este semi-idiota no calculó las consecuen-

cias de su invención, pero sucedió en este caso, lo de siempre. El compañero se apresuró á ameritarse con el Ministro, y delató á Julio aumentando algunos detalles de su propio caletre á la noticia.

El Ministro comunicó la historia al Presidente de la República, que aborrecía á Julio por algunas expresiones que había lanzado criticando los actos de su Gobierno, y sin dar mucho crédito al dicho de Cordón, mandó vigilar á Julio, al mismo Andrés y á dos ó tres personas más, también nombradas por Cordón, al hacer la confidencia al compañero. Poner un espía secreto, que no perdió de vista á Espinosa, fué el primer paso de la policía.

Una noche llegó el espía á la casa del Ministro á comunicarle que, en el Hotel Español, situado cerca del Mercado, hotel donde Julio no entraba jamás, lo había visto llegar, acompañado de un militar de alto grado, que procuraba ocultar con un sobretodo el uniforme. Que una vez adentro, habían pedido una cerveza y se habían retirado á un rincón del comedor, donde no podían ser oídos. Que allí habían estado hablando en voz baja más de dos horas; y que al retirarse, ambos se habían bajado el ala de sus sombreros sobre la frente, como para no ser conocidos.

Por más esfuerzos que hizo el Ministro

para saber el nombre del militar, no pudo averiguarlo, ni el espía tampoco.

La delación de Andrés, enlazada con la conferencia secreta de Julio Espinosa y el militar veterano, determinaron á la Comandancia en Jefe, á ordenar la prisión de los dos inseparables amigos Espinosa y Delgado.

Ya saben pues nuestros lectores, las causas del arresto, que tanta alarma produjo, no en ellos, sino en sus familias, y sin que la manifestasen, en Delfina y doña Inés por Julio, y en Elena Escoto por Delgado.

Ahora bien. Fué nombrado un fiscal y la instrucción se siguió en averiguación de los hechos.

Se hizo constar en el proceso, primero: que Andrés Cordón, cuando habló con el escribiente quiso darse tono y al efecto inventó la barbaridad que el lector conoce. Segundo: que el caballeroso y leal coronel X, que había conferenciado con Espinosa, cuando tuvo noticia de que se trataba de saber su nombre, se presentó, sin que nadie lo solicitara y manifestó al juez instructor que efectivamente había tenido con el señor don Julio Espinosa, una larga conversación en el hotel Español en la cual sólo se habló de cierto asunto personal que hubiera deseado permaneciera en secreto, pero que vista la gravedad de las consecuencias, y lo injurioso

de las sospechas, creía su deber aclarar el misterio.

Era el caso dijo, que habiéndome presentado en el hotel Francés á un extranjero muy rico llamado Mr. Rakoski, en momentos en que éste jugaba con otros también extranjeros, me invitó á entrar en el partido, y yo completé el número de la *Poker*.

Tal fué mi mala suerte que en una hora que duró el juego perdí más de mil pesos. pues la ficha representaba una libra esterlina. Cuando me despedí de los dos extranjeros, debía yo á Rakoski novecientos pesos, ó sean, ciento ochenta libras. Sabido es, que según las reglas del juego, esa clase de deudas deben pagarse al día siguiente.

Pasé un amargo día buscando esa suma; por todos lados encontré negativas, y desesperado de mi mala suerte, recordé que Julio Espinosa era rico y muy generoso, y me dirigí á él, dándole una cita. Ese bondadoso y expléndido joven, me ofreció prestarme el dinero; más no ese día sino al siguiente; pero me ofreció hacer suya la deuda desde esa misma noche. Así lo cumplió. Del hotel Español salí yo para mi casa y él para el hotel Francés.

Estaba ya al dormirme, cuando tocaron á mi puerta. Alarmado, me apresuré á abrir, y ¡cuál sería mi sorpresa y mi placer al ver á

Espinosa, quien me traía un recibo de Rakoski por las ciento ochenta libras. Nada me debe usted, me dijo Julio, pues Rakoski no quiso recibir la deuda y para su tranquilidad me dió ese recibo! El buen Polaco manifestó á Julio que nunca se habría perdonado si hubiera cometido la crueldad de arruinar á un hombre honrado; que en las diversas manifestaciones de la fisonomía del militar, cuando perdía había notado la terrible impresión que le causaba su pícara suerte. Yo quise rehusar lo que me parecía humillante aceptar; pero Julio me aseguró que Rakoski era un excéntrico de buena ley y que se creería ofendido si yo rehusaba. Acepté pues, y he allí todo el secreto.

## XIV

En uno de los cuartos del cuartel de artillería, un criado de la casa de Espinosa servía el café á nuestros amigos Julio y Roberto Delgado, en una mesita de laca que, con otros muebles, enviados por la familia de Julio adornaban su prisión.

Julio, con su buen humor habitual y Roberto triste y callado, fumaban sendos cigarros habanos al mismo tiempo que absorvían el sabroso café á la crema. Oigámoslos un

rato y enterémosnos del estado de su ánimo.

—Con que, explícame Delgado, tu vasto talento no te explica la causa de nuestro arresto? Claro está que no somos criminales vulgares, porque entonces nos tendrían en la cárcel pública. Al honrarnos con una prisión militar, nos tratan comó grandes personajes políticos, ó impolíticos más bien. Más como yo no recuerdo haberme metido, y casi ni hablado de las cosas públicas, debe haber gato encerrado en este lance. Vamos, habla, caballero de la triste figura; contéstame, amante desdichado, abre la boca y explícate.

—Te envidio esa organización predispuesta siempre á ver las cosas por su buen lado; más no puedo imitarte. Siento el alma rodeada de nubes que oscurecen mi pensamiento; no por este encierro, que no puede prolongarse, porque aquí debe haber un error, una equivocación que no puede ser eterna, sino porque tu sabes que tengo motivos para sufrir en mis más caras y tiernas afecciones. El repentino cambio de Elena conmigo, cambio que he notado hasta en el señor Escoto, me aflige y mortifica, no sólo por mí, sino por la misma Elena, que debe sufrir enormemente, toda vez que ella me ama, como yo la amo á ella.

¿Qué ha sucedido? No me lo explico, por más que recorro mi conducta. Quizás una atroz

calumnia...... pero, de donde? Sí al menos, se tomaran el trabajo de hacerme algún reproche para orientarme; mas, no se dignan siquiera de averiguar la verdad.

—Al paso que vas, me voy á poner á llorar, contemplando tu desventura. ¡¡Animo!! y yo te juro que en cuanto nos pongan en libertad, me dedicaré á descifrar ese misterio, y si no soy un imbécil, como en realidad no lo soy, en un sólo día sabrás el motivo y el remedio de tus penas. Mientras tanto ayúdame á leer mi correspondencia.

Al pronunciar esa última frase Julio rompió la cubierta de una carta de Andres Cordón que leyó en alta voz:

«Respetable y querido señor don Julio. Yo soy un pobre diablo, según parece, y demasiado sencillo, pero no soy malo. Mi corazón es bueno, dicen, más mi cabeza es pequeña ,según algunos. Y así debe ser, puesto que he causado sin intención, algunos sinsabores á personas á quien sólo les desearía dichas y venturas.

Espero que la sincera confesión de mis tonteras, merezca su perdón y el del señor Delgado.

Ayer fuí llamado á declarar ante un juez militar, y casi me desmayo del susto, cuando ví que habían tomado á lo serio una chanza que

hice á un compañero de oficina Yo no podía figurarme que tan graves consecuencias tuviera mi estúpida conversación. Yo pienso que ya se habrá conocido la verdad, después que declaré bajo juramento lo acaecido y solicito pues, humildemente su perdón, y que olviden mi miserable conducta. No me he atrevido á presentarme personalmente, porque la vergüenza y la pena que siento me lo impiden; por esto le escribo y le ofrezco la enmienda y todos mis respetos.—*Andrés Cordón.*

Concluyendo de leer la carta de Andrés estaban los dos amigos, cuando se presentó un edecán del Presidente. Saludó con respeto y dijo, que venía á acompañarlos á casa del Presidente quien los esperaba.

Julio comprendió que su arresto era concluído, pues la llamada del primer Magistrado de la nación no podía tener otro objèto que el de presentarles sus excusas por la injusta prisión que habían sufrido. Delgado pensaba lo contrario, dejándose arrastrar por su pesimismo habitual. Se vistieron, arreglaron sus papeles, y partieron.

## XV

Sabido es que en San José, capital de la

República se ha gozado siempre de más libertad y tranquilidad que en las provincias. Eso proviene de que se está más cerca de las autoridades supremas, por aquel principio que no falta nunca, de que en mayor categoría se encuentra más cortesanía y menos afectación é imposición de parte de las autoridades. El policía es casi siempre grosero y malcriado. El jefe de ese cuerpo es mucho mejor educado y cortés. Ya el Gobernador es casi siempre un sujeto de importancia que procura dulcificar sus órdenes. Sigue el ministro que con rarísimas excepciones es persona de la alta clase, que saluda y trata á los ciudadanos como á iguales. Por último, viene el Presidente, y en él se encuentra la suprema civilidad y buen tono. Su trato es ameno y aún en casos en que la necesidad los obliga á ser duros, lo son en el fondo, no en la forma. Mas, como en las provincias, no existen empleados de los cuerpos supremos, natural es que el trato con ellos, deje mucho que desear.

En el caso presente, el primer Magistrado gastó una amabilidad y cortesía inesperada, dados los antecedentes. Después que les hubo estrechado la mano á Julio y á Roberto les manifestó su profunda pena por haberlos molestado injustamente. Les mostró el proceso para hacerles ver las presunciones é indicios enga-

ñosos que parecían complicarlos en proyectos de mal género.

Los dos amigos se inclinaron silenciosos, y sólo preguntaron si podían retirarse en libertad. Con la contestación afirmativa del Presidente, se despidieron. En la puerta se les invitó á tomar el carruaje presidencial que estacionaba en la calle; más no aceptaron y continuaron á pie.

Julio y Roberto eran amigos personales y adictos al gobernante, porque lo creían justo y honrado. Pero, desde que sufrieron el injusto arresto de que hemos dado cuenta, no volvieron á visitar ni á defender aquella administración que con tanta facilidad y tan falso criterio, introducía la alarma y el mal estar en sus familias.

Generalmente es así como se forman las malas voluntades contra los que mandan. Los amigos demasiado celosos, ó los pretendientes que desean ameritarse, se empeñan en infundir sospechas contra todo individuo conspícuo ó de elevada posición. El mandatario concluye por ofenderlos y enajenarse sus opiniones. De este modo los miserables que rodean al presidente, logran dos objetos: engrandecerse en el ánimo de éste y reducir el número de sus rivales. Por lo común el cambio es desfavorable y el resultado final rodear al gobernante de nulidades y de fuerzas microscópicas. Lo cierto del caso es que ese procedimiento convierte á los

amigos y á los indiferentes en enemigos ó mal querientes.

## XVI

En casa de don Roque, reinan desde que entraron en prisión Julio y Roberto un silencio y tristeza de convento. Doña Inés pasa horas enteras en oración en su cuarto, ante la imagen de una Vírgen de Dolores. Don Roque habla disparates contra el gobierno por sus actos dictatoriales, pues tiene grande aprecio por Julio Espinosa. Los celos con Rakoski no disminuyen. En el cumpleaños de doña Inés, el Polaco la obsequió con un alfiler de brillantes en forma de pluma. Los conocedores lo avaluaron en mil quinientos pesos. El celoso marido, había dicho á Puk que llevó el regalo, que no lo aceptaba; que era bastante rico para no necesitar de sus diamantes. Mas la señora roja de vergüenza de semejante grosera acción, mandó dar las gracias y guardó el alfiler, regalando á Puk un billete de cinco pesos.

Lo contrario sucedió con el regalo de Julio, que consistía en un enorme ramo enlazado con una cadena de oro y perlas. Don Roque admiró y aceptó el ramo diciéndole á su mujer que eso era buen gusto y elegante obsequio. Delgado, pobre, sólo mandó un ramo sencillo y barato.

Narcisa, la criada de los Escoto dió á doña Inés un monumental Kake, fabricado por ella misma y una tarjeta de Elena Escoto.

La víctima de don Roque quedó unos momentos sóla y cerró la puerta de su cuarto. Una vez segura de que no la veían, abrió un cofrecito de bronce que bajo llave guardaba en su escritorio. Del cofrecito sacó una fotografía, que contempló y besó muchas veces, al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas se resbalaban de sus ojos á su cuello. Sólo ella conocía la existencia de aquel retrato doble, pues de un lado representaba un elegante mozo y del otro un precioso niño como de dos años de edad. Ocupada en tan íntimas demostraciones de amistad..... de amor..... ó de dolor, fué interrumpida por un ruidoso golpe á la puerta de su cuarto, la que cediendo al empuje se abrió y apareció don Roque retinto como un tomate y se abalanzó sobre el retrato que Inés tenía en la mano. Por el huecc de la llave te estaba observando, le dijo el badulaque marido. De seguro que ese es el retrato de Rakoski; larga, larga, infame. Inés le mostró el cuadro por el lado del niño, y el imbécil en su vista soltó una carcajada y se propuso cubrir de besos la cara de su mujer; más ésta lo rechazó y guardando el cuadrito, preguntó á don Roque, ¿porqué suponía que el retrato de aquel niño fuera el de Rakoski? Per-

dóname dueña mía, pero ya sabes que ese Polaco tiene el poder de irritar mi sangre y desarrollar mis celos. Ese niño, tiene un aire á Julio Espinosa, ese sí que es guapo muchacho; si por mi fuera lo alojaría en mi casa, tanto me complace y divierte su conversación. A propósito de Julio, sabes lo que se dice. ¿Pues se corre que está perdidamente enamorado de una mujer casada? ¡pobre marido! Inesita, ¿no es verdad?..... Hum, habrá cornamenta, menta, menta ¡¡ja, ja, ja!!

Al oir á su estúpido marido delirar de un modo tan ridículo, un color se le iba y otro se le venía á la pobre mujer. Cállese don Roque, exclamó, no sea tan ligero en sus juicios. No basta que un hombre esté enamorado de una mujer casada; no es suficiente tampoco que esa mujer le corresponda. De casos como este está el mundo lleno; pero entiendo que para que esos sentimientos pasen del estado platónico, al de los hechos, es necesario que Satanás intervenga y Dios haya abandonado á los débiles y desgraciados, que tal son los que tienen la desgracia de ser víctimas de amores ilegítimos.

## XVII

*Mi querida amiga.—París.*

Salud querida y nunca olvidada compañe-

ra de mis dulces años de colegio. Sí, ¡cuán dulces y suaves me parecen aquellos días que pasábamos juntas en la prisión, con nuestros corazones en paz y nuestras almas en el eter transparente de las ilusiones sin mezcla de siniestras realidades!

¡Si me vieras, amiga mía, no me conocerías! ¡Soy inmensamente desgraciada! ¿Por qué? me preguntarás, porque siendo poseedora de todos los elementos que constituyen la dicha, no soy más que una sufre dolores. En efecto; soy rica; los hombres dicen que soy bella y simpática, y las mujeres me muerden con plenos dientes, prueba de que en realidad no soy una cualquiera; mi familia es de lo mejor y bien parado de este país; gozo de salud cabal. Todo eso dícese que hace á las gentes dichosas y felices. Sin embargo, yo no soy más que un ser abandonado de Dios; mis pensamientos son nubes que amontonan lágrimas, y mis días transcurren entre suspiros y deseos de concluir con esta escena en que represento el papel más desairado. En medio de la sociedad que baila, canta, conversa y ríe, yo parezco una creación solitaria, para quien son inútiles los sentidos y el cerebro. No necesito decirte la causa de todos mis males. Ya te he confesado cómo he sido presa de una pasión devoradora, de un amor profundo, infinito, sentimiento exclusivo que domina

mi alma y mi corazón. ¡Amo á Julio Espinosa! lo amo con la ceguedad é irreflexión que son consecuencia de los grandes afectos, no correspondidos, ni siquiera notados. Para Julio soy yo una de tantas muchachas sin espíritu ni valor alguno. Mi presencia es para él como la de un lápiz ó una pluma, mientras que cuando yo lo veo, un extremecimiento eléctrico, involuntario, tanto en lo físico como en lo moral, me transforma y desvanece. Mas, nada sería la idea de no ser amada, si no aumentara mi tormento, la convicción de que él adora á otra mujer, á una dama casada, que indudablemente le corresponde. Verdad es que ella es casi tan desgraciada como yo, porque no puede honradamente amarlo, teniendo un dueño y señor que se lo impide; pero yo cambiaría mi posición por la de ella, porque ella es amada y yo no lo soy. A veces, me sorprenden ciertos sentimientos desconocidos que no puedo analizar, y es que en presencia de Julio, desaparece á veces mi pasión de amor, asemejándose al cariño fraternal ¿por qué esos contrastes? ¡¡Misterio!! ¡¡Misterio!!

¿Te acuerdas de Florencia, la mojoneña que salvó á Julio del incendio, cuando recién nacido, ardió el hotel Minerva en Roma? Pues esa leal servidora está en camino de otra mejor vida. Agoniza hace algunos días, y ha manifestado su intención de hacer algunas revelaciones

de mucha gravedad, para lo cual pide que se acerquen á su lecho mortuorio los representantes de las familias Rosales y Espinosa. ¿Qué tendrá que revelarnos?

Concluyo esta fastidiosa confesión de mis desvaríos, enviándote mil besos.--*Delfina Rosales.*

## XVIII

*Mi Delfina:*

¡Pobre amiga mía, cómo hacen brotar lágrimas tus tristes cartas!

¡Si supieras con cuanto interés sigo y procuro estar al cabo de ese drama múltiple que se desarrolla en ese nuevo mundo, donde todo es grande como sus montañas y volcanes! A veces pierdo el hilo de los acontecimientos, y es cuando te olvidas de mí, y guardas tus penas para sufrirlas callada. Véamos pues si estoy ó no en lo cierto. Voy á reasumir la escena tal como la entiendo. Si me equivoco, indícamelo y señálame el error.

Llegas á tu país seguida de una especie de Oso Polaco, muy rico; pero excéntrico. Te fastidias en tu ciudad natal mientras amas las flores, los pajarillos y las puestas de sol, mas no á un ser humano de tu especie. Conoces á Julio Espinosa y este arrogante León te hace

olvidar los pájaros y las flores. El no te ama; en vez de ser razonable y adorarte, se enamora de una dama casada, de doña Inés..... marchita flor que corresponde quizás á ese ilegítimo amor pero que oculta lo que no puede ni debe esperar de esa pasión.

Don Roque, que no ama á su mujer, pero que la cela por vanidad, se empeña en que su enemigo natural es Rakoski, mientras que se arroja gozoso en brazos de Julio, su verdadero rival.

En otra parte tenemos á Elena Escoto, aristocrática figura que enaltece más su posición mientras es más abatida por la mala fortuna. Esta severa beldad, ama con toda su alma al amigo de Julio, Roberto Delgado, simpático joven, que tiene todo cuanto nosotras las mujeres exigimos del que deseamos hacer nuestro marido. Y tú, mi linda amiga mueres de amor por el famoso Julio. ¿Es así el enredo? Tuya,—

*Mlle. Roqueval.*

## XIX

La estúpida charla de Andrés Cordón, repitiendo ante Elena lo que no había oído, alarmó su corazón y aún su amor propio, pues

Cordón, aseguraba que Delgado había dicho que no se casaría jamás si no era con Delfina Rosales; cosa que no se le ha ocurrido al fiel amante de la enamorada Elena. Mas, como Roberto no sabe ni puede adivinar el motivo de la súbita frialdad de su prometida, será preciso que el acaso, ese Dios de los amantes, se lo haga conocer. Julio Espinosa, por experiencia y conocimiento práctico que tiene de las manías de Andrés, ha sospechado que en ese mal entendido hay algo de ese mequetrefe. Así se explica como desde que salió de la prisión se dirigieron á Elena, á quien quería y estimaba en extremo, dándole cuenta de la tristeza de Roberto por su repentina frialdad y aún de desdén, que ella no podía reprimir. Elena que veía en Julio un amigo común, sincero y leal, le contó lo que había pasado. Espinosa la interrumpió con una carcajada al oír el nombre de Cordón, jurándole que era una pura invención el dicho de Roberto; invención que le constaba porque él, Julio, estaba presente cuando Andrés, afirmó que tal expresión soltara Delgado. Según iba comprendiendo Elena que en realidad, todo era una bola de jabón, los colores le volvieron á su lindo rostro y la felicidad apresuraba los latidos de su corazón. Quedó pues dorada aquella nube y todo volvió al estado normal. He aquí, querida Delfina, reasumida la situación tal como yo la

he sabido por tus cartas. Lo que me alarma con razón es, ¿en qué pararan todos esos dramas domésticos, cuando el transcurso del tiempo los haya llevado á una solución cualquiera? Esperemos, y no economices tus adorables cartitas. Piensa que estoy en el caso del que lee una novela sensacional y quiere saber el fin de los actores; esto sin perjuicio del interés verdadero que tú y los demás personajes de la obra me merecen. Adiós, y *au revoir*.—*Mlle. Roqueval.*

## XIX

El gobierno, en celebración del aniversario de la independencia, daba uno de esos bailes suntuosos y concurridos, que forman época en la vida de las bellas josefinas. Hemos asistido á algunos bailes en Europa y Estados Unidos, tanto públicos, como los del Hotel de Ville de París, como en casas de particulares opulentos, y en verdad, que nuestras fiestas de esa clase no perderían mucho en la comparación. Un poco más grandes los salones...... y nada más. Como buen gusto, elegancia y lujo de las señoras, nada extrañaría al más encopetado parisiense.

Pues bien, el baile de que ahora se trata ha puesto en movimiento á todas las modistas de San José, y ha hecho vender al comercio

más de cien mil pesos en sederías, plumas, etc. Si véis á una linda muchacha atravesar las calles á la carrera, asegurad que va donde la modista á tallarse el traje de baile. Si no os contesta el saludo, perdonadla, porque le faltó un metro del género que compró, y, por más que recorre las tiendas no encuentra como ajustar el corpiño.

Delfina Rosales y Elena Escoto habían pasado por esas horcas caudinas de las costureras, solo que Elena, por economía cosía ella misma su vestido y sólo iba donde las de la profesión para que le cortaran su traje.

Doña Inés aunque no era aficionada á bailes, sentía una fuerza desconocida que la empujaba á no faltar al del 15 de Septiembre. ¡¡Misterios del corazón!! Lo cierto es que tenía el *fiat* de su dueño y señor, pero con una condición que se debatió largamente entre ambos esposos. Don Roque la llevaría al baile si prometía no bailar con Rakoski. Pero don Roque, le decía Inés, ¿cómo haré, sin aparecer descortés y mal educada, en el caso de que ese señor me invite á bailar? Usted le dirá que ya está citada por otro. Y si en realidad no lo estoy, él verá que me quedo sentada y conocerá la superchería. No señora, se me ocurre un medio fácil para evitar esa dificultad, y es el siguiente: Yo tengo íntima amistad con Julio Espinosa;

es casi un hermano, y no tengo inconveniente en ponerlo al corriente del asunto. Ahora bien; suponga que se atreve el tal Polaco á invitarla; usted contesta que lo está ya, y caso de que no sea cierto, dirá que va á bailar con Julio; yo le aviso y él la sacará del apuro. No pudo menos doña Inés de sonreirse á pesar de su angelical carácter, y aunque el medio era de un...... candor sin igual, lo aceptó.

La primera vez que don Roque se encontró con Espinosa le comunicó su plan y le rogó que le hiciera ese *gran* servicio. Julio se lo ofreció, con tanta más facilidad cuanto que no pensaba bailar esa noche si no era en el caso de que lo necesitara doña Inés.

Andrés Cordón era muy apetecido por las buenas bailarinas porque era un maestro en el arte, al grado de que algunos observadores lo suponían discípulo legítimo de Terpsícore en su primera vida por lo cual nació casi bailando y siguió lo mismo. Como aquí se acostumbra *citar* muchos días antes del baile, sobre todo para la primera pieza ó paseo, Andrés había recorrido varias casas con programa en mano y lápiz en ristre. Mas, para la primera pieza no se cita á la primera venida, por una razón de gran peso y es que la inauguración de un baile debe hacerse con la *novia*. Cuestión de estado de terribles consecuencias es la falta á esa costumbre.

Cien lenguas á un tiempo se agitan sorprendidas cuando fulanita no baila la primera pieza con sutano, que es su cortejo, y de allí deducen que ha habido un *casus belli*, ó quizás un rompimiento definitivo. Así es que á Elena Escoto á nadie se le ocurría invitarla para el paseo por que eso correspondía de hecho y de derecho á Roberto Delgado. Entonces recordó Andrés que Delfina Rosales no tenía cortejo conocido, aunque la rodeaba una nube de mariposas vergonzantes, entre pollos, gallos y viejos solterones. Pero Delfina rehusó el honor que le brindaba Andrés, eso sí, dejándole la esperanza de obsequiarlo en el momento del *paseo*, si se determinaba á complacerlo; lo que no quería era un compromiso anticipado. ¿Por qué ese capricho? Aunque Delfina se moleste porque la hemos adivinado, fuerza es decir el secreto móvil de la bella patricia. ¡¡Quién sabe, se decía allá en su interior Delfina, quién sabe si á..... Julio se le antoja invitarme para la primera!! y en ese caso, comprometida con Andrés ó nó, claro es que lo dejaría con un palmo de narices y aceptaría la invitación de Julio. Lo cierto es que no se comprometió y conservó su libertad.

## XX

Desde la madrugada se despertaban los

pacíficos vecinos de San José con el estampido del cañón, que vomitaba truenos cada cinco minutos. En elogio de la metrópoli costarriqueña, no podemos menos de notar que el aniversario de la independencia, es celebrado con la menor cantidad posible de festividades; tal vez por habernos costado tan poco sacudir el yugo español. Lo cierto es que no pasamos de las salvas de cañón y de vez en cuando, de un baile, pero de lo que menos nos acordamos ese día es de nuestra pasada esclavitud, á pesar de que si algún pueblo de América ganó con la independencia, indudablemente fué Costa Rica; porque antes de gobernarnos nosotros mismos, éramos excesivamente pobres, casi miserables y apenas paladeamos la autonomía, nos transformamos dejando atrás á Guatemala, el Ecuador, Bolivia y otras Repúblicas á las cuales España dotó con grandes edificios para su culto y gobierno, con universidades y escuelas. Que nos perdone la franqueza nuestra madre Patria; pero así es como han pasado las cosas. Sin embargo el 15 de Septiembre á que nos referimos en esta historia no pudo quejarse de falta de fiestas y entusiasmo. Como en el día no ocurrió nada notable, lo dejaremos pasar y llegaremos á la noche. El palacio era esa noche digna morada de las sultanas de las *Mil y una noches*. Cubierto con un cielo

de manta el patio y convertido en salón en cuyo centro había una fuente que arrojaba ramilletes de agua coloreada por el reflejo de cinco mil farolillos de cristal daba expléndido golpe de vista. Los balcones, cubiertos de flores y banderas servían de cuadro á centenares de lindas mironas y de *antiguas jóvenes* que disponían apenas de la mitad de una silleta. A las 9 entró el Presidente con sus ministros, y la orquesta ejecutó el himno nacional.

En esta ocasión, como sucede siempre, se metieron de contrabando varios sujetos que no tenían invitación, pero sí fuertes tentaciones, no de ver bailar, ni de oír la música, si no de cenar bien, y llevarse en los bolsillos cuanto pudiera caberles en materia de pasteles, pavos asados, confites y cigarros habanos.

La orquesta ejecuta la obertura de Semíramis de Rossini, y una nube de novios ó cortejos se abalanza á las hileras de elegantísimas mujeres que adornan el salón. Ya Roberto Delgado, del brazo de Elena Escoto, se pasea y..... ambos dejan la tierra y se elevan á las regiones que el amor colora con sus divinos destellos..... y aquellos dos seres, saturados de los dulces ensueños del primer amor, se olvidan del mundo y se pierden en desconocidas venturas que el encuentro de sus miradas produce en su corazón. Siguen Delfina y Andrés Cor-

dón, que fué aceptado á última hora, cuando ella vió pasar á Julio, acompañado de doña Inés. Él, triste, ella serena y con los ojos bajos. Observemos esta pareja que parece tan profundamente impresionada. El brazo de Inés temblaba, y el de Julio respondía con extremecimientos repetidos. Al cabo de algunos minutos de silencio, Espinosa miró á Inés á tiempo que ella, tambien silenciosa lo miraba. Sus ojos se encontraron con una expresión tal de ternura y de tristeza que á un mismo tiempo se humedecieron sus pupilas. Julio con emoción indescriptible, exclamó: ¡Cuanto la amo!

Inés con voz tan apagada que casi no se oía le contestó: Dios dispone los acontecimientos según su voluntad! Es muy triste para mi no poderlo amar como quisiera.

—No es Dios quien tales leyes ha dado; son los hombres, la sociedad los que con sus costumbres han hecho posible la separación de dos almas que se entienden. La naturaleza ó lo que es lo mismo el Creador, no se complacería en el tormento de los que se abandonan al más sublime de los sentimientos del corazón. La ley natural consiste en que la mujer sea del que ama y de quien es amada.

—Julio, hágame el favor de llevarme á mi silla, me siento desfallecer.....

Espinosa, asustado, y temeroso de que no

pudiera Inés llegar hasta su asiento, la colocó en un sofá y corrió á pedir un vaso de esencia á Elena Escoto. Pronto volvió con el precioso confortante que Inés aspiró con delicia. Poco á poco volvieron los naturales matices á su rostro. En ese momento se acercó Rakoski, saludó cortesmente y le pidió una contradanza á Inés. Esta, según el convenio con don Roque, le manifestó que estaba comprometida la contradanza con Julio. Pero, insistió Rakoski, me dará Ud. las primeras cuadrillas. También pertenecen á Espinosa, contestó Inés. Entonces me reservará usted el primer vals. Imposible era rehusar tantas veces, pues hubiera sido ridículo y fuera de todos los usos el que una señora casada hubiera comprometido tres piezas con un joven soltero.

Más la idea del escándalo que don Roque haría cuando viera á su esposa bailando con el Polaco, alarmó á Inés al grado que determinó retirarse del baile. Iba á realizar su pensamiento, cuando la orquesta comenzó á ejecutar un precioso vals de Waldteufeld. La suerte estaba echada y así es que se levantó y tomó el brazo de Rakoski. Apenas habían dado algunas vueltas, don Roque furioso casi congestionado se dirigió á Espinosa y le dijo que iba á arrebatar á Inés del brazo del Polaco, cualquiera que fueran las consecuencias de su

acción. Julio se propuso disuadir á aquel energúmeno, mas nada consiguió, ni aún haciéndole ver que ese insulto le costaría la vida, pues Rakoski no era hombre que sufriera esas afrentas. ¿Cree usted de veras que ese animal de Polaco me cite en duelo porque uso de mi derecho? ¡Claro está, contestó Julio. En primer lugar no tiene usted el derecho de ser mal criado, y aunque lo tuviera, no se escapa de una bala ó del filo de su espada. La cólera de don Roque se enfrió considerablemente en la espectativa de un balazo ó una herida mortal de sable ó espadín. Viéndolo bien, replicó don Roque, el vals no se presta para diálogos amorosos por la agitación que produce, y al fin y al cabo quien me las pagará será Inés. Al escuchar semejante amenaza, Julio retorciéndole el brazo con furor le hizo ver la cobardía de su proceder, tanto más cuanto que ella había hecho lo posible para evitar la compañía de Rakoski; entonces le refirió lo que había pasado entre ellos, asegurándole que Inés había cedido con disgusto y á su pesar á las incitaciones del Polaco.—¿Y tú por qué no bailaste ese vals con mi mujer?—Porque ya había ella dicho que me pertenecía en las cuadrillas y contradanza.—Poco hubiera importado que tú bailaras con ella, no digo dos, cuatro y cinco veces seguidas. Lo que el público murmure por eso,

me es indiferente, mientras que el tal Rakoski; ¡ay amigo, á mi no me la pega mujer alguna! Yo sé lo que me sé y nunca me equivoco en mis sespechas. Estaba de Dios que Rakoski no tenía fortuna con don Roque, pues al pasar cerca de él y de Julio, le dió un fuerte estrujón con el codo, debido á la velocidad del vals. ¡¡Maldito macho que no ve lo que hace!! exclamó indignado el marido de Inés. Dichosamente que á renglón seguido pasaba una pareja que hizo igual injuria á don Roque, pues éste aturdido se colocaba siempre en la línea que llevaban los bailadores.

En este estado las cosas, de comedia y sainete, la situación fue trágica repentinamente, pues la cólera de don Roque en un grado que ya no podía soportarla le produjo un ataque de sangre que tres veces habíale puesto en peligro la vida: cayó sobre unas sillas con la cara casi negra arrojando una especie de espuma roja por la boca. Claro está que el valse se suspendió, y ya no se trató más que de llevarse el enfermo á un cuarto del Palacio, donde dos médicos lo asistieron. Poco á poco mejoró, aunque no del todo, pero sí lo bastante para poder ser transportado en un carruaje á su casa. Al llegar á su cuarto le repitió el ataque, y el resto de la noche se pasó en vela en su casa, saliendo y entrando médicos. Delfina, Elena Escoto,

Julio, Roberto y Rakoski acompañaban á la pobre Inés; esto, después que se desvistieron, cambiándose el traje por el de uso diario. El diagnóstico de la ciencia era fatal; Inés quedaría viuda antes de venticuatro horas.

En esos casos es cuando Andrés Cordón se transforma constituyéndose en sirviente activo é inteligente. La noche del 15 la pasó haciemdo mandados, llevando las recetas á las boticas, buscando unos limones en solares solitarios, obligando al vendedor de hielo á levantarse y proveerlo á las tres de la mañana. En una palabra, todas sus sandeces quedaban perdonadas y olvidadas con sus oportunos servicios.

## XXI

A las siete de la mañana del 16 de Septiembre, don Roque había pagado á la naturaleza la gran deuda de todo sér que nace: don Roque había muerto.

Inés guardó un luto severo. Vestida de negro pasó todo un año, sin salir casi de su cuarto. Ella se debía esa conducta á sí misma. Julio no fue recibido por Inés en las primeras semanas después de la muerte de su esposo, más tarde lo recibió en público; pero negándose

á oír toda manifestación de amor. No fue si nó ocho meses después de la catástrofe del 15 que sus oídos fueron sensibles á las apasionadas declaraciones de Espinosa; pero sin permitir ni por un momento la idea de un nuevo enlace. ¡Paciencia y esperanza! eran sus respuestas al fogoso Julio.

Mientras tanto, otra defunción, aunque en muy diferente escala social, vino á despertar la curiosidad de algunas familias: la de Florencia, la criada de los Espinosa, que los acompañó á Europa y que salvó al hijo de su patrón, en la terrible noche en que se incendió el hotel de Minerva en Roma. Esta muchacha de un carácter ligero y propenso á la risa y á la chanza, se transformó completamente después de la noche fatal. En vez de felicitarse y gozar del bien que había hecho, salvando la vida del hijo de sus patrones, se convirtió desde esa fecha en un ente triste, serio y de pocas palabras. Luego se hizo devota y sin ser vieja, una dispepsia rebelde la condujo al sepulcro; pero antes de morir llamó á un notario público, ante quien hizo constar su testamento escrito y cerrado con las formas legales. Según la ley, este funcionario, sin leer el documento lo envolvió en un pliego de papel sellado, lo lacró y selló. Concluído el acto, Florencia hizo llamar á Julio Espinosa, le entregó el testamente y le encargó,

que luego que ella muriera lo hiciese abrir, y que allí encontraría la revelación de un secreto de la mayor importancia para él y la familia.

Dos días después, exhaló Florencia su último suspiro y fue enterrada en el cementerio público.—Julio Espinosa que no era curioso, no se apresuró á hacer abrir el testamento de Florencia, ocupado como estaba por un proyecto de excursión al Irazú, invitado por Rakoski, y dejó para la vuelta la apertura del documento. Nosotros haremos lo mismo relatando antes las peripecias de ese paseo, el más agradable que puede hacerse en Costa Rica.

## XXII

La fuerza del éter azul que forma nuestro techo celeste en el mes de Enero, sugirió á Rakoski, la idea de ver una salida de sol en el Atlántico y una puesta del grande astro en el Pacífico. Treinta tarjetas de invitación dirigió, entre otras á Julio Espinosa, don Julián Rosales y Delfina su hija, don Juan Escoto y su familia, Roberto Delgado y dona Inés de Alvarez. Desde un mes antes se preparaba la tienda de campaña que debía albergar á los cuarenta ó cincuenta convidados, en la cúspide ó parte más elevada de la montaña que forma el círculo

que rodea el volcán. Numerosos obreros, bajo la dirección de un alemán semi-ingeniero, se ocuparon en la construcción del albergue, que contenía un dormitorio doble, un comedor y una cocina, con su horno y chimenea para calentar la habitación. Más de veinte cajas de comestibles se condujeron con mulas á la helada orilla del cráter. Toda clase de vinos y licores, alimentos, conservas en latas, cuatro grandes lámparas de petróleo, y montones de frazadas, blanquísimas sábanas, almohadas y colchones de plumas. Un sexteto bien elegido, debía ejecutar alegres y melodiosas sinfonías, durante el paseo que debía durar cosa de cinco días. Un cocinero italiano y un repostero francés se instalaron con anticipación en la morada de los invitados.

Un tren expreso, contratado por Rakoski llevó á los invitados á Cartago, en donde los esperaban toda especie de monturas, caballos de suave paso, potros de elegante trote, mulas, yeguas y dos asnos para las más tímidas y delicadas damas.

A las ocho de la mañana se reunieron en la estación los excursionistas. Almorzaron en Cartago en el Hotel Aguilar, y empezaron á las doce del día la ascensión del volcán, evitando pasar la noche en el trayecto, donde no había comodidades. A las cinco y media de la tarde

abordaron el campamento preparado. Las más cansadas se recogieron inmediatamente que llegaron; algunas señoras y casi todos los varones, se dedicaron á comer y beber viejos vinos y pescados recientemente atrapados de agua dulce, y después del café, al *pus* que lo confirma, y derrama la alegría y el buen humor.

Concluida la comida de los amos, siguió la de los criados. Puk no pudo reprimir ya sus sentimientos hacia Narcisa la veterana de los Escoto, quien no era indiferente á las sugestiones del hijo de la Nubia.

El sexteto compuesto de los mejores músicos de la capital, respetando el cansancio de todos y el sueño de los ya recogidos, no hizo uso de sus instrumentos, pero se le ordenó que á las cuatro de la mañana despertaran á los habitantes del Irazú con sus mejores sonatas.

La noche parecía un claro crepúsculo. Narcisa y Puk se quedaron conversando.

Yo nací, le decía Puk, en las riberas del Nilo blanco, más allá de las Cataratas, y pasé mi juventud en Kartoum. Así es que soy abisinio puro, y leal súbdito de Menelik. Era mayor de edad y aún no había oído el nombre de este país. El conocimiento con mi patrón fué novelesco y efecto de una peligrosa aventura que casi cuesta la vida al señor Rakoski. Trabajaba como obrero en una quinta de un rico

agricultor, y los días feriados los empleaba en cazar en una inmensa pradera que frecuentan los venados, los tigres y las panteras; pero más que todo las grandes bandadas de lobos. Una tarde me llamó la atención un grupo de estas últimas voraces fieras que aullaban, saltaban y se batían alrededor de un objeto, que al principio no pude distinguir; pero al acercarme comprendí que se trataba de un hombre que luchaba con los lobos. Sólo se le veía medio cuerpo fuera del suelo, y á un lado, su caballo que también rodeado por los lobos expiraba hecho pedazos. Mi carabina era una magnífica Winchester que contenía diez y ocho cartuchos. Envalentonado con mi terrible artillería, me acerqué haciendo fuego y matando dos y hasta tres animales con cada tiro. Solo quedaban ilesos dos lobos que no quise matar por temor de herir al caballero que rodeaban. Los demás estaban, ó en fuga precipitada ó muertos. Cuando el atacado señor se vió ante solo dos enemigos, saltó del hueco en que estaba y con su puñal acabó con las últimas dos fieras. Luego supe que cazando el señor Rakoski, viajero turista de los miles que suben el Nilo todos los años, había sido sorprendido por una bandada de más de veinte lobos. Como él conocía las costumbres de esos animales y sólo tenía un fusil Lafoucheux, ensayó primero escapar á la carrera

de su caballo; así corriendo y tirando de vez en cuando á los que más de cerca tenía, esperaba llegar á la aldea donde ocupaba el cuarto de un hotel; más, repentinamente se embrocó el caballo en un hueco que ocultaban las altas yerbas; y él cayó en el fondo del pozo. En un momento, fueron caballero y montura rodeados por los lobos. Rakoski mataba, hería, espantaba, pero ya las fuerzas comenzaban á faltarle por la mucha sangre que perdía por las heridas recibidas.

Ya puedes figurarte cuán oportuna fué mi ayuda. El Mr. Rakoski quiso hacerme un gran regalo de dinero en recompensa de mis servicios mas yo rehusé sus ofertas y le manifesté que mi mejor recompensa sería que me admitiera como criado suyo y me llevara á viajar con él. Así lo hizo, y desde entonces lo sigo y sirvo con placer. Si no te hubiera conocido, Narcisa, habría seguido á mi querido patrón hasta el fin de mi existencia; pero, desde que te conocí, encontré una fuerza superior á la de mi patrón y eres tú, Narcisa, la más virtuosa, la más leal y fiel servidora de la desgracia.

Al concluir Puk con su historia, Narcisa le dijo: yo soy una pobre aldeana del Hatillo, hija de lavandera y nieta de aplanchadora; si te basta mi aprecio y estimación sin acompañamiento de amor aquí me tienes. Mas si tú

pretendes ser amado no quiero engañarte; no te amo: solo te estimo y aprecio.

Cuando los dos sirvientes se retiraron á sus camas, el himeneo enlazaba con sus promesas á los dos fieles criados.

A las cuatro y media de la madrugada, el sexteto preludiaba alegres sinfonías. Los huéspedes de Rakoski se despertaron y vistieron para contemplar la salida del sol en las lejanas playas del Atlántico. Un bien atizado fuego en el centro de la tienda, calentaba á los friolentos habitantes de las cimas. Se sirvió el café y todos salieron á contemplar el nacimiento del día.

Los que han presenciado ese grandioso y bello espectáculo, no necesitan de que lo pintemos, y para los que no lo han visto, inútil sería su descripción, porque tales manifestaciones de la naturaleza, escapan á mi mal cortada pluma. Todos los excursionistas, extáticos, contemplaban el nacimiento del nuevo día. Andrés Cordón era el único que no se ocupaba del sol porque su corbata no se prestaba á la formación del nudo ó lazo de última moda; así es que lo hacía y deshacía ante un pequeño espejo. Cuando concluyó de arreglarse, había concluído la lenta y magestuosa aparición del sol.

Rakoski dando el brazo á Delfina, Espinosa á doña Inés y Elena Escoto á Delgado,

se desbandaron, bajando unos los primeros callejones del cráter del volcán, y siguiendo otros la parte más alta. Sólo el cónsul inglés (que era uno de los invitados) y el cónsul general de Chile, que llegó en esa madrugada, recorrían con sus binóculos de largo alcance, las localidades que rodean el volcán.

Para el público josefino, el próximo enlace de Julio Espinosa con la interesante viuda de don Roque, era un hecho. Se decía igual cosa de Roberto y Elena Escoto. Hablando del matrimonio, del amor y de la amistad, se paseaban Delfina y Rakoski. Sólo faltamos nosotros, exclamó éste, en tono de chanza, pues todo convida al himeneo, hasta Puk, mi sirviente se casará con Narcisa, según me lo ha dicho esta madrugada.

Pues, para que no faltemos contestó Delfina, en el mismo tono ligero y acompañado de una sonrisa, que ya era más bien risa, señalemos una misma hora y un mismo día para que esas cuatro parejas se pongan en gracia de Dios.

—Delfina, agregó el Polaco con gran seriedad, usted no tiene hermanos, pues el único fue víctima de la catástrofe del hotel Minerva en Roma.

—Efectivamente soy hija única por desgracia, pues nada me sería más grato, que tener

un hermano, que me quisiera con el desinteresado y santo amor que sólo es posible entre varón y mujer, cuando ambos han sido el objeto de las caricias de una madre común. Se me dirá que también es santo y puro el cariño del padre por la hija y el del hijo por la madre, pero en ese amor no hay completa igualdad; el respeto y la gratitud al progenitor, y el deber de protección al descendiente hacen que esas afecciones sean complejas, mientras que en la amistad fraternal, todo está nivelado, se quiere al hermano porque se le quiere....

—Aunque no soy del todo de su modo de pensar, añadió Rakoski, sí creo que el cariño fraternal es el más democrático de los amores humanos. Ahora bien señorita Piccolina, estoy en el caso de hacer un milagro; pero quiero ser pagado lujosamente de mi omnipotencia usada en provecho suyo. ¿Qué me daría usted, Piccolina, si yo le diera un hermano de padre y madre; un hermano simpático, inteligente, buen mozo, de grande y bello corazón y de finísima educación? Delfina riéndose le contestó, que no pondría límites á su gratitud y por consiguiente, que pidiera todo lo que humanamente estuviera en su poder y ella lo concedería.

Aceptada la proposición. En cambio de un hermano de carne y hueso, vivo y efectivo, pido

la mano de Piccolina de modo que formemos un cuarteto de matrimonios. el día que fijaremos. Juro por mi honor, que no me chanceo ni me burlo de Ud., Piccolina. Que lo que le ofrezco lo tendrá usted dentro de una semana. Jure usted, á su vez, que será pronto madama Rakoski.

Delfina en tono cómico, levantó el brazo, y dijo sonriendo: *Juro*.

## XXIII

Una semana después del paseo al Volcán del Irazú, se reunían en casa de Rosales, Julio Espinosa, Rakoski, Roberto Delgado y el juez que debía abrir el testamento de Florencia, la criada que fue de los Espinosa. Ahora sabremos porqué deseaba la testadora que al leer su última disposición, estuvieren presentes esas personas. El juez comenzó, después de las formalidades de ley, á leer en voz alta y reposada lo que sigue:

«En el nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo. Nací en Orosí, de Cartago; nada dejo en materia de bienes de fortuna, porque nunca he tenido más que el salario que mis patrones me pagaban; y ese salario apenas alcanzaba para subvenir á mis diarias necesidades. ¡¡Ojalá pue tampoco dejara otras cosas,

que pesan sobre mi conciencia!! pero desgraciadamente no es así, y el principal y único objeto de este testamento, es la revelación de un secreto, que ha amargado mi existencia. Que me perdone el señor Rosales, y el difunto señor Espinosa; pero á ellos y á sus esposas, sin mala intención los he hecho víctimas de una falsedad. Con remordimientos terribles escribo estas líneas; mas, como es irremediable el mal que he causado, Dios me dará el valor de consignar aquí mi delito. Es el caso, que la noche que se incendió el hotel Minerva en Roma, en ocasión que mi señora doña Adelaida Rincón de Espinosa la (q. e. p. d ) amamantaba un niño que había dado á luz la víspera, también dió á luz doña Elisa Río Seco de Rosales otro niño en los momentos en que el humo casi la axfixiaba. Esta señora no vió á su hijo porque la emoción del incendio y del parto le causó un desmayo que duró más de dos horas. Yo tenía un grandísimo temor á mi patrón, al mismo tiempo que lo amaba y veneraba, porque tenía un carácter muy fuerte y fácil de encolerizarse. El niño nacido la víspera, hijo de Espinosa apareció carbonizado. En el barullo y los desórdenes de aquella noche siniestra, no se pudieron averiguar los detalles de esa desgracia. Sólo supimos que un criado del hotel entró apresuradamente al cuarto de la enferma y arrebató al niño, pues

hubo quien le vió pasar corriendo con él en los brazos; mas como el referido criado fue uno de los que perecieron esa noche, se presume que las llamas envolvieran al generoso sirviente con su preciosa carga. Yo, media loca de terror, no encontré al recién nacido al lado de su mamá, y salí pasando por el cuarto contiguo, donde encontré á doña Elisa de Rosales sin conocimiento, desmayada, y á un niño que acababa de nacer, y gritaba á más no poder. El cielo, ó más bien el infierno me sugirió una idea, pensando en la severidad de mi patrón, y fué, la de tomar el nuevo infante y sacarlo del cuarto. Digo el infierno porque una vez en el patio, ya fuera de peligro se me ocurrió hacer pasar al recién nacido como hijo de mi patrón, y con esa falsedad, escapar á los reproches del señor Espinosa. Así lo hice. Ya en una casa vecina, mi señora comenzaba á volver en sí y á reponerse de las terribles impresiones del incendio. Aquí tiene, le dije, á su querido niño sano y salvo, y se lo puse en sus brazos. Ella que apenas se había fijado en las facciones del verdadero hijo suyo, no tuvo ni la más ligera sospecha de que daba de mamar al hijo de doña Elisa de Rosales. Esta infeliz víctima de mi superchería, lloró largo tiempo la supuesta muerte de su niño y doña Adelaida de Espinosa, crió y educó á un extraño, que hoy es el apreciable joven don

Julio Espinosa. Dos años más tarde, doña Elisa tuvo un segundo hijo á quien se bautizó con el nombre de Delfina. Julio Espinosa pues, y Delfina Rosales son hermanos de padre y madre......»

Cuando la lectura iba en ese estado, dos gritos de diferente especie resonaron, y los dos jóvenes se avalanzaron uno hacia el otro, dándose fuertes abrazos y cubiertos de lágrimas, exclamaban: ¡¡Hermano mío, mi querido hermano!!—¡¡Hermana de mi alma, gracias, Dios mío por el *don* precioso que recibo!! ¡¡Hermana mía, algo me decía el corazón, Delfina!!

Hemos dicho que los gritos producidos por la revelación de su fraternidad eran de diferente especie. Y en realidad, así tenía que ser. De parte de Julio, una exclamación pura de placer, de gratitud al Creador. No podía ser la misma la impresión de Delfina. Para ella, la noticia fué un rayo destructor que reducía á cenizas sus afecciones elevadas á pasión; pero pasión de amor; de ese amor exclusivo, invasor, que aisla en el mundo al sér que lo siente; amor á la belleza, á la elegancia, á la gracia de un hombre, mientras que Julio sólo era solicitado por un sentimiento que admite concurrentes; por un cariño que admite participación de otros cariños. En una palabra, la nueva parienta que el destino daba á Julio, era la bienve-

nida, el complemento de la felicidad. Para Delfina, el hermano hacía desaparecer al amante. Julio Rosales vivía sobre la tumba de Julio Espinosa!!

Lo que escapa á todo análisis es, la situación de don Juan Espinosa, padre de Julio hasta aquí, y un extraño en adelante, pues, por lo que hace á la señora doña Adelaida Rincón, ya había pagado el tributo á la muerte, y vivió en la ilusión de ser madre de Julio.—Y ¿qué diremos de don Julián Rosales y su esposa doña Elisa Río Seco? Para ellos todo fue satisfacción y contento, pues lejos de perder una hija, ganaban un hijo.

Delfina, pálida como un cadáver, no podía fingir un placer que no sentía. Un silencio tenáz, una melancolía de todas las horas, fue el resultado del rayo que le cayó.... No se explicaban sus deudos y amigos esa tristeza contínua, después de un acontecimiento que debía producir efectos diferentes. Tan notado fue ese contraste, que nuestro amigo Rakoski, no se atrevió á reclamar su recompensa. Esperó que el tiempo suavizara aquella misteriosa herida, y para no fastidiarse, emprendió un viaje al territorio de los Guatusos. Nosotros haremos lo mismo; y esperaremos su vuelta, para continuar la relación de sus aventuras.

## XXIV

San José de Costa Rica

*Señora doña Ana Worzinsky.—London.*

Mucho tiempo hace que espero tus cartas: ¿qué es lo que pasa? Y puesto que no leo nada tuyo, tú leerás algo mío; más que algo, *algos* como decía Sancho Panza. Los grandes dramas no necesitan de grandes escenas, y aquí tienes la prueba. Esto es muy pequeño, microscópico y sin embargo mira cuanto ha ocurrido.—Recordarás que me atrajo á este país, el capricho de seguir una familia costarricense compuesta del papá, don Juan Espinosa; de la mamá, doña Adelaida Rincón, y de una hija adorable, llamada Delfina, á quien yo doy el nombre de Piccolina. ¿Podía sospechar siquiera que aquella niña risueña, burlona y ligera de alma estaba destinada á ser la víctima de pasiones desastrosas y homicidas? ¡¡Tantas muchachas que viven y mueren tranquilas, sin grandes dichas, más también sin grandes infortunios!! No ha sido esa la suerte de mi pobre Piccolina. Pero para que comprendas el misterio de ese drama; te diré, que sin solicitarlo, conocí un

secreto que si hubiera sido bien guardado, quizás habría sepultado en su misma tumba las consecuencias desgraciadas de haberlo publicado. Antes de relatar el hecho, voy á contarte como vino á mi conocimiento.

Puk, mi sirviente, aquel Nubiano á quien debo la vida, cuando estuve á punto de ser devorado por los lobos en las riberas del Nilo Blanco, Puk, digo se enamoró de la criada de una buena familia, y ella misma es una generosa criatura. Como los enamorados no tienen secretos, Puk vació su almacén de aventuras en la que él creía que sería algún día su esposa. En cambio Narcisa, la criada susodicha recompensó la confianza de Puk, contándole al oído, y con mil recomendaciones de no divulgarlo, el secreto que otra criada, llamada Florencia, le había depositado en el seno de la amistad. Ahora bien, Florencia, es la sirvienta que la familia de Espinosa llevó á Europa. Una noche, en momentos en que todos dormían en el hotel Minerva en Roma, se incendió el edificio, causando la muerte, entre otros, de un niño nacido la víspera, y que era el primogénito de don Juan Espinosa. En los momentos en que se desarrollaba aquel siniestro drama, dió á luz en el mismo hotel la señora doña Elisa de Rosales un niño, que la madre no conoció porque lo retiraron de su lado, estando

ella desmayada. Un criado del hotel tomó en brazos al hijo de la Espinosa y ambos, niño y sirviente perecieron. Mas el hijo de la de Rosales lo hizo pasar Florencia por el nacido la víspera á la de Espinosa, quien no notó el cambio por haber pasado casi inconsciente las últimas veinticuatro horas. Nadie se apercibió de la sustitución. El niño que se salvó se llamó Julio Espinosa y no sospechaba que era hijo de los Rosales. Esta señora tuvo dos años después un segundo alumbramiento y nació una niña llamada Delfina.

Resumen: Julio Espinosa y Delfina Rosales son hermanos, lo cual no hubiera sido tan desastroso, si otro tercer niño llamado Cupido no se hubiera metido de por medio. En efecto, el hijo de Venus se propuso hacer que Delfina, mi Piccolina, se enamorara de su hermano Julio. ¿Qué habría sucedido si Julio hubiera correspondido al amcr de Delfina? No quiero ni pensarlo. Lo cierto es que hoy todo está averiguado. Julio tiene dos padres, el verdadero Rosales, y el putativo don Juan Espinosa, y si no hubiera muerto doña Adelaida de Espinosa tendría también dos madres. Respecto de su nueva hermana, Julio es dichoso de saberlo; pero Delfina, aunque no lo manifiesta, está desesperada y temo que le cueste la vida el combate que se libra en su corazón entre el puro

amor fraternal, que ella no siente, y el ardiente y destructor sentimiento que inspira Cupido.

Como no me debo á nadie y la Piccolina es quizá, ó sin quizá, la persona que más quiero en el mundo, resolví poner de mi parte algo que fuera útil á Delfina, y allá va la bomba ó colmo de este asunto. Me presenté como candidato á la mano de la desgraciada víctima de dos amores. Primero tratamos esto en tono de broma; pero de broma en broma, entiendo que seremos pronto marido y mujer, la Piccolina y yo. Es cosa que verdaderàmente causa pena, el espectáculo de mi querida Delfina. Los esfuerzos que hace para ocultar su incestuoso amor matan á esa criatura. Ahora paso á ponerte al corriente de mi última conferencia con ella, y que tuvo por resultado, la resolución de que nos casaremos lo más pronto posible.

Cuando calculé que la Piccolina había reflexionado lo bastante para seguir valerosamente el camino de la resignación, me presenté en su salón, y todo quedó arreglado del modo que sigue:

—Al ofrecerle mi mano y mi fortuna, Piccolina, no pretendo ser amado por usted solicito sí, el sereno cariño de la amistad. No quisiera afligirla diciéndole que he adivinado el hondo abismo donde ha sido arrastrado su corazón. Usted ama á Julio, su hermano. Ese amor fue

legítimo antes que Ud. supiera los vínculos que la ligan con Espinosa; mas hoy usted sufre, horriblemente y tiembla de ser adivinada.

Eso es decirle que conozco el terreno que pretendo cultivar. Quiero ser el bálsamo de esa incurable herida. Me propongo distraerla y ser el apoyo y báculo en su excursión por el Calvario que la espera. ¿Me comprende Delfina?

—De tal modo comprendo el inmenso, el sublime sacrificio que Ud. hace por mí, que no le ocultaré mi gratitùd, y para su recompensa, sepa que es el único sér capaz de salvarme de la desesperación. Mas ya que usted todo lo deja á mi voluntad, voy á manifestarle mis deseos. Seré su esposa, y Ud. debe pensar cuan bien guardado estará su honor y su amor propio. Como yo soy rica y usted lo es inmensamente, tan luego como el sacerdote haya bendecido nuestra unión, partiremos para el Asia; atravesaremos los desiertos de Africa é invernaremos entre los hielos del polo Norte. Viviremos de los contrastes de la naturaleza y de los hombres. No estaremos ni una semana entera en lugar alguno de la tierra. Pediremos al velocípedo, al vapor y á la electricidad sus alas, y confiaremos nuestras personas á los globos que recorren, sobre las nubes, las espaciosas y solitarias regiones del Aguila y del Cóndor. Cambiaremos la góndola de Venecia por el ca-

lluco de junco de los hijos del Celeste imperio. Después que hayamos recorrido las soledades sembradas de cadáveres de la Siberia, volveremos á París, la capital de las ciencias, de las artes y de la gracia. No nos detendremos ni pararemos en parte alguna. Cazaremos los elefantes en la India y las panteras en Bengala; pero sin privarnos de las grandes luchas de las fuerzas organizadas de la Europa. Allí donde el cañón se lleva la vida de los hombres, y la sangre corre á torrentes para satisfacer la locura humana, estaremos presentes, de modo que lo grande, lo terrible y tenebroso haga palidecer y calme los latidos de mi corazón. ¿Me comprendes Rakoski?

—Demasiado Delfina. Yo también gozaré colocándome en medio de las tempestades de la tierra, y la suave imagen de mi Piccolina. Soy muy rico; si con millones de monedas de oro pudiera devolver la calma á su corazón, Delfina, todavía quedarían sacos de libras esterlinas sobrantes. Es más fácil recorrer la provincia de Guanacaste, que dar una vuelta á mis dominios territoriales. Más de treinta mil personas viven de mis rentas y cultivan mis llanuras, y los valles, las colinas y montañas de mi herencia. Cuando se haya usted cansado de los contrastes, iremos á pasar nuestros últimos días en medio de millares de buenas gentes,

nacerán, respirarán y morirán contentos y felices, protegidos por la Piccolina y su marido.....

A un tiempo nos paramos, Delfina y yo, y nos estrechamos las manos en señal de que nos habíamos comprendido.

Ya véis Ana, que no es del todo trágica la situación, sobre todo para mí. Mientras tanto Julio Espinosa sigue cultivando el angelical corazón de doña Inés, y Roberto Delgado la altiva y delicada beldad que no ha podido doblegar la pobreza y la desgracia: Elena Escoto. Procuraremos que en un sólo día se verifiquen esas cuatro soluciones de misteriosos problemas.

Pronto recibirás una nueva carta, que será la continuación de la presente.—*Lorenzo Rakoski.*

## XXV

*Señorita Elena Escoto.—San José.*

Te escribo para sentirme vivir, por que la tierra donde tú no estás se convierte para mi en desierto sin agua y sin luz. ¡¡El mar!! Desde ayer estoy en Puntarenas mirando el mar escuchando sus bramidos y aspirando sus frescas brisas. Para que esas bellezas naturales me impresionen, debo asociarlas á tu persona. Para

remediar en algo el mal de tu ausencia, he colocado tu retrato frente al escritorio y mi corazón cerca del tuyo. Ahora sí siento que mi sangre circula, y al contemplar el grande Océano, gozo de su grandeza porque tu imagen me la revela. Allá en el fondo del golfo distingo apenas un velero botecillo, que parece un pájaro marino, al sorprender un pez y recorrer tras él, la superficie de las aguas. ¡¡Si vendrá embarcada allí la persona que yo espero, y que es causa de este viaje que me aleja de mi Elena!! Pero mi gratitud para un benefactor como Rakoski me obliga á aceptar esta misión, que nada tiene de desagradable más que tu ausencia. Recordarás que de Guatemala viene por tierra una legación Francesa. Según parece el Ministro es íntimo amigo de Rakoski, y me ha encargado que venga á recibirlo aquí, preparándole alojamiento, cabalgaduras, etc., etc. Dichosamente para mí, tengo en este puerto muy buenos amigos que me ayudarán.

El botecillo se acerca y ya distingo la forma de sus velas. Mientras llega conversemos Elena mía, porque ¿ya puedo llamarte mía, no es verdad?—Tu carácter, tan serio y reservado, me aflige á veces, porque atribuyo tu serenidad á indiferencia; pero cuando reflexiono en los motivos que te han convertido en una severa y pesimista juzgadora de los hombres y

de las cosas, me conformo y más bien te compadezco, pues antes, cuando eras una jovencita rica, dichosa y rodeada de ilusiones, tu genio era otro. Todo lo veías á través de esa situación fácil y feliz, y tenías fe en la virtud y en la justicia de la sociedad. Cuando tu familia, víctima de miserables usureros y empresarios de desgracias, se hizo cargo de la pequeñez y rastreras intenciones de las mayorías, te puso en el caso de apurar el cáliz amargo de la humillación y de la falta de recursos; un nuevo mundo se presentó á tu existencia; y ese mundo pesa y pesará siempre sobre tu cerebro.— Otra cosa es tu corazón, pues quien sabe amar, como tu amas á tus padres, á tus hermanos y..... á este pretensioso mendigo de tu cariño, aún no ha perdido la fe ni la esperanza en la felicidad.

Suspendí esta carta para recibir á un amigo; á uno de esos seres que debían llamarse *cronómetros* de la amistad porque son tan fijas sus afecciones, y tan inalterables como esos instrumentos de precisión. Llámase don Juan Félix Bonilla, ese *fénix* de la amistad. ¡¡Si conocieras á ese sujeto, te reconciliarías con la humanidad!! Figúrate la verdad, la sinceridad y el buen sentido personificado, y todo lo encontrarás en ese hombre, que jamás á adulado á nadie; y que es víctima de sus revelantes

cualidades. Ese hombre, si tú lo trataras quedarías satisfecha y recobrarías la fe perdida.....

Pero..... el bote se acerca ya pueden percibirse los pasajeros. Voy al muelle del Estero á saber lo que ocurra y continuaré esta ya bastante larga carta.

Estoy de vuelta. ¿Sabes lo que contenía la embarcación que tantas esperanzas me había inspirado?....—Pues simple y llanamente un cargamento de plátanos y cocos de la Isla de Chira. ¡Adiós mis creencias en la buena fortuna!.... Continuaré esperando, ó más bien desesperando! ¡Adiós mi primero y único amor! Escríbeme, y repíteme que me quieres y que jamás dejarás de quererme. ¡¡Sabes que se presta á la reflexión y al desencanto esa manía que tenemos los enamorados de hacer repetir al ser amado su profesión de fe!!—En primer lugar, de nada serviría la intención y la resolución más firme de amar, cuando ya no se tiene amor, pues el hijo de Venus, no se vende ni se alquila, ni se presta á transacciones. Cuando se ha dejado de amar, todo esfuerzo es inútil. Un ejército en derrota pudiera, si es dirigido por un César ó un Napoleón, volver sobre sus pasos y convertir en ataque la fuga; pero, contener un amor que se va, que se aleja ó se escapa, eso todavía no se conoce el modo de conseguirlo. Se va porque se va; se aleja

porque se aleja y..... se extingue porque..... ya nó existe. Eso quiere decir, que son vanos y sin resultado alguno los juramentos, las protestas acompañadas de lágrimas ó de risas, y sucede con el amor lo mismo que con la inteligencia; el que la tiene, la tiene; el que carece de ella, morirá en gracia de Dios; pero en desgracia de todos.

Adiós mi Elena; no me digas que siempre me amarás; prefiero que anticipes la fecha de nuestra unión. Eso es más práctico y efectivo, pues las fechas no se escapan ni se olvidan como los amores.—Tuyo.—*Roberto.*

## XXVI

Parecía que la suerte, cansada de molestar á nuestros amigos había aflojado, y se decidía á tratarlos con más consideraciones; mas no fue así, don Jorge Rosales, padre de Julio y Delfina, fue atacado de una pulmonía fulminante, y se unió con su esposa, que lo había precedido en la muerte hacía algunos años. Este desgraciado suceso retardó la celebración de los cuatro matrimonios, ya arreglados, según recordarán nuestros lectores.

¿Por qué esperaba Rakoski con tanto interés la Legación Francesa? Aunque á nadie

confió ese secreto el reservado Polaco, nosotros, con el privilegio que tiene todo novelista, de adivinar lo presente y lo futuro, diremos, que además de ser el ministro esperado amigo de Rakoski, era nada menos que el marido de la que fue Mademoiselle de Roqueval la compañera de pensión é íntima amiga de Delfina. Mr. Robineau, había sido promovido, del consulado general de Bucharest á la secretaría de la legación de Centro América, y por muerte del que desempeñaba ese cargo, había ascendido á Ministro residente. En el último viaje que hizo á Francia, fue visitado por Mademoiselle Roqueval, que iba á pedirle noticias de Delfina, creyendo que él residía en San José. Lo cierto es que Mr. Robineau se prendó de su gracia y exquisita distinción. Ella también de Robineau, parte porque simpatizó con el diplomático, y más que todo porque esa situación le proporcionaba la ocasión de venir á América y volver á ver á su inolvidable amiga Delfina, y además, porque con rarísimas excepciones, la hija de Eva que pasa y sobrevive á la treintena, no es muy difícil de contentar, y acepta de lo peor lo que no lo es tanto, y de lo malo lo mejor.

Benedictis, el expléndido hotelero, el simpático y robusto hijo de Italia, y á quien pertenece el honor de haber elevado nuestro sistema de hoteles á un grado desconocido en el

resto de Centro América; Benedictis, decíamos, alojó en su hotel á la Legación Francesa.

Imposible sería describir la escena y las diversas impresiones sentidas por Delfina y Madame Robineau al encontrarse por primera vez, sin que aquella tuviera la más ligera noticia del enlace de su amiga, y mucho menos de su venida á América. Sólo sí debemos manifestar que Rakoski, que presenció la entrevista de las dos amigas, tuvo un terrible presentimiento, al observar, que después de los besos y abrazos regados de algunas lágrimas de placer, una risa extemporánea é inmotivada de Delfina, vino á interrumpir la general alegría.

## XXVII

A las cuatro y media de la mañana, á esa hora en que todos duermen y olvidan sus penas y sus cuidados, un espantoso sacudimiento de la tierra, despertó á los más pesados, como á los más ligeros dormidores, saliendo algunos á la calle en paños menores y otros cubiertos de los más disparatados y extraordinarios vestidos. No faltó algún caballero que echara mano del traje de la señora, ni alguna dama que hiciera uso del sobretodo de su marido; más todavía, hubo algunas timoratas que no echaron

mano de nada y á falta de la hoja de higuera tradicional, cubriera su desnudez con la sola oscuridad de la noche. Puede figurarse el lector, el terrible trance que ese terremoto fué para Mr. y Mme. Robineau, que dormían en un cuarto del piso alto, y que buscando la calle se encontraron la salida cerrada por un piano que se había volcado y obstruía la puerta.

Como la casa-palacio de Rosales era construída en previsión de esos sacudimientos séismicos, un criado de Delfina vino á invitarlos para que concluyeran la noche en su segura morada. En efecto; solo las casas construídas sobre un marco, en forma de jaulas de pájaros, prestan completa seguridad. Esas casas pueden moverse, y aún variar de situación en el terreno, pero nunca caen ni sucede otra cosa con ellas, que lo que acontece con una jaula ó una mesa sólida que se mueve sin destruírse.

En esta vez, Rakoski se afligió seriamente, al notar cierto placer en el semblante de Delfina, cuando á su presencia se relataban las desgracias y desperfectos causados por el terremoto.

Puk, que aún habitaba con su amo en el Hotel Francés de Vigne, no pareció en toda la noche. Cuando el sol alumbró la ciudad medio arruinada, se podía percibir una figura humana sobre el tejado ó techo del hotel. Averigua-

do el hecho, resultó que Puk, haciendo uso de su criterio práctico, liso y llano, cuando comprendió que aquella cólera volcánica, no le daría tiempo de bajar la escala y atravesar tres ó cuatro cuartos antes de salir á la plazuela de la Merced, resolvió, que en vez de bajar, lo más sano era subir al techo del hotel. De ese modo, en caso de caer algo, sería él quien caería sobre el hotel y no el edificio sobre él.

Pero el efecto más palpable del temblor fué la resolución de Rakoski, de apresurar su enlace y salir de un país tan agradable cuando está quieto y tan peligroso cuando se mueve.

Después de varias conferencias fué decidido, que el treinta de Abril se celebrarían á una misma hora los contratos matrimoniales de las cuatro parejas que el amor había unido, á saber: Julio y Doña Inés; Rakoski y Delfina; Roberto con Elena Escoto; y Puk con Narcisa.

## XXVIII

En una humilde casa, apenas blanqueada con cal, á falta de papel ó pintura, sin alfombras, y la mayor parte de las puertas sin cerraduras; pero muy bien ventilada por carecer de vidrios casi todas las ventanas, en esa triste habitación, decíamos, habitaba Andrés, rodea-

do del cariño de tres hermanas y de la buena y santa matrona que le dió el ser. Y en verdad que era bien digno del cariño de los suyos; pues él es un jefe de familia intachable. Gana noventa pesos mensuales como escribiente de un ministerio, y cada día último del mes, entrega íntegro su exiguo sueldo á su mamá. Las hermanas se visten y ayudan contribuyendo con algunas economías, á los gastos comunes.

Lo inexplicable de ese género de existencias es, ¿como con tan pequeñas entradas ha podido Andrés presentarse en la sociedad, siempre vestido á la última moda, limpio, correcto, y aún al parecer lujoso? El secreto de esa situación se encuentra en el corazón de sus hermanas. El cariño, cuando va acompañado de la gratitud, se eleva en ocasiones á la categoría de pasión. La una, que es habilísima en la aguja, con dos reales compra un pedazo de tela de seda, y con esa primera materia bruta, le fabrica una elegante y preciosa corbata, que si la hubiera comprado en una tienda le habría costado tres ó cuatro pesos. La otra, á fuerza de buena voluntad y descosiendo un pantalón y un chaleco se ha procurado un molde ó machote con el cual le confecciona todas sus prendas de esa clase; solo la levita, el frac y el chaqué, son pedidos á los sastres; más el pago lo hace en pequeños abonos mensuales. La tercera

hermana maneja los cepillos de ropa y los del calzado con tal empeño y delicado tacto que alarga en mucho la vida regular de los botines y las piezas de lana.

Las cuatro hermanitas conocen el lado flaco de Andrés esto es, su manía de imitación y sus pretensiones á ser considerado al igual de lo más alto y conspicuo de la sociedad. En vano han agotado las amonestaciones, las súplicas y aún las burlas, para combatir las ridículas costumbres del hermano. ¿Convienen ustedes, les dice él, en que ese es mi único defecto?—Pues entonces, no me lo censuren. Sabido es que no hay persona perfecta; si me despojan de mi única imperfección, para dejar de ser humano tendría que adquirir otra, quizás peor, como el juego, el libertinaje, etc. Así procedo yo con ustedes. Tú, X eres devota, y no ataco esa manía. Mi querida Z pasa la noche leyendo novelas, y yo en vez de reproche, le consigo los libros que puedo. Tolerémonos todos y amémonos los unos á los otros. Esas conversaciones concluyen siempre con una buena carcajada de Andrés, y con cariñosas demostraciones de las hermanas, arreglándole los cabellos la una, colocándole la corbata mejor de lo que estaba, ó besándolo en la frente la otra.

¿Andrés ha sentido alguna vez el poder eléctrico del amor?—Sí; muchas veces, según

él cree. De seguro que se enamora de alguna bailarina, corista ó tercera tiple, cada vez que una compañía mala ó buena nos visita. Esos dramas sin desenlace, suelen tener tres actos ó estaciones. En la primera época, Andrés no se da cuenta de lo que le pasa; pero sueña con la actriz, la visita, le ofrece su paraguas, y llega á ofrecerle un bouquet de á dos reales. La segunda estación comprende una temporada de suspiros ahogados, á falta de apetito, y de sobra de calabazas ó desdenes de la ingrata. En el tercero y último acto, Andrés se vuelve misántropo; de la oficina se va sólo á buscar la soledad en las orillas del Torres ó María Aguilar; reflexiona sobre el suicidio..... pero pronto se horroriza de semejante idea, y á la vista de un árbol cubierto de naranjas que lo tienta, traspasa la cerca de alambre, y se receta media docena de las doradas frutas. La compañía se va; Andrés recobra su serenidad habitual, hasta que otra empresa teatral lo hace reincidir en ese círculo vicioso.

Lo que no nos va á creer el lector es que Andrés Cordón ha sido el objeto de un secreto y profundo amor, inspirado á una viuda que había traspasado la cuarentena. Esa fué la época más confortable y feliz de su vida; no porque él sospechara siquiera que la viuda lo quisiera, si no porque la amante y no corres-

pondida viuda, se propuso favorecer al objeto de su pasión. Era rica, y conociendo que Andrés no le aceptaría regalos de dinero, ni aún de otro género, si no era en muy raros casos, como el cumpleaños ó cosa parecida, se le ocurrió el siguiente procedimiento. Su difunto había sido agricultor y comerciante; así es que su viuda guardaba unos catorce grandes libros de inmensa forma, todos cubiertos de cifras, de facturas y de balances. Le propuso á Andrés que le copiara todo ese almacén de antigüedades en nuevos libros que formaran un duplicado completo de ellos. Dos fines tenía el pensamiento; el primero era obligar á Andrés á permanecer el mayor tiempo posible cerca de ella y en su casa, y el segundo, fué el hacerse de un motivo ó pretexto para ofrecerle grandes emolumentos. Cincuenta pesos por semana, y de vez en cuando una lujosa pluma de oro, un tintero monumental, etc., etc. Dos horas cada noche debía ocupar Andrés en esa tarea.

No hay que decir que durante un año y medio que aquella mina triplicaba los recursos de Andrés, su vida fué un dorado sueño. Relojes de oro para las hermanitas, un San Francisco de cuerpo entero, traído de Guatemala para la madre, y vino burdeos en la comida de familia; el paraíso terrenal. Más como no hay dicha que no sea pasajera, todo concluyó una

noche fatal, que fué escogida por la viuda para declarar su amor á Andrés y proponerle que se casaran, asegurándole la propiedad de la mitad de sus bienes. No sabemos como habría recibido Andrés esa proposición si se la hubieran hecho en su estado normal; pero, dichosa ó desgraciadamente, tal buena ó mala fortuna se la ofrecían precisamente cuando éste atravesaba el período álgido de una aventura amorosa con una mejicana que formaba parte de un circo en el cual Liza Bergara montaba potros indómitos con la limpieza y elegancia de la alta escuela. La aventurera Liza tomó á Andrés por un joven rico y se propuso despojarlo, con el procedimiento acostumbrado. Le hizo buena acogida al mísero escribiente, lo miró con acrobática ternura y le hizo gastar en tres semanas todo cuanto había ganado y acumulado en dieciocho meses, y á falta de fondos empeñó los relojes de las hermanas, vendió cuatro sueldos adelantados por la mitad de su valor y ya estaba decidido á pedir á la viuda un préstamo de doscientos pesos, él tan delicado, tan honrado y económico, cuando la viuda vino á complicar aquella escabrosa situación con su proposición de enlace á quemarropa.

Temeroso de ofender á la viuda, le contestó que él reflexionaría sobre el particular y le respondería por escrito al día siguiente. Así lo

verificó en una carta en la que le manifestaba su gratitud por el honor que le brindaba y su negativa de aceptarlo. Tres años de rigurosas economías costó á Andrés la doble aventura con Liza y con la viuda, para cancelar sus deudas y devolver las prendas que había tomado á sus hermanas.

Rakoski, que todo lo sabía por sus agentes, manejados por Puk, cambió su desprecio en una gran compasión por Andrés y su familia, y la víspera del 30 de Abril, día señalado para celebrar los cuatro matrimonios susodichos, Cordón fué llamado por un notario público y quedó agradablemente sorprendido al escuchar lo que sigue, de boca del funcionario cartulario:

—Señor don Andrés Cordón, el señor X y Z aquí presente, expresa haber vendido á usted la finca, cuya descripción es como sigue: (aquí venía la situación, perimetro y calidad de la finca) y consta de un cafetal de veinte manzanas, cinco de potreros y diez de montaña, cubierta de bosques, casa de habitación, máquina de aserrar, etc., etc., por la cantidad de treinta mil pesos que, en moneda corriente ha recibido el vendedor, y en fé de lo cual firman ambos, etc.

—Pero, exclamó Andrés, yo no he comprado á nadie, nada, ni tengo dinero con qué pagar.

—Eso dice usted, contestó el notario, más como aquí quien habla es el vendedor y él asegura que está pagado, esa es una verdad legal. Aquí tiene usted los títulos de la finca y las llaves de la casa; puede entrar inmediatamente en posesión del todo. Andrés, enternecido, y hondamente conmovido con la generosidad de Rakoski, autor de aquel regalo, según se le dijo, lloró de placer y de gratitud, al pensar en su madre y hermanas, que ya estaban al abrigo de la pobreza y de las humillaciones que le son consiguientes.

## XXIX

Todo tiene un término en la vida. ¡Pobre humanidad si así no fuera! La idea misma de un placer eterno, amargaría ese placer. ¿Tendremos por fin y por cabo, que profesar la triste doctrina de que el bien no puede existir sin el mal? ¿En qué consiste el bien? En haber sentido el mal y habernos librado de él. ¡Triste filosofía! Pero, á falta de otra más práctica, nos conformaremos con ella.

De las cuatro parejas que deben unirse en este día, dos son la obra del más puro y grande amor, y dos representan una transacción con las exigencias de la vida. Julio Espinosa y doña Inés de Alvarez, y Roberto Del-

gado con Elena Escoto van á satisfacer con esa unión todas sus aspiraciones á la dicha y á la suprema felicidad. Rakoski y Delfina Rosales, y Puk y Narcisa satisfacen, los primeros, una necesidad de consuelo y de amistad; y los segundos buscan la conveniencia y el bienestar.

Era convenido que no habrían invitaciones ni festejos de ningún género, porque la salud de Delfina así lo exigía.

Solamente Mr. y Mme. Robineau, Andrés Cordón y el señor Obispo oficiante, asistirían además de los deudos y sirvientes.

Las cuatro parejas, escuchaban las exhortaciones del Diocesano. Todo pasó sin novedad. Pero, al preguntarles á las mujeres si recibían por esposos y maridos á los varones, Delfina con un acento que hubiera conmovido al más duro corazón, comenzó á cantar en voz suave y tan triste que manaba lágrimas, una vieja balada cuyas palabras no recordamos; pero cuya sustancia era como sigue: «Lo ví pasar en brioso corcel..... y me juraba eterno amor.... y yo mentía al estrechar contra mi pecho el hermano de Delfina.....» La consternación de los concurrentes no puede describirse. El acto de contrato sacramental se había verificado, menos en lo que se refiere á Rakoski y Delfina. Todos se apresuraron á rodear á la pobre loca, pues es preciso llamar las cosas por su nombre. Del-

fina había perdido el juicio y esa clase de demencia es incurable.

Los otros tres matrimonios se retiraron á sus habitaciones y en casa de Rosales solo quedó la interesante loca y el desesperado polaco.

Se trataba de ensayar la curación de la la desgraciada Piccolina, cuidándola en el Hospital de Locos de San José, mas la familia y Rakoski resolvieron llevarla á Europa en busca de los especialistas Así fue resuelto. Mme. Robineau, ó sea la excelente amiga que fue Mademoiselle Roqueval, se prestó á acompañar á la enferma hasta París. A fines de mayo zarpó el vapor *Don* de la Mala Real, llevando á su bordo á Delfina, Rakoski, Mme. Robineau, Andrés Cordón y los fieles criados Puk y Narcisa.

## Epílogo

Diez años han transcurrido después de las tristes escenas que hemos relatado.

Julio Espinosa y su virtuosa señora doña Inés viajan por Europa, en compañía de dos niños, fruto de su acendrado cariño. Roberto Delgado, á la cabeza de una grande empresa de exportación de bananos, se enriquece cada día más y más. Habita una confortable *villa* ó casa de dos pisos en la línea vieja, entre los

Guápiles y Jiménez y ellos mismos educan tres bambinos, dos varones y una niña, que con sus juegos y sus estudios embellecen la vida de los padres.

Puk y Narcisa sirven á Rakoski en París.

El buen Polaco ha logrado que los mejores alienistas examinen á su Piccolina. Mas el diagnóstico ha sido fatal. No volverá el juicio y la razón al cerebro desquiciado de Delfina, y Rakoski agota los recursos de la ciencia y del arte para dulcificar la tenebrosa existencia de su prometida esposa.

En previsión de una catástrofe, Rakoski ha hecho su testamento dejando sus cuantiosos bienes á la Municipalidad de San José, con cargo de servir una renta de mil pesos mensuales á Delgado, cien duros en oro á su fiel criado Puk y trescientos mil pesos para fundar un hospital donde acaben tranquilamente sus días los ancianos de ambos sexos que carezcan de recursos.

En el Teatro nuevo, el día que se representó la ópera de *Los Hugonotes*, un observador desocupado hubiera podido notar en el Foyer á un elegante caballero que se paseaba dando el brazo á una bellísima mujer; de vez en cuando se detenían para contemplar un pequeño cuadro colocado en el fondo de su abanico. Los paseantes eran Roberto Delgado y su

encantadora esposa Elena Escoto, y el contenido del abanico los retratos de Rakoski y Delfina, sus protectores.

Y aquí concluye esta ya demasiado larga historia de una de tantas misteriosas combinaciones del destino.

No es sólo en las grandes ciudades en donde germinan esos dramas tenebrosos y donde se ocultan esos insondables misterios productores de sufrimientos y desgracias. Allí donde respiren juntos dos seres humanos de diferente sexo, habrá suficiente material para confeccionar desventuras é inverosímiles sorpresas suministradas por la fuerza ciega de la fatalidad ó.....de la naturaleza.

FIN.

# ÍNDICE






UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3025497720
0 5917 3025497720